



24

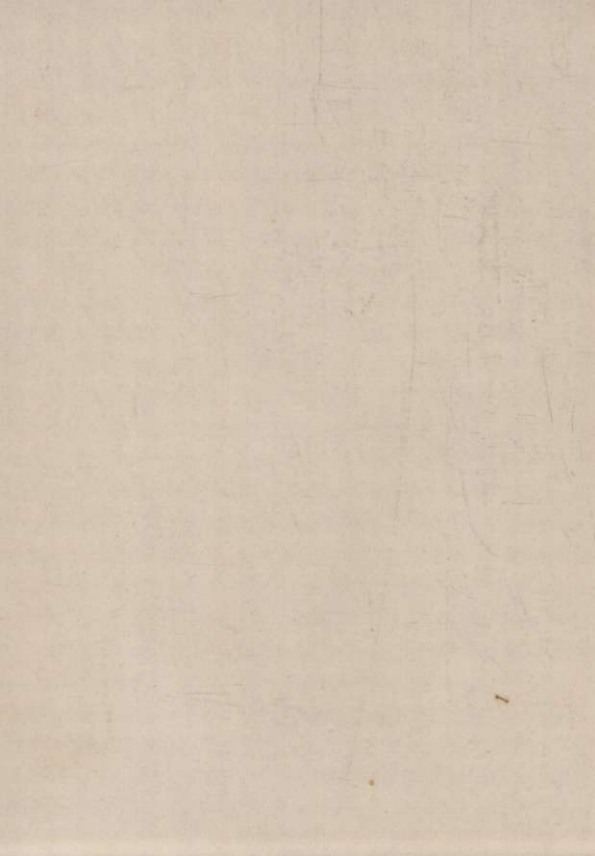
L. S.

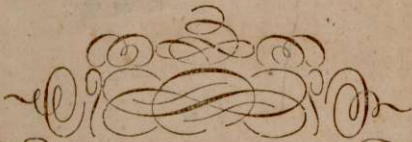
N^o 10.

XNT

XIX

99



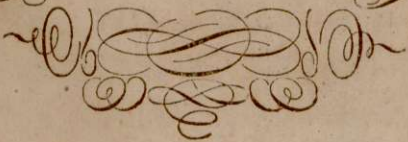


BIBLIOTECA SEVILLANA

EL CABALLERO

de la

CASA ROJA.



13 (cm). 12-43.578

BIBLIOTECA SEVILLANA.

EL CABALLERO

DE LA

CASA ROJA,

por

ALEJANDRO DUMAS.

TOMO I.

SEVILLA.

Imprenta de Gomez calle de las Sierpes n. 13,
junto al café del Turco.



Los suscritores á la BIBLIOTECA SEVILLANA, pagarán 3 rls. por tomo de mas de 200 pàginas, concluida la obra costará á 4 rls.



CAPITULO I.

Los soldados voluntarios.

Era la noche del 10 de marzo de 1793. Las diez acababan de dar en la iglesia de nuestra Señora y destacándose cada hora una tras otra como un pájaro nocturno lanzado de un nido de bronce, habia volado triste, monótono y vibrante.

La noche habia bajado sobre Paris, no ruidosa, tempestuosa é interrumpida, por los

relámpagos, sino fría y nebulosa.

Por otra parte, tampoco era entonces París el que hoy conocemos, deslumbrador por la noche con los mil fuegos que se reflejan en su fango dorado, es París de los paseantes presurosos, de los cuchicheos alegres de los arrabales báquicos, semillero de disputas atrevidas, de crímenes osados, horno de mil rugidos, sino una ciudad vergonzosa, tímida asustada, cuyos pocos habitantes corrían para atravesar de una calle á otra, y se precipitaban en sus zaguanes ó debajo de sus puertas cocheras, como las fieras acosadas por los cazadores se esconden en sus madrigueras.

Era, en fin como hemos dicho, el París del 10 de marzo de 1793.

Digamos algunas palabras sobre la apurada situación que había producido aquel cambio en el aspecto de la capital; después pasaremos á los acontecimientos, cuya relación será el objeto de esta historia.

De resulta de la muerte del rey Luis XVI, la Francia había roto con toda la Europa. A los tres enemigos que al principio había combatido, es decir, Prusia, el Imperio y el Piamonte, se había agregado Inglaterra, Holanda y España. Suecia Dinamarca eran las únicas potencias que

conservaban su antigua neutralidad, ocupadas por otra parte en mirar á Catalina II desgarrar á la Polonia.

La situacion era terrible. Menos desdeñada la Francia como potencia física, pero tambien menos estimada como potencia moral, desde los asesinatos de setiembre y la ejecucion del 21 de enero, estaba literalmente bloqueada como una simple ciudad por toda la Europa. La Inglaterra estaba sobre nuestras costas, la España sobre los Pirineos, la Holanda y Prusia en el norte de los Países Bajos y sobre un solo punto desde el alto Rhin al Escalda marchaban doscientos mil combatientes contra la república.

Por todas partes eran rechazados nuestros generales. Miaczinski se habia visto obligado á abandonar Aix-la-Chapelle y retirarse sobre Lieja; Steingel Neuilly habian tenido que replegarse al Limburgo Miranda que sitiaba á Maestrincht, se habia vuelto Tongres. Valence y Dampierre reducidos á batirse en retirada, habian dado lugar á que les quitasen parte de su material. Mas de diez mil desertores habian avandonado el ejército y se habian esparcido por el interior. En fin, no teniendo ya la Convencion mas esperanza que Dumouriez, le habia envia-

do correo tras correo mandándole que dejase las márgenes de Riesbosch, donde preparaba un desembarco en Holanda, para venir á tomar el mando del ejército de Mosa.

Sensible en el corazón, como un cuerpo animado á la Francia sentía en París, es decir en su mismo corazón, cada uno de los golpes que la invasión, la rebelión ó la traición le daban en los puntos mas distantes. Cada victoria era una conmoción de alegría y cada derrota un estremecimiento de terror. Fácil es comprender el tumulto que habian producido las noticias de los descalabros sucesivos que acabamos de experimentar.

La vispera, 9 de marzo, habia celebrado la Convencion una de sus sesiones mas borrascosas; todos los oficiales habian recibido orden para incorporarse á sus regimientos á la misma hora, y Danton, ese atrevido emprendedor de cosas imposibles, y que sin embargo, se realizaban, Danton, subiendo á la tribuna habia exclamado; «¿Decís que os faltan soldados? Ofrezcamos á París una ocasion de salvar la Francia pidámosle treinta mil hombres, enviémoslos á Dancouriez y no solamente se salva la Francia, sino que se asegura la Bélgica y se conquista la Holanda.

Gritos de entusiasmo acogieron esta pro-

posicion y abriéronse registros en todas las secciones, invitadas á reunirse aquella noche. Cerráronse los teatros para impedir toda distraccion y sobre la casa de villa se habia enarbolado una bandera negra en señal de la angustiosa situacion en que se hallaba la Francia.

Antes de la media noche se habian ya inscrito mas de treinta y cinco mil nombres, sucediendo empero aquella noche lo que ya habia sucedido en las jornadas de setiembre: al inscribirse los voluntarios en cada seccion habian pedido que antes de su partido fuesen castigados los traidores.

En realidad eran los traidores los contrarrevolucionarios, los conspiradores ocultos que amenazaban dentro á la revolucion amenazada fuera; pero, como se deja conocer, la palabra tomaba toda la estension que querian darle los partidos extremos que en aquella época desgarraban la Francia. Los traidores eran los mas débiles, y como los mas débiles fuesen los jirondinos, decidieron los montañeses que los jirondinos serian los traidores.

Al dia siguiente, 10 de marzo, todos los diputados montañeses se hallaron presentes á la sesion. Los jacobinos armados acababan de llenar las tribunas, despues de haber espulsado de ellas á las mujeres, cuan-

do se presenta el maire con todo el cabildo, confirma el informe de los comisionados de la Convencion sobre la adhesion de los ciudadanos; pero repite el deseo, emitido unánimemente la vispera de un tribunal extraordinario destino á juzgar á los traidores.

Piden al punto á grandes gritos un informe del comité; este se reúne sin demora, y diez minutos despues se presenta Roberto Lindet, diciendo que se nombrará un tribunal compuesto de nueve jueces, que sin sujetarse á las fórmulas embarazosas, se valdrian de todos los medios para adquirir la conviccion que necesitasen; que este tribunal se dividiria en dos secciones permanentes, que perseguirian, á propuesta de la Convencion ó directamente, á los que intentáran estraviar al pueblo.

Como se vé, la estension era grande. Los jirondinos comprendieron que aquella era su sentencia, y se levantaron en masa gritando: «antes morir que consentir el establecimiento de esta inquisicion veneciana.» En contestacion á este apóstrofe piden los montañeses que se proceda á la votacion. «Si, esclama Ferand, si, votemos para dar á conocer al mundo los hombres que quieren asesinar la inocencia en nombre de la ley.»

Votan en efecto, y contra toda aparien-

cia declara la mayoria: 1.º que habrá jurados; 2.º que estos jurados se compondrán de igual número de individuos en los departamentos; y 3.º que serán nombrados por la Convencion.

En el momento en que se admitieron estas tres proposiciones, se apoyaron grandes gritos. La Convencion estaba habituada á las visitas del populacho: manda preguntar lo que quieren los amotinados y se le contesta que era una diputacion de soldados voluntarios que habian comido en el mercado de los granos y querian desfilar por delante de ella.

Inmediatamente se abrieron las puertas, y se presentaron medio ébrios 600 hombres armados de sables, pistolas y picas, y desfilaron en medio de los aplausos, pidiendo á grandes voces la muerte de los traidores.

—Si, les contestó Collot-d'Herbois, si, amigos míos, à pesar de las intrigas os salvaremos á vosotros y á la libertad.

Collot—d'Herbois acompañó estas palabras con una mirada que hizo comprender á los jirondinos que todavia no estaban fuera de peligro.

En efecto, terminada la sesion de la Convencion, los montañeses se dirigen à los demas clubs, y proponen á los franciscanos y á los jacobinos, dejar fuera de la ley à

los traidores y degollarlos aquella misma noche.

La mujer de Louvet, vivia en la calle de San Honorato, cerca de los Jacobinos. Oye los gritos, baja, entra en el club, escucha la proposicion y vuelve á subir apresuradamente para avisar á su marido. Louvet se arma, corre de puerta en puerta con objeto de prevenir á sus amigos, pero estos están todos ausentes; el criado de uno de ellos le dice que están en casa de Petion, se dirige allá sin demora, los encuentra deliberando tranquilamente sobre un decreto que deben presentar al dia siguiente, y que se lisongan hacer pasar engañados por una mayoria ficticia. Refiéreles lo que pasa, comunica sus temores, les dice lo que se trama contra ellos en los clubs de los jacobinos y de los franciscanos, y concluye invitándoles á que tomen por su parte alguna medida enérgica.

Entonces Petion se levanta, tranquilo é impassible como siempre, se dirige á la ventana, la abre, mira el cielo, saca el brazo fuera, y retirando su mano mojada, dice:

=Está lloviendo, nada habrá esta noche.

Por aquella ventana entornada penetraron las últimas vibraciones del reloj que daba las diez.

Hé aquí, pues, lo que habia pasado en París la vispera y aquel mismo día; hé aquí lo que pasaba durante aquella noche del mes de marzo, y lo que hacia que en medio de aquella oscuridad húmeda y de aquel silencio amenazador, las casas destinadas á guarecer á los vivos, mudas ya y sombrías se asemejasen á sepulcros poblados solamente de muertos.

En efecto, grandes patrullas de guardias nacionales á quienes precedian exploradores con bayoneta calada; grupos de ciudadanos de las secciones, armados de cualquier modo y apretándose unos contra otros gendarmes que espiaban cada escondite de puerta ó cada portal entreabierto, tales eran los únicos habitantes de la ciudad que se aventuraban á andar por las calles, pues á tanto llegaba el instintivo temor que todos tenian de que se tramase alguna cosa desconocida y terrible.

Una lluvia menuda y fria, esa misma lluvia que habia tranquilizado á Petion, habia venido á aumentar el mal humor y el disgusto de aquellos vigilantes, que cada vez que se encontraban parecian prepararse á un combate y que despues de haberse reconocido con desconfianza se daban la consigna lentamente y de mala gana. Al verlos

volverse unos y otros despues de su separacion se hubiera dicho que temian mutuamente ser sorprendidos por la espalda.

Aquella misma noche en que Paris era presa de uno de esos pánicos tan frecuentemente renovados que hubiera debido estar ya algo acostumbrado á ellos, aquella noche en que se trataba de asesinar á los revolucionarios moderados, que despues de haber votado la muerte del rey retrocedian ante la muerte de la reina prisionera en el Temple con sus hijos y su cunada, una mujer envuelta en un albornoz y la cabeza cubierta ó mas bien sepultada en la capucha del albornoz, se deslizaba á lo largo de las casas de la calle de San Honorato, ocultándose en el umbral de alguna puerta, en el ángulo de alguna tápia, cada vez que aparecia una patrulla permaneciendo inmóvil como una estatua y conteniendo su aliento hasta que pasaba la patrulla, entonces volvía á emprender su carrera rápida é inquieta hasta que algun peligro del mismo género venia á obligarla de nuevo al silencio y á la inmovilidad.

De este modo habia recorrido ya impunemente, gracias á las precauciones que tomaba, parte de la calle de San Honorato, cuando al volver la de Grenelle, tropieza de repente, no con una patrulla, sino con un

grupo de esos valientes voluntarios que habian comido en el mercado de los granos, y cuyo patriotismo se habia exaltado con los numero os brindis que habian dado á sus futuras victorias.

La pobre muger lanzó un grito y trató de huir por la calle del Gallo.

—¡Ola! ¡ola! ciudadana, gritó el gefe de los voluntarios, pues ya estos dignos patriotas habian nombrado sus gefes, tan natural es al hombre la necesidad de ser mandado; ¡ola! ¡ola! ¿á donde vas?

La fugitiva no contestó y continuó corriendo.

—¡Apunten! dijo el gefe; ¡es un hombre disfrazado, un aristócrata que se pone á buen recaudo!

Y el ruido de dos ó tres fusiles cayendo irregularmente sobre manos demasiado vacilantes para que fuesen seguras, anunció á la pobre mujer el movimiento fatal que se ejecutaba.

—¡No! ¡no! exclamó parándose en el acto y volviendo atrás, no ciudadano, tú te engañas; yo no soy un hombre.

—Entonces avanza, dijo el gefe, y responde categóricamente, ¿dónde vas así hermoso D. Diego de noche?

—Ciudadano, yo no voy á ninguna parte.... me retiro.

=¡Ola! ¿te retiras?

=Si.

—Pues para una muger honrada, esto es retirarse bastante tarde, ciudadana.

—Vengo de casa de una parienta mia, que está enferma.

—¡Pobrecita! dijo el gefe haciendo con la mano un ademan ante el cual retrocedió vivamente la mujer asustada: ¿y donde está tu carta?

—¿Mi carta? ¿qué es eso, ciudadano? ¿qué quieres decir y qué me pides?

=¿No has leído el bando de la municipalidad?

—No.

=¿Luego le habrás oído pregonar?

—Tampoco. ¿Pero qué dice ese bando, Dios mio?

=En primer lugar, no se dice ya Dios mio, sino Ser Supremo.

—Perdonad, me he equivocado: es una antigua costumbre.

—Mala costumbre, costumbre de aristócrata.

—Trataré de corregirme, ciudadano. Pero decias.

=Decia que el bando de la municipalidad prohíbe, que pasadas las diez de la noche salga nadie sin carta de civismo. Tienes carta de civismo?

=Ay! no.

—Te la has dejado olvidada en la casa de tu parienta?

—Ignoraba que fuese necesaria esa carta para salir.

—Entonces entremos en el primer puesto de guardia, allí te explicarás bonitamente con el capitán, y si queda contento de tí, hará que dos hombres te acompañen á tu domicilio; si nó, te guardará hasta tener mas ámplios informes. Media vuelta á la izquierda, paso redoblado, marchen!

Al grito de terror que lanzó la prisionera, el gefe de los voluntarios comprendió que temia mucho esta medida.

—Oh! oh! dijo, estoy seguro de que hemos hecho una buena presa. Vamos, Vamos, adelante ciudadana.

Y el gefe cogió el brazo de la pobre mujer, lo metió debajo del suyo y la arrastró á pesar de sus gritos y lágrimas hácia el puesto del Palacio-Igualdad.

Estaban ya á la altura de la barrera de los Sargentos, cuando de repente un jóven de alta estatura, embozado en una capa, vuelve la calle des Petits-Champs, precisamente en el momento en que la prisionera intentaba por medio de sus súplicas conseguir que le volvieran la libertad; pero sin escucharla, el gefe de los voluntarios la ar-

rastró brutalmente. La muger lanzó un grito de espanto y de dolor.

El jóven vió aquella lucha, oyó aquel grito y saltando de un lado á otro de la calle, se halló en frente del grupo.

—Qué hay, y qué hacen á esta muger? preguntó al que parecia ser jefe.

—Antes de preguntarme, mézclate en lo que te importa.

—Quién es esta muger, ciudadanos, y qué la quereis? repitió el jóven con tono mas imperativo que la vez primera.

—Y quién eres tú para preguntarnos?

El jóven se desembozó y se vió brillar una charretera sobre un uniforme militar.

—Soy oficial, dijo, como podeis ver.

—Oficial... de qué?

—De la guardia cívica.

—Y qué nos importa? respondió un hombre de la turba, por ventura conocemos á los oficiales de la guardia cívica?

—Qué dice? preguntó otro con ese acento pesado é irónico particular al hombre del pueblo, ó mas bien del populacho parisien-
se que comienza á incomodarse.

—Dice, replicó el jóven, que si la charretera no hace respetar al oficial, el sable hará respetar la charretera.

Y al mismo tiempo el defensor desconocido de la jóven desembarazó de los pliegues

de su capa é hizo brillar á la luz de un farol un ancho y sólido sable de infanteria; en seguida con un movimiento rápido y que anunciaba cierta costumbre á las luchas armadas, cogiendo al gefe de los voluntarios por el cuello de su carmañola y poniéndole la punta del sable sobre la garganta, le dijo:

—Ahora hablemos como dos buenos amigos.

—Pero, ciudadano... dijo el gefe de los voluntarios procurando desasirse.

—Te advierto que al menor movimiento que hagas, al menor movimiento que haga tu gente, te atravieso el cuerpo con mi espada.

Entretanto dos hombres del grupo continuaban sugetando la muger.

—Me has preguntado quien era, continuó el jóven no tenias derecho para ello, porque no mandas una patrulla de tropa; sin embargo, voy á decirtelo, me llamo Mauricio Lindey: he mandado una bateria de artilleros el 10 de agosto: soy oficial de la guardia nacional y secretario de la seccion de los hermanos y Amigos; te basta esto?

—Ah! ciudadano oficial, respondió el gefe que continuaba amenazado por el sable cuya punta veia cada vez mas próxima á su garganta, eso ya es otra cosa: si eres

realmente lo que dices, esto es, un buen patriota ..

— Bien sabia yo que nos entenderíamos despues de algunas palabras, dijo el oficial. Ahora contéstame á tu vez: ¿por qué grita la esa muger y qué la haciais?

— La conduciamos al cuerpo de guardia.

— ¿Y por qué la conduciais al cuerpo de guardia?

— Porque no tiene carta de civismo, y el último bando manda prender á cualquiera que ande por las calles de Paris sin carta de civismo, despues de las diez de la noche. ¿Olvidas que la pátria está en peligro, y que sobre la casa de Villa ondea la bandera negra?

— La bandera negra ondea sobre la casa de Villa y la pátria está en peligro, porque doscientos mil esclavos marchan contra la Francia, replicó el oficial, y no porque una muger recorra las calles de Paris despues de las diez de la noche. Pero no importa, ciudadanos, hay un bando de la municipalidad, estais en vuestro derecho, y si desde luego me hubiéseis contestado eso, la esplicacion hubiese sido mas corta y menos acalorada. Bueno es ser patriota pero no está de mas ser político, y creo que el primer oficial á quien los ciudada-

nos deben respetar, es al que ellos mismos han nombrado! Ahora, conducid á esta muger á donde queráis; sois libres.

=Oh ciudadano! exclamó á su vez, cogiendo el brazo de Mauricio, la muger que habia seguido todo el debate con una profunda ansiedad. Oh ciudadano no me abandonéis á merced de estos hombres groseros y medio borrachos.

=Sea, dijo Mauricio; tomad mi brazo y os conduciré con ellos hasta el puesto.

=Al puesto! repitió la muger con espanto; al puesto! ¿por qué me conducis al puesto si no he hecho mal á nadie?

=Os conducen al puesto, dijo Mauricio, no porque hayais hecho mal, ni porque supongan que podeis hacerlo, sino porque un bando prohibe salir á la calle sin unacarta, y vos no la teneis.

—Pero, señor, yo ignoraba...

—Ciudadana, en el puesto de guardia hallareis personas que apreciarán vuestras razones, y de los cuales nada teneis que temer.

=Señor, dijo la jóven estrechando el brazo del oficial, no es ya el insulto lo que temo, sino la muerte: si me conducen al puesto, estoy perdida.



CAPITULO II.

La desconocida.

Habia en aquella voz tal acento de temor y distincion que Mauricio no pudo menos de estremecerse, penetrando hasta su corazon como una conmocion eléctrica aquella voz vibrante.

Volvióse hácia los voluntarios, que humillados al verse vencidos por un solo hombre, consultaban entre si con la visible intencion de recobrar el terreno perdido, ellos eran ocho contra uno: tres tenian fusiles, los demas pistolas y picas. Mauricio no tenia mas que su sable; la lucha no podia ser igual.

La muger comprendió esto mismo, pues dejó caer su cabeza sobre su pecho lanzando un suspiro.

Por lo que hace á Mauricio, ceñudo, el lábio desdenosamente levantado y el sable siempre desnudo, permanecía indeciso entre sus sentimientos de hombre que le mandaban defender á aquella muger y sus deberes de ciudadano que le aconsejaban entregarla.

Vióse brillar de repente en la esquina de la calle de Bons¹ Enfants el reflejo de muchos cañones de fusil, y se oyó la marcha mesurada de una patrulla que, al distinguir un grupo de gente, hizo alto á diez pasos de distancia y una vez gritó: Quién vive?

—Amigo, contestó Mauricio. Amigo avanza aquí, Lorin.

El hombre á quien se hacia esta intimacion se puso en marcha y se aproximó á la cabeza de ocho hombres.

—Hola! eres tú, Mauricio, dijo, ah libertino! qué haces en la calle á semejante hora?

—Ya lo ves, salgo de la seccion de los Hermanos y Amigos.

—Si, para dirigirte á la de las hermanas y amigas; ya, ya te comprendo.

¿Qué me importan, prenda mia,
Ni las llaves, ni cerrojos,
Que te esconden á mis ojos
Durante la luz del dia?
Viene la noche callada

Con su sombra protectora...
Y me sorprende la aurora
En los brazos de mi amada.

Qué te parecen los versos? Son oportunos?

—No, amigo mio, te engañas; iba directamente á mi casa, cuando hallé á esta ciudadana que forcejeaba por desasirse de las manos de esos ciudadanos voluntarios; como estaba en el orden, corri hacia ella y pregunté por qué querian prenderla.

—Ah! te conozco demasiado, dijo Lorin.

Porque tal es el carácter
De los hidalgos franceses.

Volviéndose despues á los voluntarios, preguntó el cabo-poeta:

—Y por qué prendéis á esta mujer?

—Ya lo hemos dicho al oficial, respondió el gefe de la partida, porque no tiene carta de seguridad.

—Bah bah! dijo Lorin, qué gran crimen!

—Conque luego no has leído el bando de la municipalidad? preguntó el gefe de los voluntarios.

—Si por cierto, pero hay otro que anula ese.

—Cuál?

—Héle aquí:

A cualquiera hora del día
Podrán andar libremente
Sin pasaporte, ni carta,
Sin contrasena, ó billete,
Juventud, belleza y gracia;
Tales son de amor las leyes
Que en el Pindo y el Parnaso
Se respetan y obedecen.

—Eh! qué dices de este decreto, ciudadana? Me parece que es galante.

—Si, pero no me parece perentorio. En primer lugar no figura en el Monitor, en segundo, ni estamos en el Pindo ni en el Parnaso, en tercero no es de día, y por último la ciudadana puede no ser jóven, ni bella, ni graciosa.

—Yo apuesto lo contrario, dijo Lorin. Vamos, ciudadana, prueba que tengo razon; descubre la cara para que todo el mundo pueda juzgar si te comprenden las condiciones del decreto.

—Ah señor, dijo la jóven aproximándose á Mauricio, ya que me habeis protegido contra vuestros enemigos, protegedme tambien contra vuestros amigos.

—Mirad, mirad, dijo el gefe de los voluntarios como se esconde. Estoy por apostar

á que es alguna espia de los aristócratas, alguna buena pécora.

—Oh señor, dijo la jóven haciendo dar un paso adelante á Mauricio y descubriendo un rostro encantador por su juventud y hermosura, que pudo verse claramente á la luz del farol. Oh! miradme, tengo cara de ser lo que dicen?

Mauricio quedó deslumbrado. Jamás habia concebido cosa semejante á la que acababa de ver, y éecimos á la que acababa de ver porque la desconocida habia vuelto á encubrir su rostro casi tan rápidamente como lo habia descubierto.

—Lorin, dijo en voz baja Mauricio, reclama la prisionera para conducirla á tu puesto, pues como gefe de patrulla te asiste el derecho.

—Bueno! dijo Lorin, comprendo.

Y volviéndose hácia la desconocida continuó:

—Vamos, vamos, hermosa, puesto que no quereis dar una prueba de que os comprenden las condiciones del decreto, preciso será que nos sigais.

—Cómo! seguiros? dijo el gefe de los voluntarios.

—Sin duda, vamos á conducir á la ciudadana al puesto de la casa de Villa, donde estamos de guardia, y allí tomaremos informes acerca de ella.

—Nada menos que eso, dijo el gefe de la primera tropa. Ella es nuestra y la guardamos.

—Ah! ciudadanos, ciudadanos, dijo Lorin, vamos á enfadarnos de veras.

—Que os enfadeis ó nó, poco me importa. Nosotros somos verdaderos soldados de la república, y mientras que vosotros patrullais por las calles, vamos á derramar nuestra sangre en la frontera.

—Mirad no la derrameis antes de ponerlos en camino, ciudadanos, lo cual podrá acontecer, si no sois mas políticos de lo que os mostrais.

—La política es una virtud de aristócrata, y nosotros somos descamisados, contestaron los voluntarios.

—Ea, no habéis de esas cosas delante de la señora. Acaso es inglesa. No os enfadeis por la suposición, mi hermoso pájaro nocturno, añadió volviéndose galantemente hacia la desconocida.

Un poeta es quien lo dice;
Nosotros, ecos indignos,
Repetimos en voz baja:
Que la Inglaterra es un nido
De blancos y hermosos cisnes
En un estanque infinito.

—¡Ah! tú mismo te delatas, dijo el gefe de los voluntarios. Confiesas que eres una criatura de Pitt, un asalariado de la Inglaterra; un....

—Silencio, dijo Lorin, tú no entiendes palabra de poesia, amigo mio: así, pues, voy á hablarte en prosa. Escucha: nosotros somos guardias nacionales, moderados y pacíficos, pero todos hijos de Paris, lo que quiere decir que cuando nos calientan las orejas, no nos paramos en barras para dar.

—Señora, dijo Mauricio, ya veis lo que pasa y adivinais lo que vá á pasar; dentro de cinco minutos van á matarse por vos diez ó doce hombres. ¿La causa que han abrazado los que quieren defenderos merece la sangre que vá á hacer correr?

Señor, contestó la desconocida juntando las manos en ademan suplicante, no puedo deciros mas que una cosa, una sola; y es que si dejais que me prendan, resultarán para mí, y aun para otros, desgracias tan terribles que mas bien que abandonarme os suplicaré que me atraveséis el corazon con el arma que teneis en la mano y arrojéis mi cadáver en el Sena.

—Está bien señora, respondió Mauricio, cargo con toda la responsabilidad.

—Y soltando las manos de la hermosa desconocida que tenia entre las suyas, dijo á los

guardias nacionales:

—Ciudadanos, como oficial, como patriota y como francés, os mando que protejais á esta muger. Y tú, Lorin, si toda esa canalla dice una palabra, á la bayoneta.

—Preparen armas, dijo Lorin.

—Oh! Dios mio! Dios mio! exclamó la desconocida ocultando su cabeza en la capucha y apoyándose en un guardacanton. Oh! Dio mio! protegedle.

Los voluntarios trataron de ponerse á la defensiva y aun uno de ellos disparó un pistoletazo, cuya bala atravesó el sombrero de Mauricio.

—Muchachos, á la bayoneta, dijo Lorin. Ran, plan, plan, plan, plan, plan, plan.

Hubo entonces entre las tinieblas un momento de lucha y de confusion, durante el cual se oyó una ó dos detonaciones de armas de fuego, despues imprecaciones, gritos, blasfemias; pero nadie acudió porque como ya hemos dicho, se trataba de degollar en aquella noche, y creyeron que era el deguello que comenzaba. Dos ó tres ventanas se abrieron solamente para volver á cerrarse al punto.

Menos numerosos y menos bien armados los voluntarios se hallaron en un momento fuera de combate. Dos habian quedado heridos gravemente, otros cuatro estaban arri-

mados á la pared, sin poder moverse, porque cada uno de ellos veía la punta de una bayoneta amenazando su pecho.

—Así, así, dijo Lorin, veremos ahora si nó quedais mas mansos que unos corderos. En cuanto á ti, ciudadano Mauricio, te encargo que lleves esta mujer al puesto de la casa de Villa. Ya sabes que respondes de ella.

—Si, dijo Mauricio.

En seguida añadió en voz baja:

—¿Y la consigna?

—¡Ah! diablo, exclamó Lorin rascándose la oreja... La consigna... Es que...

—No temas que haga mal uso de ella.

—¡Par diez! dijo Lorin, haz el uso que quieras de ella; esa es cuenta tuya.

—¿Con qué dices? replicó Mauricio.

—Digo que voy á dártela ahora mismo pero déjanos antes desmilitarizarnos de esa canalla. Además quisiera antes de separarme de ti, darte un buen consejo.

—Dámelo, te esperaré.

Y Lorin se dirigió hacia sus guardias nacionales que continuaban sujetando con sus bayonetas á los voluntarios.

—Supongo que ahora no chistareis dijo.

—No, perro jirondino, contestó el gefe.

—Te engañas, amigo mio, respondió Lo-

rin con calma; pues nosotros somos mejores descamisados que tú, porque pertenecemos al club de las Termópilas, de cuyo patriotismo creo que nadie dudará. Dejad ir á los ciudadanos, continuó Lorin, pues ya no disputan.

—¿Y si esa muger es sospechosa?

—¿Si fuera sospechosa se hubiese puesto en salvo durante la batalla en lugar de esperar, como ves, que se concluyese?

—Hum! exclamó uno de los voluntarios, es muy cierto lo que dice el ciudadano Termópila.

—Por otra parte, ya sabremos si es ó no sospechosa. Puesto que mi amigo va á conducirla al puesto, en tanto que nosotros vamos á beber á la salud de la nación.

—Vamos á beber? dijo el gefe.

—Ciertamente, yo tengo mucha sed, y conozco una buena taberna en la esquina de la calle de Tomás de Louvie.

—¿Y por qué no nos dijiste eso desde un principio, ciudadano? Nos pesa haber dudado de tu patriotismo, y en prueba de el abracémonos en nombre de la nación y de la ley.

—Abracémonos, dijo Lorin.

Y los voluntarios y los guardias nacionales se abrazaron con entusiasmo, porque

en aquella época se abrazaban con la misma facilidad que se degollaban.

—Vamos, amigos, gustaron entonces las dos tropas reunidas en la esquina de la calle de Tomás de Louvre.

—Y nosotros? dijeron los heridos con voz lastimera. ¿Nos vais á dejar aqui abandonados?

—¡Cómo, abandonados! dijo Lorin; abandonar valientes que han caído peleando por la pátria, contra patriotas, es verdad, por equivocacion, tambien es verdad: vamos á enviaros unas angarillas. Entre tanto para distraeros cantad la Marsellesa.

Vamos, hijos de la pátria
Llegó el dia de la gloria.

Despues, aproximándose á Mauricio que se habia quedado con su desconocida en la esquina de la calle del Gallo, le dijo mientras los guardias nacionales y voluntarios subian agarrados del brazo hácia la plaza del Palacio Igualdad.

—Mauricio, te he prometido un consejo: héle aqui; ven con nosotros y no te comprometes protegiendo á la ciudadana, que aunque me parece encantadora, no por eso es menos sospechosa; porque las mujeres

encantadoras que recorren las calles de París á media noche.....

—Señor, dijo la mujer, os suplico que no me juzgueis por las apariencias.

—Desde luego dice señor, lo cual es una gran falta, ¿lo entiendes ciudadana? ¿no ves como yo te llamo de tu?

—Oh! si, si, ciudadano, deja á tu amigo que acabe su buena accion.

—De qué modo?

—Acompañándome hasta mi casa y protegiéndome en el camino.

—Mauricio! Mauricio, dijo Lorin, piensa en lo que vas á hacer, mira que te comprometes horriblemente.

—Lo sè, respondió el jóven, pero qué quieres; si la abandono, pobre mujer, á cada paso se verá detenida por las patrullas.

Oh! si, si, mientras que con vos, señor, mientras que contigo, ciudadano, quiero decir, puedo salvarme.

—Lo oyes, puede salvarse! dijo Lorin. Luego corre grandes peligros.

—Vamos, mi querido Lorin, dijo Mauricio, seamos justos. O es una buena patriota, ó es una aristócrata. Si es una aristócrata, hemos hecho mal en protegerla; si es una buena patriota, nuestro deber es defenderla.

—Perdona, querido amigo, que te dig que tu lógica es muy estúpida. Puede aplicarte aquellos versos que dicen:

Iris robó mi razon

Y me demanda prudencia.

Vamos, Lorin, dijo Mauricio, deja descansar à Dorat, à Parny, y à Gentil Bernard. Hablemos sériamente: ¿Quieres ò no quieres darme la consigna?

—Es decir, Mauricio, que me pones en esta necesidad de sacrificar mi deber à mi amigo, ò mi amigo à mi deber. Mucho me temo, Mauricio, veas sacrificado el deber.

—Decidete, pues à una ú otra cosa, amigo mio. Mas en nombre del cielo, decide pronto.

—No abusarás?

—Te lo prometo.

—No basta eso, júralo.

—Y sobre qué?

—Sobre el altar de la pátria.

Lorin se quitó su sombrero y lo presentó à Mauricio del lado de la cucarda; lo cual pareciendo muy natural à Mauricio, hizo sin reirse el juramento pedido sobre el altar improvisado.

—Y ahora, dijo Lorin, escucha la con-

signa, Galia y Lucrecia... acaso encuentres algunos que te dirán como á mi: Galia y Lucrecia; pero déjalos pasar, todo es romano.

—Ciudadana, dijo Mauricio, ahora estoy á vuestras órdenes. Gracias, Lorin.

—Buen viaje, dijo este cubriéndose la cabeza con el altar de la patria, y fiel á su mania poética se alejó murmurando:

Al fin, bella Leonor,
Conociste ese pecado,
Tan dulce y encantador
Que aunque tanto has deseado
Se llenaba de pavor.

Y pues conoces ahora
Ese pecado tremendo,
Aunque lo sigas temiendo,
Dime, amada Eleonora,
Qué cosa tiene de horrendo?



CAPITULO III.

La calle de los fosos de san Victor.

Al verse solo Mauricio con la jóven, sintió cierta turbacion, no atreviéndose a tomarla el brazo, luchando entre el temor de ser engañado, el atractivo de aquella maravillosa hermosura y un vago remordimiento que asaltaba su conciencia para de republicano exsaltado.

—A dónde vais, ciudadana? le dijo.

—Ay señor! muy lejos, le contestò esta.

—Pero en fin...

—Hacia el lado del jardin de las Plantas.

—Està bien; vamos!

—Ay Dios mio, dijo la desconocida, conozco que os molesto; pero sin la desgracia que me ha sucedido, y si supiera que no corria mas que un peligro comun, creed que no abusaria asi de vuestra generosidad.

—Pero al fin, señora, dijo Mauricio, olvidado del lenguaje impuesto por el vocabulario de república, cómo es que os hallais à semejantes horas en las calles de Paris? Bien veis que excepto nosotros no se vé en ella ni una sola persona.

—Señor, ya os lo he dicho habia ido à hacer una visita al arrabal de Roule. Habiendo salido de mi casa à medio dia sin saber nada de lo que pasa, me volvia del mismo modo: todo este tiempo lo he pasado en una casa algo retirada.

—Si murmurò Mauricio, en alguna casa de aristócrata. Confesad, ciudadana, que al reclamar mi apoyo, os reis interiormente porque os lo doy.

—Yo! exclamò, cómo puedo hacer semejante cosa!

=Sin duda; veis à un republicano ser viros de guia: pues bien, este republicano vende su causa; hè aqui todo.

—Pero, ciudadano, dijo vivamente la desconocida, estais en un error; yo amo tanto como vos la república.

=Entonces, si sois buena patriota, ciudadana, nada tendreis que ocultar. De dón de veniais?

--Oh! señor, por piedad, dijo la desconocida.

Habia en estas palabras una espresion de pudor tan profunda y tan dulce, que Mauricio creyó haber adivinado el sentimiento que encerraban.

Indudablemente dijo, esta muger viene de alguna cita amorosa.

Y sin saber porque sintió oprimirse su corazon con este pensamiento.

Desde este instante guardó silencio.

Entretanto los dos paseantes nocturnos habian llegado á la calle de la Verrerie despues de haber encontrado tres ó cuatro patrullas que, gracias á la consigna, les habian dejado circular libremente; pero como despues se encontrasen otra, cuyo oficial pusiera al parecer alguna dificultad creyó Mauricio deber á la consigna su nombre y las señas de su casa.

—Está bien, dijo el oficial, esto por lo que hace á ti; ¿pero esta ciudadana?

—¡Ah! ¿la ciudadana?

—Sí, ¿quién es?

—Es... la hermana de mi mujer.

El oficial los dejó pasar.

—Conque sois casado, señor? murmuró la desconocida.

—No, señora por qué lo preguntais?

—Porque en ese caso, dijo ella riéndose, podias haber abreviado diciendo que yo era vuestra esposa.

—Señora, dijo á su vez Mauricio, nombre de esposa es un titulo sagrado que no debe darse ligeramente. Yo no tengo el honor de conoceros.

La desconocida sintió á su vez oprimirse su corazon y guardó silencio.

En aquel momento atravesaron el puente Maria.

La jóven marchaba mas presurosa, á medida que se aproximaban á la meta de la carrera.

Atravesaron el puente de la Tournelle.

—Creo que estamos ya en vuestro bårrio, dijo Mauricio poniendo el pie sobre el muelle de San Bernardo.

—Sí, ciudadano, dijo la desconocida, pero precisamente aquí es donde mas nece-

sito de vuestro auxilio.

—En verdad, señora, que no os entiendo; me prohibís que sea indiscreto, y al mismo tiempo haceis todo lo que podeis por escitar mi curiosidad. Esto no es generoso. Vamos, un poco de confianza; me parece que la he merecido. No me hareis el honor de decirme á quien hablo?

—Hablais, señor, contestó la desconocida sonriendo á una mujer á quien habeis salvado del mayor peligro que jamás la corrido, y la cual os estará agradecida mientras viva.

—No os pido tanto, señora; sed menos agradecida, y durante este segundo decidme vuestro nombre.

—Imposible.

—Y sin embargo lo hubiérais dicho al primer seccionario que os lo hubiera preguntado, si os hubiéseis ido al puesto de guardia.

—No, jamás, exclamó la desconocida.

—En ese caso os hubieran encerrado en una prision.

—Estaba decidida á todo.

—Es que en estos momentos la prision...

—Es el cadalso, lo sé.

—Y hubiérais preferido el cadalso?

—A la traicion... porque decir mi nom

bre era cometer una traicion.

—Bien os lo decia que me haciais representar un papel muy singular para un republicano.

—Representais el papel de un hombre generoso. Hallais una pobre mujer à quien insultan, no la despreciais porque sea del pueblo, y como puede ser insultada de nuevo, para salvarla del naufragio, la acompañais hasta el mismo bàrrio donde vive; hé aqui todo.

Si, teneis razon: ateniéndonos á las apariencias eso mismo hubiera podido creer, si no os hubiera visto, si no me hubiéseis hablado; pero vuestra hermosura y vuestro lenguaje son de una muger distinguida y precisamente esta distincion tan contraria à vuestro trage y à ese miserable bàrrio, es lo que me prueba que vuestra salida á semejante hora encierra algun misterio; os callais... ea, no hablemos mas de esto. Estamos todavia lejos de vuestra casa, señora?

En aquel momento entraron por la calle del Sena en la de los Fosos de San Victor.

—¿Veis aquella casita negra? dijo la desconocida á Mauricio alargando la mano hácia un edificio situado mas allá de las tapias del jardin de las plantas. Cuando lle-

guemos allá, os separareis de mi.

—Muy bien, señora; mandad, estoy á vuestras órdenes.

—Os enfadais?

—Yo! nada de eso; por otra parte, qué os importa?

—Me importa mucho, puesto que todavía tengo que pedir os un favor.

—Cual?

Que me deis un adios cariñoso y franco... un adios de amigo.

—¡Un adios de amigo! oh! me haceis demasiado honor, señora .. Singular amigo que no sabe el nombre de su amiga; y al cual esta amiga aculta las señas de su casa, temerosa sin duda de sufrir la incomodidad de recibirle en ella.

La jóven inclinó la cabeza y no contestó.

—Por lo demas, señora, continuó Mauricio, si he sorprendido algun secreto no me odieis, pues ha sido á pesar mio.

—Ya he llegado, señor, dijo la desconocida.

Hallábanse en frente de la antigua calle de San Jacobo, formada por altas casas negras, abierta por callejas oscuras ocupadas por molinos y tenerias, pues á dos pasos corre el riachuelo de Bievre.

Aquí? dijo Mauricio, como es que vivis aquí?

—Si.

=Imposible.

—Sin embargo, es la verdad. Adios, adios, mi valiente caballero; adios, mi generoso protector!

—Adios! señora, contestó Mauricio con ligera ironía; pero decidme para mi tranquilidad, que no correis ningún peligro.

—Ninguno.

—En ese caso me retiro.

Y Mauricio hizo un frío saludo, dando dos pasos hácia atrás.

La desconocida permaneció por un instante inmóvil en el mismo sitio.

=No quisiera, sin embargo, separarme así de vos, dijo ella, vamos, M. Mauricio vuestra mano.

Entonces sintió que la jóven le ponía una sortija en el dedo.

=Oh! ciudadana, que haceis? ¿No observais que perdeis una de vuestras sortijas?

=Oh! señor, dijo ella, lo que haceis, está muy mal hecho.

—¿Me faltaba ese vicio, no es verdad, señora? el de ser ingrato.

—Vamos, amigo mio, os suplico que no me abandoneis así. Que pedis? que necesitais?

—Para ser pagado, no es verdad? dijo el jóven con amargura.

—No, dijo la desconocida con una espre-

sion encantadora, sino para perdonarme el secreto que me veo obligada á reservaros.

Al ver Mauricio lucir en la oscuridad aquellos hermosos ojos casi húmedos de lágrimas, al sentir temblar aquella mano tibia entre las suyas, al oír aquella voz que habia descendido casi al acento de la súplica pasó de repente de la cólera á un sentimiento exaltado.

—Lo que necesito, exclamó, es volver á veros.

=Imposible.

=Aunque no sea mas que una vez, una hora, un minuto, un segundo.

--Os digo que es imposible.

=Como! preguntó Mauricio, me decis formalmente que no volveré á veros?

—Jamás! respondió la desconocida con un eco doloroso.

=Oh! señora dijo Mauricio, decididamente os burlais de mi.

Y levantó su noble cabeza, sacudiendo su larga cabellera, á manera de un hombre que quiere librarse de un poder que á pesar suyo le sujeta.

La desconocida le miraba con una expresion indefinible, conociéndose claramente que tampoco ella estaba exenta del sentimiento que inspiraba.

—Escuchad, dijo despues de un momento de silencio, interrumpiendo solamente por un suspiro que en vano habia querido Mauricio sofocar. Escuchad! juradme por vuestro honor que tendreis cerrado los ojos desde el momento en que os lo diga, hasta que hayais contado sesenta segundos... Pero jurádmelo por vuestro honor.

—Y si lo juro, qué me sucederá?

—Sucedará que os manifestaré un agradecimiento que os prometo no mostrar jamás á nadie, aunque hagan por mi mas que lo que vos habeis hecho; lo que por lo demas seria difícil.

—Pero, en fin, no puedo saber?...

—Nó; lo único que puedo deciros es que podeis fiaros de mi.

—En verdad, señora, que no sé si sois un ángel ó un demonio.

—Jurais?

—Si lo juro.

—Sucedá lo que quiera, no abrireis los ojos... Sucedá lo que quiera, ¿comprendeis? Aunque os sintais herido de una puñalada.

—Confieso que me dejais atónito con semejante exigencia.

—Jurad, jurad, señor, pues creo que no arriesgais gran cosa.

—Pues bien, juro á pesar de lo que pue-

da sucederme... dijo Mauricio, cerrando los ojos, pero en seguida añadió:

—Os suplico que me dejeis veros una sola vez, es la última.

La joven echó abajo su capucha con una sonrisa que no estaba exenta de coquetería; y á la luz de la luna que en aquel momento se deslizaba entre dos nubes, pudo ver por segunda vez sus largos cabellos que colgaban en bucles de ébano, el arco perfecto de sus dos cejas que parecía dibujado con tinta de china, dos ojos negros y lánguidos, una nariz de la forma mas perfecta, lábios frescos y brillantes como el coral.

—¡Oh! sois bella, muy bella, demasiado bella! exclamó Mauricio.

—Cerrad los ojos, dijo la desconocida. Mauricio obedeció.

La joven cogió sus dos manos de entre las suyas y le volvió como quiso. De repente un calor perfumado pareció aproximarse á su rostro, y una boca tocó la suya, dejando entre sus dos lábios la sortija que habia reusado.

Aquella fué una sensacion rápida como el pensamiento, abrasadora como una llama. Mauricio experimentó una emocion que se asemejaba casi al dolor, tan inesperada y

profunda era, tanto habia penetrado en el fondo del corazon y hecho estremecer sus fibras secretas.

Mauricio hizo un movimiento brusco estendiendo los brazos hácia adelante.

—Vuestro juramento! gritó una voz que se alejaba.

Lindey apoyó sus manos crispadas sobre sus ojos para resistir á la tentacion de faltar á su juramento. No contó ya, no pensó, permaneció mudo inmóvil y vacilante.

Al cabo de un momento oyó como el ruido de una puerta, que se cerraba á cincuenta ó sesenta pasos de él; en seguida todo volvió á quedar en silencio.

Entonces separó sus dedos, miró en torno suyo como un hombre que despierta, y tal vez hubiera creído que despertaba en efecto y que todo lo que acababa de sucederle no era mas que un sueño, si nó hubiese tenido apretada entre sus labios la sortija que hacia de aquella increíble aventura una incontestable realidad.



CAPITULO IV.

Costumbres de la época.

Cuando Mauricio Lindey volvió en sí y miró en torno suyo, no vió mas que callejuelas sombrías que se estendian á su derecha é izquierda; trató de buscar, de reconocerse, pero su espíritu estaba turbado, la noche oscurísima; la luna que habia salido por un instante para alumbrar el rostro encantador de la desconocida, habia vuelto

á esconderse entre las nubes. Despues de un momento de cruel incertidumbre, Mauricio volvió á tomar el camino de su casa situada en la calle de Roule.

Al llegar á la de Sainte-Avoie, no pudo menos de sorprenderse de la multitud de patrullas que circulaban en el bárrio del Temple:

—Qué hay? sargento? preguntó al gefe de una patrulla que venia á pasos acelerados, y acababa de hacer una pesquisa en la calle de las Fuentes.

—Qué hay? dijo el sargento, que ha de haber, mi oficial, que esta noche han querido robar á la muger Capeto con toda su gazapera...

—Y cómo?

—Una patrulla falsa que no sé como se habia proporcionado la consigna; se introdujo en el Temple bajo el uniforme de cazadores de la guardia nacional, con objeto de robar esa familia. Por fortuna, el que hacia de comandante, al hablar con el oficial de la guardia, le llamó señor, y el aristócrata se vendió á si mismo.

—Diablo! exclamó Maricio, ¿y han sido presos los conspiradores?

—No, la patrulla pudo salir á la calle, y alli se dispersó.

—¿Y hay alguna esperanza de atrapar á

esos mándrias?

—Oh! no hay entre ellos mas que uno á quien importa atrapar, esto es al gefe, que es un hombre alto, flaco... el cual se habia introducido entre la guardia haciéndose pasar por uno de los municipales de servicio. El malvado nos ha hecho correr; pero habrá hallado alguna puerta falsa y se habrá escapado por las Madelonnettes.

En cualquiera otra ocasion Mauricio se hubiera quedado toda la noche con los patriotas que velaban por la salvacion de la república; pero hacia ya una hora que el amor de la pátria no era su único pensamiento. Continuó, pues su camino, borrándose poco á poco en su espíritu la noticia que acababa de saber, y desapareciendo tras el acontecimiento que acababa de sucederle. Por otra parte, esas supuestas tentativas de raptó eran tan frecuentes, y aun los mismos patriotas sabian que en ciertas circunstancias se servian todos de ellas como de un medio político, que aquella noticia no habia inspirado gran inquietud al jóven republicano.

Al entrar Mauricio en su casa encontró á su oficioso: en aquella época no habia ya criados, Mauricio decimos, encontró á su oficioso que le esperaba, y que esperándole se habia dormido, y durmiendo roncaba de inquietud.

Despertóle con todos los miramientos debidos á su semejante, hizo que le quitara las botas; le despidió á fin de no distraerse de su pensamiento, se metió en la cama, y como se hacia tarde y él era jóven, se durmió á su vez á pesar de la preocupacion de su espíritu.

Al dia siguiente halló una carta sobre su mesa de noche.

Aquella carta estaba escrita con una letra fina, elegante y desconocida. Miró el sello y vió que tenia por divisa esta palabra inglesa: Nothing. Nada

La abrió; contenia estas palabras:

«Gracias.

«Gratitud eterna, en cambio de un eterno olvido.

Mauricio llamó con la voz á su criado, pues los verdaderos patriotas no los llamaban ya con campanilla, porque este instrumento recordaba la servidumbre; ademas, muchos oficiosos ponian al entraren casa de sus amos esta condicion á los servicios que consentian en prestarles.

El oficioso de Mauricio habia recibido hacia treinta años, poco mas ó menos, en las fuentes bautismales el nombre de Juan; pero en 92 se habia desbautizado por su propia autoridad, por parecerle que Juan respiraba aristocrácia y deismo y se puso el nombre de Scévola.

—Scévola, preguntó Mauricio, ¿sabes quién es esta carta?

—No, ciudadano.

—¿Quién te la ha entregado?

—El conserje.

—¿Quién la ha traído?

—Cualquiera, puesto que no tiene el sello de la nacion.

—Baja y suplica al conserje que suba.

El conserje subió porque era Mauricio quien le llamaba, y porque Mauricio era muy amado de todos los oficiosos con quienes estaba en relacion pero el conserje declaró que si hubiera sido otro inquilino le hubiera suplicado que bajase.

El conserje se llamaba Aristides.

Mauricio le preguntó y supo que un hombre desconocido habia traído aquella carta las ocho de la mañana, y por mas que quiso multiplicar sus preguntas y reproducirlas bajo diferentes formas, el conserje no pudo contestarle otra cosa.

Mauricio le suplicó que aceptase diez francos, invitándole á que si ese hombre volviera á presentarse le siguiera con disimulo y volviera á decirle á donde habia ido.

Apresurémonos á decir que con gran satisfaccion de Aristides, algo humillado por aquella proposicion de seguir á uno de sus semejantes, el hombre no volvió á parecer.

Luego que quedó solo Mauricio, estrujó la carta con despecho, sacó la sortija de su dedo y la puso con la carta arrugada sobre su mesa de noche, se volvió hácia la pared con la loca pretension de dormirse de nuevo; pero al cabo de una hora, arrepentido de su fanfarronada, besaba la sortija y volvía á leer la carta: la sortija era un záfiro muy precioso.

La carta era, como hemos dicho, un lindo billete; cuya aristocracia trascendia á una legua.

Cuando Mauricio se entregaba á este examen, se abrió la puerta de su cuarto. Volvió á colocar la sortija en su dedo y metió la carta debajo de su almohada. ¿Era aquello pudor de un amor naciente? ¿Era vergüenza de un patriota que no quiere que se sepa que está en relaciones con personas tan imprudentes que escriben billetes, cuyo perfume solo podía comprometer, así la mano que lo había escrito como la que lo abría.

El que de aquel modo entraba era un joven vestido de patriota, pero patriota de la mas suprema elegancia. Su carmañola era de paño fino; su calzon de casimir y sus medias de finísima seda.

En cuanto á su gorro frigio, hubiera avergonzado por su forma elegante y su her-

moso color de púrpura al del mismo Paris. Llevaba además en su cinto un par de pistolas de la ex-real fábrica de Versailles y un sable recto y corto, semejante al de los discípulos del campo de Marte.

—Ah! duermes, Bruto, dijo aquel nuevo personage, y la pátria está en peligro!

—No, Lorin, dijo riendo Mauricio, no duermo; estoy soñando.

—Si, comprendo.

—Pues yo no comprendo.

—Bah! y la bella Eucaris?

—De quién hablas? quién es esa Eucaris?

—Quién ha de ser? La muger.

—Qué muger?

—La muger de la calle de S. Honorato, la muger de la patrulla, la desconocida por quien tú y yo espusimos nuestras cabezas ayer noche.

—Oh! si, dijo Mauricio que sabia perfectamente lo que queria decir su amigo, pero que sin embargo afectaba no comprenderle, la muger desconocida!

—Y bien quien era?

—No sé nada.

—Era bonita?

—¡Puf! exclamó Mauricio alargando desdenosamente los lábios.

—Alguna pobre muger olvidada en una eita amorosa.

Oh! cuan grande es la flaqueza
De los míseros mortales;
Pues siempre el amor tirano
Subyuga sus voluntades.

—Es posible, murmuró Mauricio, á quien
en aquel momento repugnaba esa misma idea
que tuvo en un principio, y que preferia
ver en su bella desconocida una conspira-
dora á una muger enamorada.

=Y donde vive?

—No sé nada.

—Bah! no sabes nada, imposible!

=Por qué es imposible?

—Porque la has acompañado.

=Se me ha escapado en el puente Ma-
ria.

—Escapátese á ti, exclamó Lorin soltan-
do una gran carcajada. Escapátese á ti una
muger? Vaya! vaya!

¿Puede escapar la paloma
Cuando le acomete el buitre,
Ni la corza en el desierto
De entre las garras del tigre?

—Lorin, dijo Mauricio, ¿será posible que
no te acostumbres nunca á hablar como to-
do el mundo? me abrumas horriblemente con
tu atroz poesia.

—Como! hablar como todo el mundo! me
parece que yo hablo mejor que todo el mun-
do. Yo hablo como el ciudadano Demous-

tier, en prosa y en verso. En cuanto á mi poesia, yo se de una Emilia á quien no le parece mala: pero volvamos á la tuya.

—A mi poesia?

—No, á tu Emilia.

—Pues qué tengo alguna Emilia?

—Vamos! vamos tu corza se habrá hecho una hiena y te habrá enseñado los dientes, de suerte que estás vejado, pero enamorado.

—Yo enamorado! dijo Mauricio meneando la cabeza.

—Sí, tu enamorado.

Mas daño causa Citeres
Con el fuego de sus ojos,
Que el gran Júpiter tonante
Con los rayos de su enojo.

—Loria, dijo Mauricio armándose de una llave que estaba sobre su mesa de noche, te declaro que no dirás ya un solo verso que no te lo silbe.

—Entonces hablemos de política. Por otra parte, yo habia venido á eso; sabes la noticia que hay?

—Sé que la viuda de Capeto ha querido evadirse.

—Bah! eso no es nada.

—Pues qué hay mas?

—El famoso caballero de la Casa Roja está en Paris.

—De veras? exclamó Mauricio incorporándose en la cama.

—El mismo en persona.

—Pero cuando ha entrado?

—Ayer tarde.

—Cómo?

—Disfrazado de cazador de la guardia nacional.

—Una muger, que se cree sea un aristócrata disfrazada, le llevó la ropa á la barbera; un momento despues entraron agarrados del brazo; y solo al pasar fué cuando el centinela concibió alguna sospecha. Habia visto pasar á la mujer con un lio y la veia volver con una especie de militar debajo del brazo; esto era ambiguo; dió pues la voz de alarma y corrieron tras ellos; pero desaparecieron en una casa de la calle de San Honorato, cuya puerta se abrió como por encanto. La casa tenia otra salida á los Campos Eliseos. Buenas noches, el caballero de la Casa-Roja y su cómplice se convirtieron en humo; bien pueden demoler la casa y guillotinar al propietario; pero esto no impedirá al caballero que vuelva á hacer su tentativa que hace cuatro meses se le frustró por la primera vez, y ayer por la segunda.

—Y no está preso? preguntó Mauricio.

—Sí, prende á Proteo, querido amigo, prende á Proteo; ya sabes el mal que resultó á Aristeo de llevar á cabo esta empresa.

Pastor Aristoeus, fugiens Pencia Tempe.

--Cuidado! dijo Mauricio llevando su llave á la boca.

--Cuidado! te digo yo tambien, porque esta vez no es á mi á quien silbarás, sino á Virgilio.

—Es verdad, y mientras no lo traduzcas, nada tengo que decir. Pero volvamos al caballero de la Casa Roja.

—Sí, convengamos en que es un hombre valiente.

—En efecto, para emprender semejantes cosas se necesita gran valor.

—O mucho amor.

—Crees tú en ese amor del caballero á la Reina?

—No creo en el; lo digo como todo el mundo. Por otra parte, ella ha dejado ya á muchos enamorados, qué extraño tendria que le hubiese seducido? Tambien ha seducido á Barnave, segun dicen.

--No importa, preciso es que el caballero tenga inteligencias dentro del mismo Temple.

--Es posible:

El amor rompe los grillos
Y se burla de cerrojos.

--Lorin!

--Ah! es verdad.

--Luego crees eso como los demas?

--Por qué no?

--Porque segun tu cuenta la reina habrá
tenido doscientos amantes.

--Doscientos, trescientos, cuatrocientos,
ella es bastante hermosa para eso. No digo
que los haya amado; pero al fin ellos la han
amado. Todo el mundo vé el sol y el sol no
vé á todo el mundo.

--Entonces dices que el caballero de la
Casa Roja...

--Digo que se le ostiga un poco en este
momento, y que si se escapa á los sabuesos
de la república, será un zorro muy fino.

--Y qué hace la municipalidad en todo eso?

--La municipalidad vá á publicar un ban-
do mandando que cada casa deje ver, co-
mo un registro abierto, sobre su fachada el
nombre de los inquilinos y de las inquilini-
nas. Esta es la realizacion de aquel sue-
ño de los antiguos. Qué no tuviera una
ventana el corazon del hombre para que
todo el mundo, pudiera ver lo que pasa
en el!

—Oh! excelente idea! exclamó Mauricio.

—¿De abrir una ventana en el corazón de los hombres?

—No, sino de poner una lista en la puerta de las casas.

En efecto, Mauricio pensaba que este sería un medio de encontrar á su desconocida, ó por lo menos, alguna huella que pudiese ponerle en camino de encontrarla.

—No es verdad? dijo Lorin. Yo ya he apostado á que esta medida nos dará una hornada de quinientos aristócratas. A propósito, esta mañana hemos recibido en el club una diputacion de los voluntarios, se presentaron conducidos por nuestros adversarios de esta noche pasada, á quienes dejé borrachos como cubas. Se presentaron, digo, con guirnaldas de flores y coronas de siempre-vivas.

—De veras? replicó Mauricio riendo, ¿y cuántos eran?

—Eran treinta, se habian afeitado y llevaban ramos en los ojaes de las levitas. Ciudadanos del club de los Termópilas, dijo el orador, como verdaderos patriotas que somos, deseamos que no se turbe la union de los franceses, y venimos á fraternizar de nuevo.

—Y entonces?

—Entonces, hemos fraternizado otra vez

y reiteradamente, como dijo Diafoirus, se hizo un altar á la pátria con la mesa del secretario, y dos botellas en las que se pusieron ramos de flores. Como tu eras el héroe de la fiesta, te llamaron tres veces para coronarte; y como no respondiste porque no estabas allí y es menester siempre que se corone alguna cosa, se coronó el busto de Washinton. Hé aquí el orden y la marcha con que se ha verificado la ceremonia.

Al terminar Lorin esta verídica relacion que en aquella época nada tenia de burlesca, se oyeron rumores en la calle; y tambores, primero lejanos y despues cada vez mas próximos, dejaron oír el ruido tan comun entonces de la generala.

—¿Qué significa eso? preguntó Mauricio.

—Pregonan el bando de la municipalidad dijo Lorin.

—Corro á la seccion; dijo Mauricio saltando fuera de la cama y llamando á su oficioso para que viniera á vestirlo.

—Y yo voy á acostarme, dijo Lorin; no he dormido mas que dos horas esta noche, gracias á tus furiosos voluntarios. Si no es cosa de cuidado la refriega, me dejarás dormir, pero si dura mucho, vé á avisarme.

—Y por qué te has puesto tan majo? preguntó Mauricio dirigiendo una mirada á Lorin que se levantaba para retirarse.

—Porque para venir á tu casa he tenido que pasar por la calle de Bethisy, y porque en la calle de Bethisy en un piso tercero hay una ventana que se abre siempre que yo paso.

—Y no temes que te equivoquen con un currutaco?

—Un currutaco, yo! nada de eso; todo el mundo me conoce por un buen descamisado. Pero es menester hacer algun sacrificio al bello sexo. El culto de la patria no excluye el del amor, por el contrario, el uno manda el otro.

La república ha mandado
Que imitemos á los griegos;
Cabe el templo de las gracias,
La libertad adoremos.

Atrévete á silvar esto, te denuncio como aristócrata, y te hago rasurar de modo que no lleves jamás peluca, á Dios, querido amigo.

Lorin presentó cordialmente á Mauricio una mano que el jóven secretario estrechó cordialmente, salió rumiando un ramo de flores.



CAPITULO V.

Qué clase de hombre era el ciudadano Mauricio Lindey.

En tanto que Mauricio Lindey, despues de haberse vestido precipitadamente se dirige á la seccion de la calle de Lepeletier, de quien, como ya sabe el lector, es secretario, vamos á trazar á los ojos del

público los antecedentes de este hombre que se ha presentado en la escena por medio de uno de esos arranques de corazón familiares á las naturalezas fuertes y generosas.

El jóven habia dicho la verdad sin rebozo alguno cuando al defender la víspera á la desconocida habia dicho que se llamaba Mauricio Lindey y que vivia en la calle de Roule. Hubiera podido añadir que era hijo de esa media-aristocracia concedida á la gente de toga. Sus antepasados se habian distinguido hacia doscientos años por esa eterna oposicion parlamentaria que ha ilustrado los nombres de los Molé y de los Maupou. Su padre, el honrado Lindey, que habia pasado toda su vida gimiendo contra el despotismo, cuando la Bastilla cayó en poder del pueblo en 14 de Julio de 89, se murió de sobresalto y espanto al ver el despotismo reemplazado por una libertad militante, dejando á su hijo único independiente por su fortuna, y republicano por inclinacion.

Así, pues, la revolucion que tan de cerca habia seguido á aquel gran acontecimiento, habia encontrado á Mauricio con todas las condiciones de vigor y madurez viril que convienen al atleta dispuesto á entrar en lid, educacion republicana fortificada con la continua asistencia á los clubs y co

la lectura de todos los folletos de la época. Dios solo sabe cuanto debia haber leído Mauricio. Desprecio profundo y razonado á la gerarquía, ponderacion filosófica de los elementos que componen el cuerpo, negacion absoluta de toda nobleza que no es personal, apreciacion imparcial de lo pasado, entusiasmo por las ideas nuevas, simpatia por el pueblo, mezclada con la organizacion mas aristocrática, tal era en lo moral, no el que nosotros hemos escogido, sino el que al periodico de donde tomamos éste asunto nos ha dado por héroe de esta historia.

En lo físico Mauricio Lindsey era un hombre de cinco pies y ocho pulgadas, de 25 á 26 años de edad, musculoso como Hércules, hermoso con esa hermosura francesa que revela en un franco una raza particular, es decir, una frente pura, ojos azules, cabellos castaño y rizados, mejillas sonrosadas y dientes de marfil.

Ya que hemos hecho el retrato del hombre, digamos algo de la posicion del ciudadano.

Independiente, ya que no rico, ennoblecido con un nombre respetable y sobre todo popular, conocido por su educacion liberal y por sus principios mas liberales que su educacion, habiase colocado Mauricio, por decirlo así, á la cabeza de un partido

compuesto de todos los jóvenes patriotas. Acaso á los ojos de los descamisados pasaba por algo moderado, y por algo aristócrata á los ojos de los seccionistas, pero aquellos le perdonaban su tibieza al verle romper como frágiles cañas las estacas mas nudosas, y estos su elegancia cuando veían rodar de un puñetazo á veinte pasos de distancia al que se atrevía á mirar á Mauricio de una manera que no le convenia.

Dotado, pues, de todas estas cualidades físicas, morales y físicas, qué extraño es que hubiese asistido á la toma de la Bastilla; que hubiese formado parte de la expedición de Versalles; que hubiese peleado como un leon el 10 de agosto, jornada memorable en la que, si hemos de ser justos, debemos decir que mató tantos patriotas como suizos, porque no queria ya tolerar ni al asesino bajo la carmonola, ni al enetnigo de la república bajo el uniforme encarnado?

El fué quien para exortar á los defensores del castillo á rendirse é impedir el deramamiento de sangre, se habia arrojado sobre la boca de un cañon en el momento mismo de aplicarle la mecha un artillero parisiense; él fué quien entró primero por una ventana en el Louvre, á pesar del

vivísimo fuego de fusilería que le hacían cincuenta suizos y otros tantos hidalgos emboscados; y cuando vió las señales de capitulación, su terrible sable había atravesado ya mas de diez uniformes; viendo entonces á sus amigos asesinar á mansalva á los prisioneros que arrojaban sus armas, que tendían sus manos suplicantes y que pedían la vida, empezó á dar sendos tajos á sus amigos, hazaña que le valiera una reputación digna de los hermosos días de Roma y Grecia.

Declarada la guerra, Mauricio se alistó y partió para la frontera con el grado de teniente á la cabeza de los mil y quinientos primeros voluntarios que la ciudad enviaba contra los invasores, y á los cuales debían seguir cada día otros mil y quinientos.

En la primera batalla á que asistió, es decir, en Jemmapes, recibió un balazo que después de haber dividido los músculos de acero de su hombro, fué á aplastarse contra el hueso. Un mes entero pasó Mauricio en París, devorado por la fiebre y revolcándose en su lecho de dolor; pero viósele en enero mandar, si nó de nombre, á lo menos de hecho, el club de las Termópilas, es decir, á cien jóvenes parisienses de la clase media, armados para oponerse á toda tentativa en favor del tirano Capeto;

hay mas, Mauricio, fruncido el ceño por una cólera sombría, la vista dilatada, pálida la frente y el corazón apagado por una mezcla singular de odio moral y de piedad física, asistió, puesta la mano sobre la empuñadura de su sable, á la ejecución del rey, y solo, quizá entre toda aquella multitud, permaneció mudo cuando cayó la cabeza de aquel hijo de san Luis cuya alma subía al cielo; solo al caer aquella cabeza levantó en alto su temible sable, y todos sus amigos gritaron ¡viva la libertad! sin advertir que esta vez no se habia mezclado la voz de Mauricio á la suya.

Tal era el hombre que en la mañana del 11 de marzo se encaminaba hácia la calle Lepelletier, y al cual nuestra historia vá á dar mas relieve en los pormenores de una vida borrascosa como la que casi todos llevaban en aquella época.

Cerca de las diez llegó Mauricio á la seccion de que era secretario.

Grande era el tumulto que reinaba en ella. Tratábase de votar un mensaje á la Convencion para reprimir las tramas de los Girondinos, y esperaban con la mayor impaciencia á Mauricio.

No se hablaba de otra cosa que de la vuelta del caballero de la Casa Roja, de la audacia con que este encarnizado cons.

pirador habia entrado por segunda vez en Paris, á pesar de que no ignoraba que en esta ciudad se habia puesto á precio su cabeza, creyendo muchos que esta entrada tenia relacion con la tentativa hecha la vispera en el Temple, y espresando todos su ódio é indignacion contra los traidores y aristócratas.

Empero contra la esperanza general Mauricio se mostró indiferente y silencioso, redactó hábilmente la proclama, terminó en tres horas toda su tarea, preguntó si estaba levantada la sesion, y como se le contestase afirmativamente, cogio su sombrero, salió y se encaminó hácia la calle de San Honorato.

Al llegar allí le pareció Paris enteramente nuevo. Volvió á ver la esquina de la calle del Gallo, donde en la noche anterior se le habia aparecido la desconocida forcejeando por desasirse de las manos de los soldados. Entonces siguió desde la calle del Gallo hasta el puente Maria el mismo camino que habia recorrido con ella, parándose donde las diferentes patrullas los habian detenido, repitiendo en varios sitios, que le devolvian sus palabras, el diálogo que habia mediado entre ellos: era la una de la tarde y el sol que alumbraba todo este

paseo hacia resaltar à cada paso los recuerdos de la noche.

Mauricio atravesó los puentes y entrò pronto en la calle de Victor, como entonces se llamaba.

=Pobre muger! murmuró Mauricio, que no ha reflexionado ayer que la noche no dura mas que doce horas, y que probablemente su secreto no durará mas que la noche. A la claridad voy à hallar la puerta por donde se ha deslizado, y quién sabe si no la veré tambien en alguna ventana?

Entrò entonces en la antigua calle de S. Jacobo, y se colocó como la desconocida le habia colocado la vispera. Cerró un instante los ojos, creyendo acaso, pobre loco! que el beso de la vispera iba à quemar otra vez sus labios; pero no sintió mas que el recuerdo, si bien el recuerdo quemaba todavia.

Abrió en seguida los ojos y vió las dos callejuelas una à su derecha y otra à la izquierda, fangosas, mal empedradas, guarnecidas de barreras y cortadas por puentecillos que servian para pasar un arroyo. Veiase alli arcos de madera rincones veinte puertas mal aseguradas, podridas, que revelaban el trabajo grosero en toda

su miseria, y la miseria en toda su ediondez. Alguno que otro jardín, cerrados los mas con empalizadas de estacas; pieles secándose bajo los cobertizos y exhalando ese insostenible hedor de teneria que levanta el estómago mas fuerte. Mauricio buscó, convino durante dos horas y nada halló, nada adivinó; diez veces se internó en aquel laberinto y diez veces volvió atrás para orientarse; pero todas sus tentativas fueron inútiles y todas sus investigaciones infructuosas. Las huellas de la joven parecían haber sido borradas por la niebla y la lluvia.

—Vamos, dijo para si Mauricio, he soñado. Esta cloaca no puede haber servido ni por un instante de retiro á mi bella hada de esta noche, y para no empañar la aureola que alumbraba la cabeza de su desconocida, se retiró á su casa, sumergido en esta idea, aunque no por eso menos desesperado.

—Adios! dijo, bella misteriosa; me has tratado como un tonto ó un niño. En efecto, habria venido conmigo hasta este sitio si estuviese aqui su casa? No! ella no ha hecho mas que pasar como un cisne sobre un pantano inmundo, y su huella es invisible como la del pájaro en el aire.



CAPITULO VI.

El Temple.

quel mismo día y à la misma hora en que Mauricio, dolorosamente desengañado, volvía á pasar el puente de la Tournelle, muchos municipales acompañados de Santerre, comandante de la guar-

cia nacional parisiense, hacian una visit severa en la gran torre del Temple, trasformada en cárcel desde el 13 de agosto de 1792, visita hecha con mas escrupulosidad en el tercer piso, compuesto de una antecámara y de tres piezas.

Uno de estos aposentos estaba ocupado por dos mujeres, una niña y un niño de nueve años, todos vestidos de luto.

La mayor de estas mujeres podia tener de treinta y siete á treinta y ocho años. Estaba sentada y leia delante de una mesa.

La segunda estaba tambien sentada y bordando, y su edad era sobre poco mas o menos de veinte y ocho á veinte y nueve años.

La niña frisaba en los catorce y estaba de pié al lado del niño que enfermo y acostado tenia los ojos cerrados como si durmiese, aunque evidentemente fuese imposible que durmiera con el ruido que hacian los municipales.

Unos levantaban los colchones de las camas, otros sacudian las sábanas, otros, en fin que habian terminado sus pesquisas, miraban con un descaro insolante á las desgraciadas prisioneras que permanecian con los ojos obstinadamente bajos, la una sobre su libro, la otra sobre su labor y la tercera sobre su hermano.

La mayor de estas mujeres era alta, pálida y hermosa; la que leía parecía sobre todo concentrar toda su atención en su libro, aunque, según todas las probabilidades, fuesen sus ojos los que leyeran, y no su espíritu.

Entonces uno de los municipales se acercó á ella, cogió brutalmente el libro que tenía en la mano y lo arrojó en medio de la estancia.

La prisionera alargó la mano hacia la mesa, cogió otro volumen y continuó leyendo.

El montañés hizo un gesto furioso para arrancar este segundo volumen, como había hecho con el primero; pero á este gesto, que hizo temblar á la prisionera que bordaba cerca de la ventana, se lanzó la niña, rodeó con sus brazos la cabeza de la lectora y murmuró llorando:

—Ah! pobre madre, pobre madre!

—Entonces la prisionera aplicó su boca al oído de la niña, como para abrazarla y le dijo:

—Maria, en la estufa hay un billete oculto, quitálo de ahí.

—Vamos, vamos! dijo el municipal tirando brutalmente de la niña, y separándola de su madre, acabareis de abrazaros?

—Señor, dijo la niña, ha decretado la Convencion que los hijos no puedan ya

abrazar á sus madres?

=No; pero ha decretado que se castigará á los traidores y á los aristócratas, y por lo mismo hemos venido á preguntaros. Vamos, Antonieta, responde.

La mujer á quien de aquel modo tan grosero se interpelaba, ni aun se dignaba mirar á su interpelante; lejos de esto, volvió la cabeza, y un ligero rubor pasó por sus mejillas pálidas por el dolor, y surcadas por las lágrimas.

=Es imposible, continuó aquel hombre, que hayas ignorado la tentativa de esta noche. De quien procede?

La prisionera siguió guardando silencio.

=Responded, Antonieta, dijo entonces Santerre aprocsimándose sin notar la convulsion de horror que se habia apoderado de la jòven al ver aquel hombre que en la mañana del 21 de enero habia venido al Temple en busca de Luis XVI para conducirlo al cadalso. Responded. Esta noche se ha conspirado contra la república y se ha tratado de sustraeros al cautiverio que, mientras llega la hora del castigo para vuestros crímenes, os impone la voluntad del pueblo. Decid, sabíais que se conspiraba?

Maria tembló al contacto de aquella voz y se retiró cuanto pudo como para huir de ella, pero sin contestar una palabra á San-

terre, como habia hecho con el municipal.

—Con que no quereis responder? dijo Santerre dando una fuerte patada.

La prisionera tomó otro volumen de encima de la mesa.

Santerre se volvió: el brutal poder de aquel hombre que mandaba a 80,000 hombres y le habia bastado un gesto para cubrir la voz de Luis XVI moribundo, se estrellaba contra la dignidad de una pobre prisionera, cuya cabeza podia derribar tambien, pero que no podia humillar.

=Y vos Isabel, dijo á la otra persona que habia interrumpido por un instante su labor para juntar las manos y suplicar, no á aquellos hombres, sino á Dios; responderéis?

=No sé lo que preguntais, dijo, por consiguiente no puedo contestaros.

—Voto á Cribas! ciudadana Capeto, dijo Santerre impacientándose, bien claro hablo. Digo que ayer se hizo una tentativa para facilitaros la evasion y que debeis conocer á los culpables.

—Nosotras no estamos en comunicacion con nadie de fuera, señor, no podemos, pues, saber ni lo que hacen por nosotras, ni contra nosotras

—Está bien, dijo el municipal, vamos á

ver lo que dice tu sobrino:

Y se aprocsimò al lecho del jóven De lán.
Al ver esta amenaza, Maria Antonieta se levantó de repente.

=Señor, dijo, mi hijo está enfermo y duerme..... No le desperteis.

=Pues responde tu.

=No sé nada.

El municipal se dirijiò en derechura á la cama del Delfin, que, como hemos dicho, se fingió dormido.

Vamos! vamos! despierta, Capeto, dijo meneándolo brutalmente.

El niño abrió los ojos y se sonrió.

Los municipales rodearon entonces su lecho.

La reina, agitada por el dolor y el temor, hizo una seña á su hija, que aprovechando aquel momento, se deslizó á la pieza inmediata, abrió una de las bocas de la estufa, sacó el billete, lo quemó y volvió en seguida á la estancia donde estaba su madre á quien tranquilizó con una mirada.

—Qué quereis? preguntó el niño.

=Saber si has oido algo esta noche.

—Nó, he estado durmiendo.

—Segun parece te gusta mucho dormir.

—Si, porque cuando duermo sueño.

—Y qué sueñas?

—Que veo á mi padre á quien habeis matado.

—Con que no has oido nada? dijo vivamente Santerre.

—Nada.

—Estos lobeznos están verdaderamente de acuerdo con la loba; dijo el municipal furioso, y sin embargo, aqui ha habido una conjuracion.

La reina se sonrió.

La austriaca se mofa de nosotros, exclamó el municipal. Enhorabuena cumpliremos en todo y con rigor el decreto de la municipalidad. Levántate, Capeto.

—¿Qué vais á hacer? exclamó la reina fuera de sí; ¿no vais que mi hijo está enfermo, que tiene calentura? Quereis asesinarle?

—Tu hijo, dijo el municipal, es un objeto de alarma continua para el consejo del Temple, porque en él ponen sus miras los conspiradores, que creen poder facilitar la evasión á todos vosotros. Que vengan que vengan aqui! Tison!..... Llamad á Tison.

Tison era un jornalero encargado de la limpieza de la prision, como de cuarenta años, de tez morena, semblante rudo y sal-

vaje y cabellos negros y crespos que le llegaban hasta las cejas.

—Tison, dijo Santerre, luego que aquel se presentó al llamamiento, quién trajo ayer la comida los detenidos?

Tison, citó un nombre.

—¿Y la ropa?

—Mi hija.

—¿Es lavandera tu hija?

—Ciertamente.

—Y le has dado la prorroquia de tus presos?

—Por qué no? Tanto vale que gane ella esto como otra. Además, el dinero no es ya de los tiranos, sino de la nacion que paga por ellos.

—Te han dicho que examines la ropa con atencion.

—Y qué? ¿no cumplo con este deber? En prueba de ello, ayer mismo ví un pañuelo en el que habian hecho dos nudos, y lo llevé al consejo, el cual mandó á mi mujer que los desatara, y entregase á Mme. Capeto sin decirle nada.

A esta indicacion de los dos nudos hechos en el pañuelo, la reina tembló, dilatandose sus pupilas y Mme. Isabel y ella se dirigieron una mirada.

—Tison, dijo Senterre, tu hija es una ciudadana de cuyo patriotismo nadie duda

pero desde hoy no volverá á Temple.

—Oh! Dios mio! dijo Tison asustado, qué me decis? Como! no volveré á ver ya á mi hija sino cuando salga?

—Ya no saldrás, dijo Santerre.

Tison miro en torno suyo sin fijar en ningun objeto su mirada estúpida, y de repente exclamò:

—No saldré ya! Ah! si es asi, quiero salir de una vez; hago mi dimision; yo no soy traidor ni aristócrata para que me [tengan encerrado en una prision. Os digo que quiero salir.

—Ciudadano, dijo Santerre, obedece á las órdenes de la municipalidad y calla, si no quieres pasarlo mal; mira que soy yo quien te lo digo. Quédate aqui y vigila lo que pasa. Te advierto que no se te pierda de vista.

Durante este tiempo, la reina que se creia olvidada, se habia ido tranquilizando poco á poco y volvia á colocar á su hijo en su cama.

—Haz subir á tu mujer, dijo el municipal Tison.

Este obedeciò sin decir una palabra. Las amenazas de Santerre le habian dejado manso como un cordero.

La mujer de Tison subió.

—Ven acá, ciudadana, dijo Santerre, nosotros vamos á pasar á la antesala y entretanto registra las detenidas.

—No sabes lo que pasa? dijo Tison á su muger no quieren que nuestra hija venga ya al Temple.

—Cómo no quieren ya dejar venir á nuestra hija? Con que no volveremos á verla? Tison meneó la cabeza.

—Qué estais diciendo?

—Digo que presentaremos un memorial al consejo del Temple y el consejo decidirá.

—Entretanto, dijo la mujer, quiero volver á ver á mi hija.

—Silencio! dijo Santerre, se te ha hecho venir aqui para que registres á las prisioneras; registralas y despues veremos...

—Pero... entretanto...

—Oh! oh! exclamó Santerre frunciendo el ceño, hasta ya, y haz lo que te digo.

—Haz lo que dice el ciudadano general; anda, muger; ya has oido lo que dice, despues veremos.

—Está bien, dijo la mujer; marchaos, estoy dispuesta á registrarlas.

Aquellos hombres salieron.

—Mi querida Mme. Tison, dijo la reina, creéis...

—Yo no creo nada, ciudadana Capeto, dijo la horrible mujer rechinando los dientes,

si ya no es que tú eres la causa de todas las desgracias del pueblo. Y si nó, que encuentre algo sospechoso en tu poder y verás.

Cuatro hombres se quedaron á la puerta para auxiliar á la muger de Tison, si la reina se resistia.

Comenzó el registro por la reina.

Hallóse en su poder un pañuelo con tres nudos que parecia desgraciadamente una respuesta preparada al de que habia hablado Tison, un lápiz, un escapulario y un pedazo de lacre.

—Ah bien lo sabia yo, dijo la mujer de Tison, ya lo habia dicho á los municipales que la austriaca escribia. El otro dia vi una gota de lacre en el candelero.

—Oh señora, dijo la reina con acento suplicante, no enseñeis mas que el escapulario...

—Quieres que te tenga lástima? dijo la muger. La tienen por ventura de mí?... No me quitan á mi hija?

Las otras dos augustas prisioneras nada tenian consigo.

La muger de Tison llamó á los municipales, y luego que entraron con Santerre á su cabeza, les entregó los objetos hallados en poder de la reina, que pasaron de mano en mano y fueron objeto de multi-

tud de conjeturas; sobre todo el pañuelo de los tres nudos ocupó largo tiempo á los perseguidores de la familia real.

—Ahora; dijo Santerre, vamos á leerle el decreto de la Convencion.

—¿Qué decreto? preguntó la reina.

—El decreto que manda que seas separada de tu hijo.

—¿Pero es verdad que existe ese decreto?

—Si; la Convencion se interesa demasiado por la salud de un niño confiado á su guarda por la nacion, para dejarlo en compañía de una madre tan depravada como tú....

Los ojos de la reina brotaron fuego.

—Pero á lo menos formulad una acusacion, ¡tigres!

—No es difícil, dijo un municipal.

—Oh! exclamó la reina de pie, pálida y soberbia de la indignacion, apelo al corazon de todas las madres.

—Vamos, vamos! dijo el municipal, todo esto es hermoso y bueno, pero ya hace dos horas que estamos aqui y no podemos perder todo el dia; levántate, Capeto y siguenos.

—Jamás jamás! exclamó la reina lanzándose entre los municipales y el jóven Luis, y aprestándose á defender el lecho como

una leona hace con sus cachorros; jamás permitiré que me arrebatén á mi hijo.

—Oh! señores, dijo Mme. Isabel juntando las manos con admirable espresion de súplica, señores, en nombre del cielo, tened piedad de dos madres.

—Hablad, dijo Santerre, decid los nombres, confesad el proyecto de vuestros cómplices, explicad lo que querian decir esos nudos hechos en el pañuelo que ha traído con vuestra ropa la hija de Tison, y los que tenia el pañuelo hallado en vuestro bolsillo, y entonces os dejarán vuestro hijo.

Una mirada de Mme. Isabel dirigida á la reina, parecia suplicarle que hiciera este sacrificio terrible, pero esta, enjugando orgullosamente una lágrima que brillaba como un diamante en sus párpados:

—Adios, hijo mio, dijo. No olvides jamás á tu padre que está en el cielo, á tu madre que irá pronto á unirse con él; reza todas las noches y todas las mañanas la plegaria que te he enseñado. Adios, hijo mio.

En seguida le dió el último beso, y levantándose fria é inflexible, añadió: Nada señores, haced lo que gustéis.

Sin embargo, hubiera necesitado aquella reina mas fuerza que la que contenia el corazón de una muger, y sobre todo el corazón de una madre para poder resistir por

mucho tiempo á un golpe tan terrible. Volvió, pues, á caer anonadada en una silla mientras se llevaban el hijo que lloraba y le tendia los brazos, pero sin exalar un grito.

La puerta se cerro detrás de los municipales que llevaban al augusto niño, y las tres mugeres quedaron solas.

Hubo un momento de silencio desesperado, interrumpido solamente por algunos sollozos.

La reina, fué la primera que lo rompió.

—Hija mia, dijo, y ese billete?

—Lo he quemado como me lo mandásteis, madre mia.

—Sin leerlo?

—Sin leerlo.

—Adios, pues, última luz, suprema esperanza, murmuró Nime. Isabel.

—Oh! teneis razon, teneis razon, hermana mia, esto es demasiado sufrir.

Volviéndose despues hácia su hija añadió:

—Pero á lo menos habrás visto la letra?

—Si, madre mia, un momento.

La reina, se levantó, fué á mirar á la puerta para asegurarse de que no era observada, y quitándose un alfiler de sus cabellos, se acercó á la pared, hizo salir de una hendidura un papelito plegado en forma de billete, y mostrándolo á su hija, le dijo:

— Antes de contestarme, hija mia, procura reunir todos tus recuerdos; la letra era igual á esta?

—Sí, sí, madre mia, exclamó la princesa, sí, la reconozco.

—Loado sea Dios! exclamó la reina arrodillándose con muestras del mas santo fervor. Si ha podido escribir esta mañana, es señal de que se ha salvado. Gracias! Dios mio, gracias! bien merecia un amigo tan noble uno de tus milagros.

—De quién hablais, madre mia? preguntó Mme. Real. Quién es ese amigo? Decidme su nombre para que le encomiende á Dios en mis plegarias.

—Sí, tienes razon, hija mia, no olvides jamás ese nombre, porque es el de un caballero honrado y valiente; de un hombre que no obra por ambicion, sino con el mayor desinterés; puesto que solo se presenta en los dias de desgracia. Jamás ha visto á la reina de Francia, ó mas bien, la reina de Francia no le ha visto nunca, y sin embargo, consagra su vida á defenderla. Acaso sea recompensado como se recompensa hoy toda virtud, con una muerte terrible.... pero.... si muere.... oh! allá arriba, allá arriba le mostraré mi agradecimiento... Se llama....

La reina miró con inquietud en torno suyo y bajó la voz:

—Se llama el caballero de la Casa Roja... Rogad por él.



CAPITULO VII.

Juramento de jugador.

Por dudosa que fuese la tentativa de rapto, pues no habia tenido principio alguno de ejecucion, escitó vivamente la cólera de los unos y el interés de los otros. Lo que corroboraba por otra parte este suceso de probabilidad casi material es que la comision de seguridad general supo que ha-

cia tres semanas ó un mes multitud de emigrados habian entrado en Francia por diferentes puntos de la frontera. Era evidente que personas que arriesgaban asi su cabeza, no la arriesgaban sin designio, y este designio era, segun todas las probabilidades, coope-
rar al rapto de la familia real.

Ya, á propuesta del convencional Osselin, se habia promulgado el decreto terrible que condenaba á muerte á todo emigrado convencido de haber vuelto á entrar en Francia, á todo francés convencido de haber abrigado proyectos de emigracion, á todo particular convencido de haber protegido la fuga ó la vuelta de algun emigrado, y por último, á todo ciudadano convencido de haberle dado asilo.

Esta ley terrible inauguraba el terror; no faltaba ya mas que la ley de sospechosos.

El caballero de la Casa Roja era un enemigo demasiado activo y audaz para que su entrada en Paris y su aparicion en el Temple no produgieran las mas graves medidas. En multitud de casas sospechosas se egecutaron pesquisas mas severas que cuantas hasta entonces se habian hecho; empero, esceptuando el descubrimiento de algunas mujeres emigradas que se dejaron prender, y de algunos ancianos que no se cuidaron de disputar á los verdugos los pocos dias que les

quedaban, las investigaciones no dieron resultado alguno.

Como es fácil suponer, de resultas de este acontecimiento las secciones estuvieron muy ocupadas durante muchos días, y por consiguiente el secretario de la sección Lepelletier, uno de los mas influyentes de París, tuvo poco tiempo para pensar en su desconocida.

Desde luego, segun habia resuelto al dejar la calle antigua de San Jacobo, queria olvidar: pero como le habia dicho su amigo Lorin:

Cuando olvidar pretendemos,
Solo recordar podemos.

Mauricio, sin embargo, nada habia dicho, ni confesado, encerrando en su corazon los pormenores de aquella aventura que hubieran podido escapar á la investigacion de su amigo; pero este, que conocia el carácter alegre y expansivo de Mauricio, y que le veia ya sin cesar pensativo y buscando la soledad, sospechaba, como él decia, que hubiese pasado por allí el pícaro cupido.

Es de notar que la Francia haya tenido, entre sus diez y ocho siglos de monarquía, pocos años tan mitológicos como el año de gracia de 1793.

Entretanto, el caballero no estaba preso; ya no se oía hablar de él. La reina se contentaba con llorar en los brazos de su hija y de su hermana. El joven delfín comenzaba en las manos del zapatero Simon ese martirio que debía en dos años reunirle á su padre y á su madre.

Hubo un instante de calma: el volcan de la montaña reposaba antes de devorar á los girondinos.

Mauricio sintió el peso de aquella calma como se siente la pesadéz de la atmósfera en tiempo de tempestad, y no sabiendo que hacer de un ocio que le entregaba todo entero á la fogosidad de un sentimiento, que si no era amor, se le parecia mucho, volvió á leer la carta, besó su hermoso záfiro, y resolvió á pesar del juramento que habia hecho, ensayar otra tentativa, no sin prometerse antes que seria la última.

El joven habia pensado en una cosa y era presentarse en la seccion del jardin de las plantas, y pedir alli informes al secretario, su cólega; pero le retuvo la idea de que su hermosa desconocida estuviese mezclada en alguna trama política, y se estremecia de horror al considerar que una indiscrecion suya pudiera conducir á aquella muger encantadora á la plaza de la Revolucion y hacer caer sobre el patibulo aquella cabeza de ángel.

Decidióse, pues, á intentar la aventura solo y sin informe alguno. Su plan por otra parte era muy sencillo. Las listas colocadas en cada puerta debían acabar de aclarar aquel misterio, y por último, como secretario que era de la calle de Lepeletier, tenía pleno y amplio derecho de interrogatorio.

Cierto que Mauricio ignoraba el nombre de su desconocida; pero podía guiarse por las analogías pareciéndole imposible que tan encantadora criatura no tuviese un nombre en armonía con su forma, algún nombre de sílfide, de hada ó de ángel, porque su llegada á la tierra debía haber sido saludada como la de un ser superior y sobrehumano.

El nombre, pues, le guiaría infaliblemente. Púsose una carmañola de paño burdo, se encasquetó un gorro colorado y partió para su esploracion sin avisar á nadie, armado de uno de esos garrotes nudosos que se llamaba una contitucion, y el cual en su mano equivalia á la clava de Hércules, y provisto además de su despacho de secretario de la seccion Lepelletier, cosas ambas que constituían su seguridad física y su garantía moral.

Púsose, pues, á recorrer de nuevo la calle de San Victor, y la antigua de San Jacobo, leyendo á la luz del moribundo dia todos aquellos nombres escritos con mano mas

ó menos ejercitada, sobre cada puerta.

Ya habia llegado á la centésima casa, y por consiguiente á la centésima lista, sin que nada hubiera podido hacerle creer que habia hallado la menor huella de su desconocida, que no queria reconocer sino en el caso de que se presentara á sus ojos un nombre parecido á lo que habia sonado, cuando viendo un zapatero pintarse la impaciencia en el rostro del lector, abrió la puerta salió con su tirapié y su cuchilla, y mirando á Mauricio por encima de sus anteojos, le dijo:

--Quieres saber algunas noticias sobre los inquilinos de esta casa?

En ese caso, habla, ciudadano, estoy dispuesto á contestarte

--Gracias, ciudadano, balbuceó Mauricio, buscaba el nombre de un amigo.

--Di ese nombre ciudadano, pues conozco á todo el mundo en este barrio; donde vivia ese amigo?

==Creo que vivia en la calle antigua de San Jacobo; pero me temo que se haya mudado.

—Pero cómo se llama? Necesito saber su nombre.

Mauricio sorprendido permaneció por un momento vacilante, y despues pronunció el primer nombre que se le vino á la memoria.

—Renato, dijo:

—Y su estado?

Mauricio dirigió la vista á su alrededor y no vió mas que tenerías.

—Aprendiz de curtidor contestó.

—En ese caso, dijo un vecino que acababa de pararse allí y miraba á Mauricio con cierta candidez no muy esenta de desconfianza, será menester dirigirse al maestro.

—Es justo, dijo el zapatero, es muy justo; los maestros saben los nombres de sus aprendices, y si no allí está el ciudadano Dixmer, que es dueño de una fábrica de curtidos y que tiene mas de cincuenta trabajadores en su tenería; nadie mejor que él puede informarte.

Mauricio se volvió y vió á un hombre alto, de rostro bondadoso y vestido con una riqueza que anunciaba el industrial opulento.

—Solo que, como ha dicho muy bien el ciudadano zapatero, continuó el ciudadano curtidor, convendría saber el nombre de ese amigo.

—Ya lo he dicho, Renato.

—Renato no es mas que un nombre de bautismo, y lo que yo pregunto es el apellido. Todos los trabajadores inscritos en mi casa, lo están con el apellido.

—Par diez, dijo Mauricio que empezaba á

impacientarse con aquella especie de interrogatorio, no sé el apellido.

—Cómo! dijo el curtidor con una sonrisa en la que Mauricio creyó notar mas ironía de la que aparentaba, cómo! ciudadano, no sabes el apellido de tu amigo?

—No.

—En ese caso es probable que no le encuentres.

—Y saludando el curtidor cortesmente á Mauricio dió algunos pasos y entró en una casa de la antigua calle de San Jacobo.

—El hecho es que si no sabes el apellido... dijo el zapatero.

—No, no lo sé, contestó Mauricio, que ya deseaba que armasen camorra para desfogar su mal humor, y aun debemos decir que no estaba muy distante de armarla él mismo.

—Es inútil que te causes, ciudadano, si no sabes el nombre de tu amigo, es probable como te ha dicho el ciudadano Dixmer, es probable que no le encuentres.

Y el ciudadano zapatero se metió en su cobacha encogiéndose de hombros.

Buenas ganas se pasaron á Mauricio de apalear al ciudadano zapatero, pero era viejo y su debilidad le salvó; si hubiese tenido veinte años menos, Mauricio habria dado el espectáculo escandaloso de la igualdad ante la ley, pero la desigualdad ante la fuerza.

— Por otra parte el día declinaba, y Mauricio no podía contar sino con pocos minutos de luz.

Aprovechóse, pues, de ellos para meterse en la primera calleja y luego en la segunda; examinó todas las puertas una á una, registró todos los rincones, miró por encima de cada empalizada, se empinó para observar por encima de cada tapia, lanzó una ojeada al interior de cada reja por el agujero de cada cerradura, llamó en algunos almacenes desiertos, sin obtener respuesta y consumió en fin cerca de dos horas en esta pesquisa inútil.

Dieron las nueve de la noche. La noche había cerrado completamente; no se oía ya ningún ruido, no se percibía ningún movimiento en aquel bárrio desierto, de donde parecía haberse retirado la vida con el día.

Desesperado Mauricio iba á hacer un movimiento retrógrado, cuando de repente al volver un estrecho callejon vió brillar una luz; se metió en él sin observar que acababa de desaparecer detrás de una tapia con precipitación una cabeza curiosa que hacia un cuarto de hora seguía todos sus movimientos por entre el ramaje de un árbol.

Pocos segundos despues de haber desaparecido la cabeza, tres hombres que salían

por una puertecilla abierta en aquella misma tapia, se lanzaron en el callejon donde acababa de perderse Mauricio, en tanto que otro cerraba la puerta de este pasadizo para mayor precaucion.

Al llegar Mauricio al fin del callejon encontró una plazuela en cuyo lado opuesto brillaba la luz. Llamó á la puerta de una casa pobre y solitaria, pero al primer golpe que dió, se apagó la luz.

Mauricio volvió á llamar; pero nadie contestó: conociendo entonces que sin duda ese era el partido que habian tomado los vecinos de aquella casa, y convencido de que perderia inútilmente su tiempo, atravesó la plazuela y volvió á internarse en el callejon.

Al mismo tiempo giró dulcemente sobre sus goznes la puerta de la casa, salieron de ella tres hombres y sonó un silvido.

Volvióse Mauricio y vió tres sombras á la distancia de dos longitudes de su baston, y brillar á la claridad de esa especie de luz que existe siempre en medio de las tinieblas para los ojos habituados largo tiempo á la oscuridad, el reflejo de tres espadas. Entonces comprendió Lindey que estaba cercado, quiso hacer el molinete con su baston; pero el callejon era tan estrecho

que su baston tropezaba en las dos paredes, recibiendo al mismo tiempo en la cabeza un golpe violento que le dejó casi sin sentido. Siete hombres se arrojaron á la vez solo él, y á pesar de la desesperada resistencia que opuso, lo derribaron al suelo, le ataron las manos y le vendaron los ojos.

Mauricio no habia lanzado, ni aun llamado en su auxilio; porque la fuerza y el valor quieren bastar siempre á si mismos y parece como que se avergüenzan de un socorro extraño.

Por otra parte, aun cuando Mauricio se hubiese cansado de llamar en aquel bárrio desierto, nadie hubiera acudido.

Mauricio, pues, fué maniatado, como hemos dicho, sin exalar una queja, si bien habia reflexionado que cuando le vendaban los ojos, no seria para asesinarle en seguida. En la edad de Mauricio toda tregua es una esperanza.

Armóse, pues, de toda su presencia de espíritu y esperó.

—Quien eres tú? preguntó una voz todavía armada por la lucha.

—Soy un hombre á quien asesinan, respondió Mauricio.

Y serás un hombre muerto si hablas al-

to ó llares ò grites.

—Si hubiese querido gritar no habria esperado hasta ahora.

—Está dispuesto á contestar á mis preguntas?

—Preguntad antes y entonces veré si debo contestar.

—Quién te ha enviado aqui?

—Nadie.

—Con qué has venido por tu propia voluntad?

—Si.

—Mientes.

Mauricio hizo un movimiento terrible para desatar sus manos, pero vió que era imposible.

—Yo no miento jamás! dijo.

—De todos modos, ora vengas por tu propia voluntad, ora sea enviado, eres un espia.

—Y vosotros unos cobardes!

—Cobardes nosotros!

—Si, porque sois siete ú ocho contra un hombre maniatado, é insultais á este hombre. Cobardes! cobardes! cobardes!

Esta violencia de Mauricio, en lugar de esasperar á sus adversarios, pareció calmarlos; porque la misma violencia probaba que el jóven no era lo que ellos se ima-

ginaban; un verdadero espia hubiera temblado y pedido perdon.

=Lo que te hemos dicho no es un insulto, dijo otra voz mas dulce, pero al mismo tiempo mas imperiosa que ninguna de las que habian hablado. En la época en que vivimos, puede muy bien un hombre ser espia, sin dejar de ser honrado; no hay otra cosa de malo sino que se arriesga la vida.

—Cualquiera que sea el que acaba de hablar en estos términos, puesto que lo ha hecho razonablemente, no tengo ya reparo en contestarle con toda la lealtad y franqueza de mi carácter.

—Pues bien, qué veniais á hacer á este bário.

=Venia buscando una mujer.

Un murmullo de incredulidad acogió esta escusa, murmullo que creciendo poco á poco, estalló como una tempestad.

—Mientes, replicó la misma voz. Aquí no hay mujer ninguna; ya sabemos lo que vale esa escusa. En este bário no hay ninguna mujer á quien puedas tu ir á buscar; confiesa tu proyecto, ó mueres.

—No creo, dijo Mauricio, que me asesineis por tener el placer de matarme, á menos que no seais verdaderos bandidos.

Y Mauricio hizo otro esfuerzo mas violento y tan inesperado que el primero para desprender sus manos de la cuerda que las ataba; pero de repente un frio doloroso y agudo le desgarró el pecho.

Mauricio hizo à pesar suyo un movimiento hácia atras.

—Hola! lo sientes? dijo uno de los hombres, ten entendido que quedan todavia ocho pulgas iguales á la que acabas de probar.

—Acabad de una vez, dijo Mauricio con una nacion.

—Quién eres? dijo una voz dulce é imperiosa.

—Es mi nombre lo que quereis saber?

—Si, tu nombre.

—Soy Mauricio Lindey.

—Como! exclamó una voz, Mauricio Lindey revolucionario... el patriota! Mauricio Lindey secretario de la seccion Lepelletier?

Estas palabras fueron pronunciadas con tanto calor que Mauricio conoció que eran decisivas, y que por consiguiente contestar á ellas de una manera ó de otra, era fijar invariablemente su suerte.

Mauricio era incapaz de una cobardia, asi que con la frente erguida y con voz firme contestó.

—Si, Mauricio Lindey, si, Mauricio Lindey, el secretario de la seccion Lepelletier; si, Mauricio Lindey el patriota, el revolucionario, el jacobino; Mauricio Lindey, en fin, cuyo mas hermoso dia será en que muera por la libertad.

Un silencio de muerte siguió á esta respuesta.

Mauricio Lindey presentaba su pecho, esperando de un momento á otro que la hoja, cuya punta solamente habia sentido, se sepultara toda entera en su corazon.

—Es eso cierto? dijo al cabo de algunos segundos una voz que revelaba cierta emocion. Ea, jóven, no mientas.

—Registrad mis bolsillos, dijo Mauricio, y hallareis mi despacho. Mirad en mi pecho, y si mi sangre no las ha borrado, hallareis mis iniciales, una M. y una L. bordadas en la camisa.

Entonces sintió Mauricio que unos brazos vigorosos le levantaban del suelo. Durante breve rato fué conducido de este modo, oyendo abrir la puerta, y despues otra mas estrecha, pues apenas pudieron pasar por ellos los hombres que le llevaban.

Entretanto continuaban los murmullos y los cuchicheos.

—Estoy perdido, dijo para si Mauricio,

van á ponerme una piedra al cuello y arrojarme al Bievre.

Pero al cabo de un instante notó que los que le llevaban subian algunos escalones. Un aire mastemplado hirió su rostro, y lo sentaron en una silla. Oyó cerrar con llave una puerta y los pasos se alejaron. Creyó que le dejaban solo. Aplicó el oído con toda la atencion que podia presentar un hombre cuya vida depende de una palabra y le pareció oír que aquella misma voz que habia oído no sin sorpresa por su mezcla de firmeza y dulzura decia á los demas:

—Deliberemos.





CAPITULO VIII.

Genoveva.

Un cuarto de hora pasó que pareció un siglo à Mauricio. Nada mas natural: jóven, hermoso, vigoroso, sostenido en su fuerza por cien amigos fieles y desinteresados, con los cuales y por los cuales soñaba á veces la realizacion de gran-

des empresas se veia de repente, sin preparacion alguna, espuesto á perder la vida en unacelada innoble.

Comprendia que se le habia encerrado en un cuarto cualquiera; pero, estaba vigilando

Hizo otro esfuerzo para romper sus vinculos. Sus músculos de acero se hincharon y entiesaron, la cuerda penetró en sus carnes, pero no se rompió.

Lo mas terrible era que tenia las manos atadas detrás de la espalda y no podia arrancar su venda; si hubiera podido ver, acaso habria podido huir.

Sin embargo, aquellas diferentes tentativas se habian verificado sin que nadie se opusiera á ellas, sin que nadie se moviera á su alrededor, y por tanto debia inferir que estaba solo rodeado de enemigos.

Sus pies pisaban una cosa blanda y sordá, arena, tierra, barro tal vez. Un olor acre y penetrante ofendia su olfato y denunciaba la presencia de sustancias vegetales. Mauricio pensó que estaba en algun invernadero ó en alguna cosa semejante. Dió algunos pasos: chocó contra una pared, se volvió para tentar consus manos, sintié instrumentos aratorios y lanzó una exclamacion de alegria.

Haciendo esfuerzos inauditos pudo reco-

noer uno á uno todos aquellos instrumentos. Su fuga era ya entonces una cuestion de tiempo: si la casualidad ó la Providencia le daba cinco minutos, y si entre aquellos utensilios hallaba un instrumento cortante, su salvacion era segura. En efecto, halló una azada; pero para volver el hierro hácia arriba, tuvo que emprender una verdadera lucha. Sobre este hierro, que sostenia contra la pared con su cadera, cortó ó mas bien, gastó la cuerda que sujetaba sus puños. La operacion era larga, el hierro de la azada cortaba lentamente. El sudor le corria por la frente, oyó como un ruido de pasos que se aproximaban. Hizo el último esfuerzo, violento, inaudito, supremo, y se rompió la cuerda medio gastada.

Esta vez lanzó un grito de alegria, porque á lo menos estaba seguro de morir defendiéndose.

Mauricio arrancó la venda que cubria sus ojos.

No se habia engañado; estaba, no en un invernadero, sino en un pabellon, donde habian encerrado algunas de esas plantas que no pueden pasar la estacion de los frios al aire libre. En un rincon estaban aquellos instrumentos de jardineria, uno de

los cuales le habia prestado tan gran servicio. En frente de él habia una ventana: se lanzó hácia esta ventana, pero la halló asegurada con barras de hierro, y por delante de ella se paseaba un hombre armado de una carabina.

Al otro lado del jardin, y á treinta pasos de distancia, poco mas ó menos, se levantaba un pequeño kiosco que hacia juego con el en que estaba Mauricio. Tenia una celosía echada pero al través de esta celosía brillaba una luz.

Se aprocsimó á la puerta y escuchó, otro centinela se paseaba por delante de la puerta. Aquellos eran los pasos que habia oido.

En el fondo del corredor resonaban voces confusas señal evidente de que la deliberacion habia degenerado en discusion. Mauricio no podia oir bien todo lo que decia, pero sin embargo algunas palabras, llegaban hasta él, y entre estas palabras, como si por ellas solas fuese la distancia menos grande, oir clara y distintamente las de espia, puñal y muerte.

Mauricio redobló su atencion: se abrió una puerta y oyó mas distintamente.

—Si, decia una de las voces; si, es un espia, ha descubierto alguna cosa y de seguro ha sido enviado para sorprender nues-

tros secretos. Si le damos libertad, corre-mos el riesgo de que nos denuncie.

—Y su palabra? dijo una voz.

—La dará y despues faltará á ella. Por ventura es noble para que nos fíemos en su palabra?

Mauricio se llenó de indignacion al ver que todavia habia personas que creen que es necesario ser noble para guardar la fé jurada.

—Pero nos conoce para denunciarnos?

—No, seguramente, no nos conoce, ni aun sabe lo que hacemos; pero sabe las señas de la casa y volverá, y sin duda bien acompañado.

El argumento pareció perentorio.

—Con que está decidido? dijo la voz que ya habia oido Mauricio muchas veces pareciéndole que seria la del jefe.

—Si y mil veces si; no comprendo vuestra magnanimidad; si la junta de salvacion pública nos átrapara, ya veriais si gastaba todas esas ceremonias.

—Con que persistis, señores, en vuestra decision?

—Sin duda; y espero que no tratareis de oponeros á ella.

—Yo no soy mas que un voto, señores, y ya he dicho que mi opinion es que se

le devuelva la libertad. Vosotros sois seis y todos opinais por la muerte. De qué sirve, pues, mi oposicion?

—El sudor que corria por la frente de Mauricio se helò de repente.

—Vá á gritar, á ahullar, dijo la voz? Habeis alejado à lo menos à Mme. Dixmer?

—No sabe nada. Está en el pabellon de enfrente.

—Mme. Dixmer, murmuró Mauricio, comienzo à comprender. Estoy en la casa de ese curtidor que me habló ayer en la calle de San Jacobo, y que se alejó riéndose de mi porque no pude decirle el nombre de mi amigo. Pero qué interés puede tener un curtidor en asesinarme?

Mauricio miró en torno suyo, y descubrió un almocafre con mango de fresno.

—En todo caso, dijo, antes que me asesinen, mataré mas de uno.

Y se lanzó sobre el instrumento inofensivo que en su mano iba à ser una arma terrible.

En seguida se volvió detrás de la puerta, y se colocó de modo que al abrirse lo ocultase ella misma.

Su corazon palpitaba fuertemente, y en el silencio se oia el ruido de sus palpitaciones.

De repente Mauricio tembló de piés á cabeza; acababa de oír una voz que decía.

—Si quisierais creerme, lo que debiais hacer era romper un vidrio y matarle de un trabucazo por entre los hierros.

—Oh! no, no, nada de esplosion, dijo otra voz una esplosion puede delatarnos. Ah! ahora que me acuerdo y vuestra muger, Dixmer?

—Acabo de mirar por detrás de la celosia; nada sospecha; está leyendo.

—Ea, Dixmer, vais á decidir la diferencia de nuestras opiniones; estais por un tiro ó por una puñalada?

—Si puede evitarse el arma de fuego, me parece menos malo el puñal.

—Bueno, sea el puñal. Vamos.

—Vamos! repitieron á la vez las cinco ó seis voces.

Mauricio era un hijo de la revolucion, un corazon de bronce, una alma atea, como habia muchas en aquella época; pero al oír la palabra vamos, pronunciada detrás de aquella puerta, que solo le separaba de la muerte, se acordó de la señal de la cruz que su madre le habia enseñado cuando siendo aun muy niño, le hacia rezar sus oraciones de rodillas.

Los pasos se aproximaron, se pararon y luego rechinó la llave en la cerradura y la puerta se abrió lentamente.

En aquel minuto que habia trascurrido se habia dicho Mauricio:

--Si pierdo mi tiempo en llamar, me matarán. Precipitándome sobre los asesinos, los sorprendo, llego al jardin, salgo á la callejuela, y tal vez me salve.

Dando, pues, un salto de leon, lanzando un grito salvaje, en que habia mas amenaza que espanto, derribò á los dos primeros hombres que suponiéndole atado y con los ojos vendados, estaban muy lejos de esperar semejante agresion, separó á los demas, salvò, gracias á sus piernas de acero: diez toesas en un segundo, vió al fin del corredor una puerta que daba al jardin abierta de par en par, se lanzó por ella saltó diez escalones, se halló en el jardin y orientándose lo mejor que pudo, corrió hácia la puerta. Estaba cerrada con dos cerrojos y llave; Mauricio describió aquellos, pero la llave no estaba puesta en la cerradura.

Durante este tiempo habian llegado sus perseguidores á las gradas del jardin, y al verle gritaron: Allí está! allí está! tiradle, Dixmer, tiradle.

Mauricio lanzó un rugido: estaba encerrado en el jardín, midió con la vista las tápias y calculó que tendrían diez pies de altura.

Todo esto fué rápido como un segundo.

Los asesinos se lanzaron en su persecución.

Mauricio les llevaba treinta pasos de delantera, miró á su alrededor con esa mirada del condenado que pide la sombra de una probabilidad de salvacion para hacer de ella una realidad.

Vió el kiosco y la celosia, y detrás de la celosia, la luz.

No dió mas que un brinco, un brinco de diez piés, cogió la celosia, la arrancó, saltó por la ventana y cayó en una estancia alumbrada, donde leía una muger sentada cerca del fuego.

Esta muger se levantó espantada gritando; socorro.

=Apártate, Genoveva, apártate, gritó la voz de Dixmer, apártate, que voy á matarle.

Y Mauricio vió apuntado á diez pasos de él el cañon de la carabina; pero apenas le mira la mujer lanza un grito terrible y en vez de apartarse como le mandaba su marido, se interpone entre él y el cañon del fusil.

Este movimiento concentró toda la atención de Mauricio sobre la generosa criatura, cuyo primer impulso habia sido protegerle.

Lanza tambien un grito... Acababa de reconocer á su bella desconocida.

=¡Vos!... ¡vos!... exclamó.

=¡Silencio! dijo ella, y volviéndose hácia los asesinos que armados de diferentes instrumentos se habian acercado á la ventana, exclamó: =¡Oh! ¡no le mateis! ¡no le mateis!

—Es un espia, contetó Dixmer, cuya figura dulce y apacible habia tomado una espresion de resolucion implacable; es un espia y debe morir.

—¡Un espia! ¡él! dijo Genoveva, él, ¡un espia! ven aquí, Dixmer te diré una sola palabra para probarte que te engañas.

Dixmer, se aprocsimó á la ventana: Genoveva se acercó á él é inclinándose á su oido, le dijo algunas palabras en voz baja.

El curtidor irguió vivamente la cabeza y dijo:—

=¡El!

—El mismo, respondió Genoveva,

—¡Estás segura de lo que dices?

La jóven no respondió esta vez; pero se volvió hácia Mauricio y le presentó la mano sonriendo.

Las facciones de Dixmer volvieron á tomar una espresion singular de mansedumbre y de frialdad, y descansó en el suelo la culata de su carabina, diciendo: Ya, ya, eso es otra cosa.

Haciendo despues una seña á sus compañeros ara que le siguieran, se apartó con ellos y les dijo algunas palabras, alejándose todos en seguida.

=Ocultad esa sortija, murmuró Genoveva, durante este tiempo; todo el mundo la conoce aquí.

Mauricio se quitó al punto la sortija de su dedo y la guardó en el bolsillo de su chaleco.

Un instante despues se abrió la puerta del pabellon y Dixmer, sin arma, se dirigió hácia Mauricio.

—Perdonad, ciudadano, le dijo, que no haya sabido antes lo que os debia; al constarme mi mujer el servicio que le prestásteis la noche del 10 de marzo no supo decirme vuestro nombre porque se le habia olvidado. Ignorábamos, pues, completamente quien érais, y sin este motivo, ni un momento habríamos sospechado de vuestro honor, ni de vuestras intenciones. Asi, pues, os repito que me perdoneis.

Mauricio estaba estupefacto, mantenién-

dose de pié por un milagro de equilibrio, pues, sentia que se le iba la cabeza y que estaba pròximo á caerse. Apoyóse como pudo en la chimenea y dijo; Pero por qué queriais matarme?

—Hé aqui el secreto, ciudadano, dijo Dixmer, lo confio á vuestra lealtad. Yo soy, como sabeis, maestro curtidor y director de esta teneria. La mayor parte de los ácidos que empleo en la preparacion de mis pieles son mercancías prohibidas. Los contrabandistas que yo empleo tuvieron aviso de una delacion hecha al consejo general, y confieso que se apoderó de mi el miedo cuando os vi tomar informes. Mis contrabandistas han tenido mas miedo que yo al ver vuestro gorro colorado y sobre todo vuestro aire decidido, y no os ocultaré que estaba resuelta vuestra muerte.

—Demasiado lo sé, exclamó Mauricio, y nada me decis de nuevo. He oido vuestra deliberacion y he visto vuestra carabina.

—Ya os he pedido perdon, replicó Dixmer con aire de enternecimiento; pero debo deciros tambien, que gracias á los desórdenes de la época, mi asociado M. Morand y yo, estamos en camino de hacer una gran fortuna, pues tenemos la provi-

sion de las mochilas, y todos los dias se hacen de mil y quinientas a dos mil. Gracias al buen estado de cosas en que vivimos, la municipalidad, que tiene demasiado que hacer, no puede ocuparse en la comprobacion de nuestras cuentas; de suerte que pescamos en rio revuelto, tanto mas, cuanto que, como os decia, las materias preparatorias de que nos surtimos por medio del contrabando, nos permiten ganar doscientos por ciento.

—Diablo! exclamó Mauricio, no me parece malo este oficio, y ahora comprendo vuestro temor de que en la delacion de mi parte lo hiciera cesar; pero ya que me conoceis estareis tranquilo, ¿no es verdad?

—Ahora dijo Dixmer no os pido ya vuestra palabra, y poniéndote la mano sobre el hombro y mirándole con una sonrisa, añadió: ahora que estamos solos aqui como dos amigos, puedo decirlo; qué veniais á hacer aqui? Se entiende, añadió el curtidor que si quereis callar estais en plena libertad de hacerlo.

—Creo que ya os lo he dicho, balbuceó Mauricio.

—Si una muger, dijo el curtidor, sé que se trataba de una muger.

—Dios mio! perdonadme, ciudadano, di-

jo Mauricio; comprendo perfectamente que os debo una esplicacion. Pues bien! buscaba una muger que la otra noche me dijo que vivia en este bårrio; pero ni sé su nombre, ni su estado, ni su casa; solamente sé que estoy locamente enamorado de ella; que es pequeña.

Genoveva era alta.

=Que es rubia y tiene el aire vivarachito.

Genoveva era morena con grandes ojos pensativos.

—Una modistilla en fin.... continuó Mauricio, asi es que para agradarle me he puesto este traje popular.

—Hé ahí lo que esplica todo, dijo Dixmer, con una fé evangélica que no desmentia la menor mirada burlesca.

Genoveva se habia ruborizado, y conociendo que se ruborizaba, se habia vuelto de espaldas.

=Pobre ciudadano Lindey! dijo Dixmer riendo, qué mal rato os hemos hecho pasar! y os juro que sois la última persona á quien hubiera querido hacer mal, tan buen patriota, un hermano.... Pero á la verdad, he creido que algun mal intencionado usurpaba vuestro nombre.

—No hablemos ya de eso, dijo Mauri-

cio, que comprendió que era tiempo de retirarse, ponedme en mi camino y olvidémoslo todo.

—Poneros en vuestro camino! exclamó Dixmer, abandonaros ah! no por cierto! quiero, ó mas bien, mi asociado y yo queremos que ceneis esta noche en compañía de esos buenos muchachos que querian degollaros ahora mismo.... así vereis que no son tan demonios como parecen.

—Pero permitidme que os diga, contestó Mauricio, en el colmo de la alegría al considerar que iba à permanecer algunas horas al lado de Genoveva, permitidme que os diga que no sé verdaderamente si debo aceptar....

—Como! si debeis aceptar! dijo Dixmer, ya lo creo que si, esos muchachos son patriotas buenos y francos como vos; por otra parte no creeré que me habeis perdonado, sino hasta que hayamos comido juntos.

Genoveva no decia una palabra y Mauricio se hallaba en un potro de tormento.

—A la verdad, balbuceó el jóven, temo molestaros, ciudadano... este traje... estas trazas tan malas...

Genoveva le miro timidamente y dijo:

—Nosotros ofrecemos nuestra hospitalidad de buen grado.

—La acepto, ciudadana, respondió Mauricio, haciendo una reverencia.

—Pues bien, voy á tranquilizar á nuestros compañeros, dijo el curtidor; calentaos entre tanto, querido amigo.

Salió, quedando solos Mauricio y Genoveva...

—Ah! señor dijo la jóven con un acento al que en vano queria dar el tono de convencion; habeis faltado á vuestra palabra; habeis sido indiscreto.

—Cómo señora, exclamó Mauricio, os habré comprometido? En ese caso permitid que me retire y jamás....

—Dios mio! exclamó ella levantándose, estais herido en el pecho! Vuestra camisa está manchada de sangre.

En efecto, en la camisa tan fina y blanca de Mauricio, camisa que hacia extraño contraste con un vestido grosero, se habia estendido y secado una gran mancha encarnada.

—Oh! no tengais cuidado, señora, dijo el jóven no es nada; uno de vuestros contrabandistas me ha pinchado un poco con su puñal.

Genoveva se puso pálida, y cogiéndole de la mano le dijo:

—Perdonadme el mal que os han hecho

vos me habeis salvado la vida, y he estado á punto de ser causa de vuestra muerte.

—Por ventura no estoy bien recompensado al veros? Porque, no es verdad que ni un solo instante habeis creído que buscaba yo á otra muger?

—Venid conmigo, interrumpió Genoveva, os daré camisa limpia... No quiero que nuestros convidados os vean en este estado porque seria para ellos una reconvencion demasiado terrible.

—Os molestó, no es verdad? replicó Mauricio suspirando.

—Nada de eso, cumplo con un deber.

En seguida añadió:

—Y lo cumplo con gran placer.

Entonces condujo á Mauricio hácia un gabinete adornado con una elegancia y gusto que no esperaba hallar en la casa de un fabricante de curtidos; verdades que este fabricante parece millonario.

En seguida abrió Genoveva todos los armarios.

—Tomad lo que gustéis dijo estais en vuestra casa.

Y se retiró.

Cuando salió Mauricio, halló á Dixmer que volvía.

—Vamos vamos! dijo, al comedor, no esperamos á nadie mas que á vos.



CAPITULO IX.

La cena.

Cuando Mauricio entró con Dixmer y Genoveva en el comedor situado en el cuerpo de edificio adonde lo habian conducido al principio, estaba puesta la mesa, pero la sala todavia desierta.

Vió entrar sucesivamente todos los convidados hasta el número de seis.

Todos ellos eran hombres de un esterior agradable, jóvenes la mayor parte, vestidos à la moda del dia, y aun dos ó tres llevaban carmañola y gorro encarnado.

Dixmer les presentó à Mauricio decla-

rando sus títulos y cualidades.

Volviéndose despues hácia Mauricio, le dijo:

=Aquí teneis ciudadano Lindey, á todas las personas que me ayudan en mi comercio, gracias al tiempo en que vivimos, gracias á los principios revolucionarios, que han borrado las distancias, vivimos todos bajo el pié de la mas santa igualdad. Todos los dias la misma mesa nos reúne dos veces y tengo un verdadero placer en que hayais querido participar de nuestra refraccion de familia. Vamos, diudadanos, vamos á cenar.

=Y... y M. Morand, dijo tímidamente Genoveva; no le esperamos?

=Ah! es verdad, respondió Dixmer. El ciudadano Morand, de quien ya os he hablado, ciudadano Lindey, es mi asociado. El es el encargado, si puedo decirlo así, de la parte moral de la casa; él hace las escrituras, lleva los libros de caja, arregla las facturas, dá y recibe el dinero, lo cual hace que sea de todos nosotros el que está mas recargado de trabajo, resultando de aquí que se retarda algunas veces. Voy á avisarle.

En aquel momento se abrió la puerta y entró el ciudadano Morand.

Era un hombre de corta estatura, moreno de cejas espesas; antiparras verdes como llevan los hombres cuya vista está cansada por el trabajo, ocultaban sus ojos negros. En las primeras palabras que dijo, reconoció Mauricio aquella voz dulce é imperiosa á la vez que constantemente habia abogado por los medios suaves en aquella terrible discusion de que él habia sido victima; estaba vestido con una levita de paño oscuro, chupa de seda blanca, y su pechera muy fina, fué muchas veces atormentada durante la cena por una mano de cuya blancura y delicadeza no pudo menos de admirar en un mercader de curtidos.

Todos ocuparon sus respectivos asientos, el ciudadano Morand á la derecha de Genoveva, y Mauricio á su izquierda, Dixmer se sentó en frente de su mujer, los demás convidados tomaron indiferentemente sus puestos alrededor de la mesa oblonga.

La cena era exquisita: Dixmer tenia un apetito de industrial, y hacia con mucho desembarazo y cordialidad los honores de su mesa. Los obreros, ó los que pasaban portales, le hacian bajo este concepto buena compañía. El ciudadano Morand hablabá poco, comia menos, no bebia casi nada y se reia raras veces: Mauricio, sin duda

á causa de los recuerdos que despertaba en él su voz, experimentò pronto en su favor una viva simpatia; solo tenia duda acerca de su edad, y esta duda le inquietaba; tan pronto le consideraba como un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, como le tenia por un jóven.

Dixmer creyó al sentarse á la mesa que estaba en el deber de dar á sus convidados una especie de satisfaccion por haber admitido en su pequeño círculo á un extranjero.

Cumplió este deber con toda la sencillez é ingenuidad de un hombre poco habituado á mentir; pero al parecer los convidados no eran gente demasiado difícil de convencer, pues á pesar de la torpeza con que justificó el fabricante de pieles la introduccion del jóven, su breve discurso satisfizo á todo el mundo.

=Mauricio le miraba con asombro.

—Por mi ánima, decia para si, creo que me engaño á mi mismo. Es este el mismo hombre que echando fuego por los ojos y con la voz amenazadora me perseguia con una carabina en la mano y queria matarme hace tres cuartos de hora? En aquel momento le hubiera yo tomado por un héroe ó por un asesino. Par diez! como transforma á un hombre el amor de la peleteria!

Mientras Mauricio hacia todas esas observaciones, sentia en el fondo de su corazon un dolor y una alegria tan profundas á un tiempo, que no pudo darse cuenta de la verdadera situacion de su alma. [Hallábase al fin cerca de aquella hermosa desconocida que tanto habia buscado: como lo habia soñado de antemano, el nombre de aquella mujer era un nombre dulce. Embriagábase de felicidad al sentirla á su lado; absorvia sus menores palabras y el sonido de su voz, todas las veces que resonaba, hacia vibrar hasta las cuerdas mas secretas de su corazon. Pero este corazon estaba despedazado por lo que el veia.

Genoveva era tal como él la habia entrevisto: la realidad no habia destruido aquel sueño de una noche tempestuosa. Indudablemente aquella era la mujer elegante, de mirada triste, de espíritu elevado; aquella era la jóven distinguida, obiligada á causa de la ruina cada vez mas profunda en que habia caido la nobleza, ó aliarse con la clase media en el comercio, lo cual habia sucedido con mucha frecuencia en los últimos años que precedieran al famoso año de 93. [Dixmer parecia un hombre honrado, indudablemente era rico, su conducta con Genoveva era la de un hombre que se empeña en hacer feliz á una mujer; pero

aquella honradez, aquella riqueza, aquellas escelentes intenciones, podian llenar la inmensa distancia que existia entre la mujer y el marido, entre la jóven poética, distinguida y encantadora, y el hombre de ocupaciones materiales y de aspecto vulgar? Con qué sentimiento llenaba Genoveva este abismo?... Ay! la casualidad probaba demasiado á Mauricio que con el temor, y mal su agrado tuvo que traer á la memoria el concepto primero que habia formado de la jóven, es decir, que la noche en que la encontró venia de una cita amorosa.

La idea de que Genoveva amaba á un hombre, atormentaba el corazon de Mauricio. Entonces suspiraba y se arrepentia de haber venido á tomar una dosis mas activa de ese veneno que se llama amor. Otras veces, al escuchar aquella voz tan dulce, pura y armoniosa, al consultar aquella mirada tan límpida que parecia no temer otra cosa sino que por ella pudiera leerse hasta el fondo de su alma, Mauricio llegaba á creer que era imposible que semejante criatura engañara, y entonces experimentaba una alegría amarga al pensar que aquel hermoso cuerpo, alma y materia, pertenecia á aquel honrado industrial de bondadosa sonrisa y de chistes vulgares, y que jamás perteneceria á otro hombre mas que á él.

Se habló de política, ni podía suceder otra cosa.

Qué decir en una época en que la política se mezclaba en todo, estaba pintada en el fondo de los platos, cubria todas las paredes y se proclamaba todos los días en las calles?

De repente uno de los convidados, que hasta entonces habia guardado silencio, pidió noticias de los prisioneros del Temple.

Mauricio tembló á su pesar al oír aquella voz, pues reconoció por ella al hombre que opinando siempre por los medios extremos, le habia herido primero con su puñal y en segunda habia votado por la muerte.

Sin embargo, este hombre, curtidor honrado y jefe de los trabajadores de la fábrica así á lo menos lo proclamaba Dixmer, volvió pronto á Mauricio su buen humor espresando las ideas mas patrióticas y los principios mas revolucionarios. El jóven en ciertas circunstancias, no era enemigo de esas medidas vigorosas, tan en moda en aquella época y de las que Danton era apóstol y heroe. En el lugar de aquel hombre cuya arma y voz le habian hecho y le hacian experimentar todavia tan punzantes sensaciones, no hubiera asesinado al que hubiese tomado por espia; pero le hubiera soltado

en un jardín y allí con armas iguales, [con
sable en mano con su adversario, le [hubiera
atacado sin tregua ni misericordia. Hé [aquí lo
que habría hecho Mauricio; pero pronto com-
prendió que era pedir demasiado á un cur-
tidor que hiciera lo que Mauricio hubiera
hecho.

Este hombre de medidas estremas y que
al parecer tenia en sus ideas políticas los
mismos sistemas violentos que en su con-
ducta privada, hablaba del Temple y se ad-
miraba de que se confiase la guardia de
sus prisioneros á un consejo permanente,
fácil de corromper y á municipales, cuya
fidelidad se habia ya puesto mas de una
vez á prueba.

—Si, dijo el ciudadano Morand, pero
es preciso convenir que hasta ahora, en
todas ocasiones, la conducta de esos mu-
nicipales ha justificado la confianza que la
nacion tenia en ellos, y la historia, dirá
que solo el ciudadano Robespierre merecia
entre ellos el nombre de incorruptible.

Sin duda, sin duda, replicó el intelocu-
tor; pero de que una cosa no haya suce-
dido todavía, seria absurdo deducir que nun-
ca sucederá. Lo mismo digo de la guardia
nacional. Ya sabeis que alternan indistin-
tamente en el servicio del Temple las com-

pañias de diferentes secciones. Ahora bien, ¿no puede suceder que en una compañía de veinte ó veinticinco hombres haya ocho ó diez picaros determinados que la noche menos pensada degüellen á los centinelas y se apoderen de los prisioneros?

—Bah! dijo Mauricio, ya has visto, ciudadano, que ese es medio muy malo, puesto que hace tres semanas ó un mes que han querido emplearlo y no ha producido resultado.

—Si, replicó Morand, pero porque uno de esos aristócratas que componian la patrulla tuvo la imprudencia, hablando no sé á quien, de dejar escapar la palabra señor.

—Y ademas, dijo Mauricio queriendo probar que estaba bien servida la policia de la república, porque ya habia noticias de la entrada del Caballero de la Casa Roja en Paris.

—Bah! exclamó Dixmer.

—Se sabia que Casa-Roja habia entrado en Paris? preguntó friamente Morand. Y se sabia de qué medio se habia valido para entrar?

—Perfectamente.

—Oh diantre! exclamó Morand inclinándose para mirar á Mauricio. Me alegraria saberlo; hasta ahora nada se nos ha dicho de

positivo; pero vos, ciudadano, vos secretario de una de las principales secciones de Paris, debeis estar mejor informado.

—Sin duda, dijo Mauricio, por tanto lo que voy á deciros es la pura verdad.

Todos los convidados, y aun Genoveva prestaron la mayor atencion á lo que el jóven iba á decir.

—Segun parece, dijo Mauricio, el caballero de la Casa-Roja venia de Vendee; habia atravesado toda la Francia con su felicidad acostumbrada; durante el dia llegó á la barrera de Roule, donde esperó hasta las nueve de la noche. A esta hora una muger disfrazada salió por esta barrera llevando al caballero un uniforme de cazador de la guardia nacional: diez minutos despues volvió con él; inspirando sospechas al centinela que la habia visto salir sola y la vea volver acompañada. Dió la alarma á la guardia, esta salió, los dos culpables comprendieron que ellos eran á quienes buscaban; se metieron en una posada y por una puerta falsa se salieron á los Campos Eliseos. Parece que una patrulla adicta á los tiranos esperaba al caballero en la esquina de la Barredu-Bec, y ya sabeis lo demas.

—Ah! Ah! dijo Morand; es curioso lo que nos contaís...

—Y sobre todo positivo, dijo Mauricio.

—Así parece á lo menos; pero se sabe que es de la mujer?

—No, ha desaparecido, y se ignora completamente quien es y lo que es.

El asociado del ciudadano Dixmer y el mismo ciudadano Dixmer, respiraron al parecer mas libremente.

Genoveva habia escuchado toda aquella relacion pálida, inmóvil y muda.

—Pero, dijo el ciudadano Morand con su frialdad ordinaria, quién puede decir que el caballero de la Casa-Roja formaba parte de esa patrulla que ha dado la alarma al Temple?

—Un municipal, amigo mio, que aquel dia estaba de guardia en el Temple, le ha conocido:

—Luego sabia sus señas?

—Le habia visto otras veces.

—Y qué señas tiene ese caballero de la Casa-Roja? preguntó Morand.

—Es un hombre de veinticinco á veintiseis años, pequeño rubio, de fisonomia agradable; con ojos hermosos y muy buena dentadura.

Siguió á estas palabras un silencio profundo.

—Y ya que vuestro amigo el municipal, dijo Morand, ha reconocido á ese supuesto caballero de la Casa-Roja, por qué no lo ha arrestado?

—En primer lugar, porque no sabiendo su llegada á Paris, ha temido equivocarse, y en segundo lugar, porque mi amigo es algo pusilánime, y ha hecho lo que hacen los prudentes y pusilánimes: en la duda se ha abtenido.

—Vos no hubiérais obrado así, ciudadano? dijo Dixmer á Mauricio riendo bruscamente.

—No, dijo Mauricio, lo confieso; hubiera preferido engañarme á dejar escapar un hombre tan peligroso como es el caballero de la Casa-Roja.

—Y qué hubiérais hecho, señor? preguntó Genoveva.

—Qué hubiera hecho, ciudadana? dijo Mauricio. Oh! Dios mio! hubiera hecho cerrar todas las puertas del Temple; me hubiera dirigido á la patrulla, y hubiera echado la mano al cuello del caballero, diciéndole: «caballero de la Casa-Roja, os prendo como traidor á la nacion, y una vez que le hubiera echado la mano al cuello, no lo hubiera soltado, os respondo de ello.

—Pero qué hubiera sucedido entonces? preguntó Genoveva.

—Hubiera sucedido que se le habria formado causa á él y á sus cómplices, y que á estas horas estaria ya guillotinado, y nada mas.

Genoveva tembló y dirigió á su vecino u

mirada de espanto.

Pero el ciudadano Morand no reparó al parecer en aquella mirada, y bebiendo flemáticamente un vaso de vino, dijo:

—El ciudadano Lindey tiene razon; no habia que hacer mas que esto, y desgraciadamente no se ha hecho.

—Y se sabe, preguntó Genoveva, donde para ese caballero de la Casa-Roja?

—Bah! exclamó Dixmer, es probable que al ver abortada su tentativa, haya dejado inmediatamente á Paris.

—Y quizás tambien á Francia, dijo Morand.

—Nada de eso, nada de eso, dijo Mauricio.

—Cómo exclamó Genoveva, ha tenido la imprudencia de quedarse en Paris?

—No se ha movido de aqui.

Un movimiento general de admiracion acogió esta opinion emitida por Mauricio con tanta seguridad.

—Esa será una presuncion vuestra, ciudadano, dijo Morand, una presuncion y nada mas.

—No por cierto, es un afirmo.

—Oh! dijo Genoveva, confieso que por mi parte no puedo creer lo que decís; porque esa sería una imprudencia imperdonable.

—Vos sois mujer, ciudadana, y podeis

comprender que hay una cosa que en un hombre del carácter del caballero de la Casa Roja puede mas que todas las consideraciones de seguridad personal posible.

—Y qué cosa puede moverle mas que el temor de perder la vida de una manera tan horrible?

—Qué ha de ser, ciudadana? dijo Mauricio; el amor.

—El amor! repitió Genoveva.

—Sin duda. ¿Con que no sabeis que el caballero de la Casa Roja está enamorado de Antonieta?

Dos ó tres risas de incredulidad estallaron timidas y forzadas. Dixmer miró á Mauricio, como para leer hasta el fondo de su alma. Genoveva sintió sus ojos humedecidos por las lágrimas, y un temblor, que no se escapó á Mauricio, se apoderó de todo su cuerpo. El ciudadano Morand derramó el vino de su vaso, que en aquel momento acercaba á sus labios, y su palidez hubiera asustado á Mauricio, si en aquel instante no estuviese concentrada toda su atencion en Genoveva.

—Estais conmovida ciudadana? murmuró Mauricio.

—No habeis dicho que yo comprenderia, porque era mujer? Pues bien; nosotras las mujeres nos enternecemos siempre cuando vemos una abnegacion de amor, por opues-

ta que sea á nuestros principios.

—Y la del caballero de la Casa Roja es tanto mayor, dijo Mauricio, cuanto que se asegura que jamás ha hablado á la reina.

—Hola! hola! ciudadano Lindey, dijo el hombre de las medias estrechas, me parece que eres muy indulgente para con ese caballero....

—Senor! dijo Mauricio sirviéndose acaso con intencion de la frase que habia cesado de estar en uso, me gustan todas las naturalezas fieras y tempestuosas; lo cual no me impide batirme con ellos cuando los encuentro en las filas de mis enemigos. No desespero de hallar un dia al caballero de la Casa Roja.

—Y... exclamó Geneveva.

—Y si le encuentro, me batiré con él.

La cena habia concluido. Geneveva dió el ejemplo de la retirada levantándose la primera.

En aquel momento sonó el reloj.

—Las doce, dijo friamente Morand.

—Las doce! exclamó Mauricio, las doce ya.

—Hé ahí una esciama-ion que me agrada, dijo Dixmer; porque prueba que no os habeis fastidiado y me dá la esperanza de que volveremos á vernos. Esta es la casa de un buen patriota que os la ofrece cordialmente, y espero que conoceréis muy pronto, ciu-

dadano, que es la de un verdadero amigo.

Mauricio saludó, y volviéndose hacia Genoveva preguntó:

—Y la ciudadana, me permite tambien volver?

—Hago mas que permitirlo, os lo suplico, dijo vivamente Genoveva. A dios, ciudadano.—Y jentró en su aposento.

Mauricio se despidió de todos los convidados, saludó particularmente á Morand, que le habia agradado mucho, apretó la mano de Dixmer, y partió aturdido, pero mucho mas alegre que triste de todos los diferentes acontecimientos que le habian agitado aquella noche.

—Fatal! fatal encuentro! dijo, despues que se retiró Mauricio, la jóven desecha en lágrimas en presencia de su marido que la habia acompañado hasta su cuarto.

—Bah! el ciudadano Mauricio Lindey, patriota reconocido secretario de una seccion, adorado, popular, es por el contrario una adquisicion muy preciosa para un pobre curtidor que tiene en su casa mercancías de contrabando, respondió Dixmer sonriendo.

—Segun eso, creeis amigo mio?... preguntó timidamente Genoveva.

—Creo que es un diploma de patriotismo y un sello de absolucion el que ofrece

á nuestra casa, y pienso que desde esta noche estaria seguro entre nosotros el mismo caballero de la Casa Roja.

Y besando Dixmer á su mujer en la frente con un afecto mas bien paternal que conyugal, la dejó en aquel pequeno pabellon que le estaba esclusivamente destinado, y volvió á la otra parte del edificio que él habitaba con los demas convidados que hemos visto rodear su mesa.

CAPITULO ! X.

El zapatero Simon.

Era el mes de mayo; un dia puro dilatada los pechos cansados de respirar las frias nieblas del invierno, y los rayos de un sol templado y vivificador descendia sobre la negra muralla del Temple.

En el pasillo de lo interior que separaba la torre de los jardines, reían y fumaban los soldados del puesto. Empero á pesar del día tan hermoso, á pesar de la oferta que se hizo á las prisioneras para que bajaran y se paseáran por el jardín, las tres mujeres recusaron esta oferta pues la reina sobre todo, desde la ejecución de su marido se mantenía obstinadamente encerrada en su cuarto por no pasar por delante de la puerta de la habitación que habia ocupado el rey en el piso segundo.

Cuando por casualidad salía á respirar el aire, desde aquella época fatal de 21 de enero, era desde lo alto de la torre, cuyas almenas se habian cerrado con celosias.

Los guardias nacionales de servicio, que tenían la consigna de dejar salir á las tres mujeres, esperaron en vano todo el día, pues ellas no quisieron hacer uso de aquella autorización.

A eso de las cinco bajó un hombre y se acercó al sargento, comandante del puesto.

—Ah! ah! eres tú, compadre Tison, dijo este que parecía un guardia nacional de buen humor.

—Oh! yo soy, ciudadano; te traigo de parte del municipal Mauricio Lindey, tu amigo, que está allá arriba, este permiso concedido por el consejo del Temple á mi hi-

ja para que venga á ver á su madre.

—Y sales precisamente cuando tu hija vá á venir padre desnaturalizado? dijo el sargento.

—Ah! salgo á mi pesar, ciudadano sargento. Yo tambien esperaba ver á mi pobre hija que no he visto hace dos meses, y abrazarla tiernamente como un padre abraza á su hija; pero ya! ya! el servicio este servicio condenado me obliga á salir. Necesito presentarme á la municipalidad para darle mi informe. Un fiacre me espera á la puerta con dos gendarmes, y esto precisamente cuando vá á venir mi pobre Sofia.

—Desgraciado padre! dijo el sargento.

El amor de la pátria á tanto llega
Que la voz de la sangre en ti sofoca,
Y al ver que la una gime, y la otra ruega
Inmolas al deber...

—Escucha, compadre Tison, si encuentras por casualidad un consonante en oca, tráemelo al punto, pues me hace falta.

—Y tú, ciudadano sargento, cuando venga mi hija para ver á su pobre madre! que ansia verla, la dejarás pasar.

—La orden es terminante, respondió el sargento, á quien sin duda habia reconocido ya el lector por nuestro amigo Lorin, así que

nada tengo que decir; cuando tu hija venga pasará.

=Gracias, valiente Termópila, gracias! dijo Tison.

Y salió para ir á presentar su informe á la municipalidad murmurando:

=Ah! mi pobre muger vá á ser feliz.

=¿Sabes tú, sargento, dijo un guardia nacional viendo alejarse á Tison, oyendo las palabras que pronunciaba al alejarse; sabes tú que estas cosas hacen estremecer de lástima á cualquiera?

=Y ¿qué cosas son esas, ciudadano Devaux? preguntó Lorin.

—Qué cosas? contestó el compasivo guardia nacional. Te parece que causa poco dolor ver á ese hombre de semblante tan duro, á ese hombre de corazon de bronce, á ese implacable, guardian de la reina, retirarse con las lágrimas en los ojos entre alegre y triste, al pensar que su muger vá á ver á su hija y que él no la verá? vaya! vaya! es menester no reflexionar sobre esto, sargento, porque á la verdad se estremece uno demasiado.

—Sin duda; y hé aquí porque tampoco reflexiono ese hombre que se vá con las lágrimas en los ojos como tú dices.

=Y en que ha [de reflexionar?

—En que hace tres meses tambien que esa

mujer á quien trata tan inhumanamente no ha visto á su hijo. Y sabes en que consiste esto? En que no piensa en la desgracia de esa mujer sino en la suya propia. Verdad es que esa mujer era reina, continuó el sargento con un tono burlon cuyo sentido hubiera sido difícil interpretar, y que uno no está obligado á guardar á una reina los miramientos que se tienen por la mujer de un jornalero...

—No importa, todo eso es muy triste, dijo Devaux.

—Triste, pero necesario, dijo Lorin; lo mejor es como tu has dicho, no pensar en ello.

Y se puso á cantar.

Ayer Niceta
Bajo la sombra
Del verde bosque,
Marchaba sola.

Aquí llegaba Lorin de su canción bucólica, cuando de repente se oyó hácia la izquierda del puesto un gran ruido compuesto de juramentos, amenazas y llanto.

—Qué significa eso? preguntó Devaux.

—Cualquiera diría que era la voz de un niño, respondió Lorin escuchando.

—En efecto, replicó el guardia nacional,

es un pobre niño á quien castigan; en verdad que no debían enviar aquí mas que á los que no tienen hijos.

—Quieres cantar? dijo una voz ronca y avinada.

Y la voz cantó como para dar el ejemplo.

Madama Veto prometido habia degollar á Paris en solo un dia...

—No, dijo el niño, no cantaré.

—Quieres cantar?

Y la voz repitió:

Madama Veto habia prometido.

—No, dijo el niño, no, no, no.

—Ah bribon dijo la voz ronca.

Y el ruido silvador de una correa hendió el aire, y el niño lanzó un ahullido de dolor.

—Ah voto á Cribas dijo Lorin, es el infame Simón que castiga al niño Capeto.

Algunos guardias nacionales se encogieron de hombros, dos ó tres trataron de sonreír. Devaux se levantó y alejó.

—Bien lo decía yo, murmuró que los padres no debían entrar jamás aquí.

De repente se abrió una puerta baja, y el

angusto niño, acosado por el látigo de su guardian, dió huyendo muchos pasos por el pátio; pero resonó detrás de él en el pavimento una cosa pesada, despues de haberle dado en una pierna.

—Ay! gritó el niño cayendo de rodillas.

—Tráeme mi horma, vivorezno, ó si nó...

El niño se levantó y meneó la cabeza en señal de negativa.

—Ah! ahora lo verás gritó la misma voz, aguarda, aguarda, allá voy.

Y el zapatero Simon salió de su covacha como una fiera de su guarida.

—Hola, hola, dijo Lorin frunciendo el ceño, qué vas á hacer maestro Simon?

—A castigar á ese lobezno, dijo el zapatero.

—Y por qué quereis castigarle? dijo Lorin.

—Por qué?

—Sí.

—Porque ese bribonzuelo no quiere cantar como un buen patriota ni trabajar como un buen ciudadano.

—Pero qué te importa eso? respondió Lorin. Por ventura, te ha confiado la nacion á Capeto para que le enseñes á cantar?

—Y yo te pregunto ahora, ciudadano sargento, dijo Simon admirado, por qué te mezclas tú en lo que no te importa?

—Porque es indigno de un hombre hon-

rado que vé maltratar á un niño injustamente, tolerar que se le maltrate.

—Bah! bah! el hijo de un tirano.

—Es un niño, un niño que no ha participado de los crímenes de su padre, un niño que no es culpable y que por consiguiente no merece castigo.

—Y yo te digo que me lo han entregado para que haga de él lo que quiera. Quiero que cante la cancion de Madama Veto y la cantará.

—Pero, miserable, dijo Lorin, Madama Veto madre de ese niño, ¿querrias tú que obligáran á tu hijo á cantar que eres un canalla?

—Yo contestó Simon: ah mal aristócrata de sargento!

—Eh! poco á poco con las injurias, dijo Lorin, yo no soy ningun Capeto; y nadie me obliga á cantar á la fuerza.

—Pero te haré prender, mal patriota.

—¿Tú, dijo Lorin, tú me harás prender? haz la prueba de prender á un termópila.

—Bueno, bueno! hasta el fin no se canta la gloria. Entretanto, Capeto, recoge esa horma y ven á hacer tu zapato, ó si nó votó á Cribas!...

—Y yo, dijo Lorin pálido de furor y apretando los puños, yo te digo que no recoge-

rá tu horma, yo te digo que no hará zapatos, lo entiendes, bribon? Ah si, alli tienes tu sable: atrévete á desenvainarlo siquiera.

Ah, perro ya me las pagarás contestó Simon, bramando de rabia.

En aquel momento entraron dos mugeres en el zaguan: una de ellas llevaba un papel en la mano y se dirigió al centinela.

—Sargento, gritó el centinela, es la hija de Tison, que quiere ver á su madre.

—Déjala pasar, puesto que el consejo del Temple lo permite, dijo Lorin que no queria distraerse ni un momento, temiendo que Simon se aprovechase de su distraccion para castigar al niño.

El centinela dejó pasar las dos mugeres; pero apenas subieron cuatro escalones de la oscura escalera, cuando encontraron á Mauricio Lindey que bajaba. Era casi de noche, de suerte que no se podian distinguir las facciones de su rostro.

Mauricio las detuvo.

—¿Quiénes sois, ciudadanas? preguntó y qué quereis?

Yo soy Sofia Tison, dijo una de las dos mugeres. He obtenido permiso para ver á mi madre y vengo á verla.

—Si, dijo Mauricio; pero el permiso es para ti sola; ciudadana,

—He traído á mi amiga para que seamos

dos mugeres á lo menos en medio de los soldados.

—Muy bien; pero tu amiga no subirá.

—Como gustéis, ciudadano, dijo Sofia Tison apretando la mano de su amiga, que arimada á la pared parecia llena de sorpresa y espanto.

—Ciudadanos, gritó Mauricio levantando la cabeza y dirigiéndose á los centinelas que estaban colocados en cada piso, dejad pasar á la ciudadana Tison; solo su amiga no puede pasar. Esperará en la escalera y haced que se la respete.

—Si, ciudadano, respondieron los centinelas.

—Subid, pues, dijo Mauricio.

Las dos mugeres pasaron.

—En cuanto á Mauricio, saltó los cuatro ó cinco escalones que le faltaban para bajar, y atravesó rápidamente el pátio.

—Qué hay? dijo á los guardias nacionales, y quién causa ese ruido? Se oyen gritos de niño hasta en la antesala de las prisioneras.

—Qué ha de haber? dijo Simon, que creyó al ver á Mauricio que le llegaba refuerzo, qué ha de haber, sino que ese traidor, ese aristócrata, ese falso patriota me impide castigar á Capeto?

Y señaló con el puño á Lorin.

—Si, pardiez! te lo impido, dijo Lorin con aire desdeñoso, y si vuelves á llamarme falso patriota, aristócrata ó traidor, te atravieso con mi sable.

—Una amenaza! gritó, há de la guardia! há de la guardia!

—Yo soy la guardia, dijo Lorin; no me llames, porque si voy á ti te estermينو.

—A mi, ciudadano municipal, á mi! exclamó Simon, sériamente amenazado esta vez por Lorin.

—El sargento tiene razon dijo friamente el municipal, á quien Simon llamaba en su auxilio; tú, tú deshonras á la nacion, cobarde, porque maltratas á un niño.

—Y sabes por què le maltrata, Mauricio? porque el niño no quiere cantar Madama Veto, porque el hijo no quiere insultar á su madre.

—Miserable! dijo Mauricio.

—Y tú tambien? dijo Simon; estoy rodeado de traidores.

—Ah picaro! dijo el municipal cogiendo á Simon por el cuello y arrancándole de las manos la correa; veamos, pruébanos que Mauricio Lindey es un traidor.

Y descargó rudamente la correa sobre las espaldas del zapatero.

—Gracias, señor, dijo el niño que miraba estóicamente esta escena, pero reflexio-

nad que ahora se vengará de mí.

—Ven, Capeto, dijo Lorin ven, hijo mío; si vuelve á pegarte, pide socorro y no tardaremos en castigar á ese verdugo. Vamos! vamos! Capeto vuélvete á tu torre.

—Por qué me llamais Capeto, vos que me protegéis? dijo el niño; bien sabéis que Capeto no es mi nombre.

—Cómo es tu nombre, dijo Lorin, cómo te llamas?

—Me llamo Luis Cárlos de Borbon. Capeto es el nombre de uno de mis antepasados. Sé la historia de Francia, porque mi padre me la ha enseñado.

—Y quieres enseñar á hacer zapatos á un niño á quien un rey ha enseñado la historia de Francia exclamó Lorin.

—Oh! tranquilízate, dijo Mauricio al niño, yo daré mi informe.

--Y yo el mío, dijo Simon. Diré entre otras cosas, que en lugar de una muger que solo tenía derecho para entrar en la torre, habeis dejado pasar dos.

En efecto, en aquel momento salían de la torre las dos mñjeres. Mauricio corrió á su encuentro.

—Y bien, ciudadana, dijo dirijiéndose á la que estaba á su lado, ¿has visto á tu madre?

--Si, ciudadano, gracias, dijo.

Mauricio quiso ver á la amiga de la jó-
ven ó por lo menos oír su voz: pero se ha-
bia tapado con su velo y parecia decidida
á no pronunciar una palabra, y aun creyó
notar que temblaba.

Este temor, inspiró sospechas á Mauri-
cio.

Volvió á subir precipitadamente, y al lle-
gar á la primera pieza, vió, al través de la
vidriera, que la reina ocultaba en su bol-
sillo alguna cosa que supuso seria un bi-
llete.

Oh! oh! me habrán engañado? dijo para
sí y llamó á su colega.

--Ciudadano Agrícola, le dijo, entrad en
el cuarto de Maria Antonieta, y no la per-
dais de vista.

--Oh! exclamó el municipal, será qué.....

--Entra, te digo, y sin perder un instan-
te, ni un minuto, ni un segundo.

El municipal entró en el cuarto de la
reina.

--Llama á la muger de Tison, dijo á un
guardia nacional.

Cinco minutos despues se presentó la mu-
jer de Tison. radiante de alegría y gritan-
do: he visto á mi hija!

--Donde? preguntó Mauricio.

--Aquí mismo, en esta ante-cámara.

--Bien. Y tu hija no te ha dicho que

queria ver á la austriaca?

—No.

—No ha entrado en su cuarto?

—No.

—Y mientras tú hablabas con tu hija no ha salido nadie de la estancia de las prisioneras?

—Yo que sé? Yo miraba á mi hija que no habia visto despues de tres meses.

—Acuérdate bien...

—De qué?

—Ha salido la niña?

—Maria Teresa?

—Sí.

—Y ha hablado á tu hija?

—No.

—Tu hija no le ha entregado nada?

—No.

—No ha recogido nada del suelo?

—Mi hija?

—No, la de Maria Antonieta...

—Si, ha recogido un pañuelo.

—Ah desgraciada! exclamó Mauricio.

Y se lanzó hácia la cuerda de una campana que tocó precipitadamente.

Esta era la campana de alarma.



CAPITULO XI.

El billete.

Los otros dos municipales de guardia subieron al punto, acompañados de un destacamento del puesto.

Cerráronse las puertas, y dos centinelas interceptaban las salidas de cada habitación.

=Qué quereis, señor? dijo la reina á Mauricio cuando este entró; iba ya á acostarme cuando hace cinco minutos el ciudadano municipal (y la reina señaló á Agrícola) se precipitó en esta estancia sin decirme lo que deseaba.

=Señora, dijo Mauricio saludando, no es mi colega quien desea nada de vos, sino yo.

=Vos, señor? preguntó Maria Antonieta mirando á Mauricio, cuyos buenos antecedentes le habian inspirado cierto agradecimiento; y qué deseais?

—Deseo que os sirvais entregarme el billete que ocultábais ahora mismo cuando he entrado:

Madama real y Mme. Isabel temblaron. La reina se puso pálida.

—Os equivocais, señor, dijo, yo no ocultaba nada.

--Mientes, austriaca! exclamó Agrícola.

Mauricio apoyó vivamente su mano sobre el brazo de su colega.

--Un momento, mi querido colega, le dijo, déjame hablar á la ciudadana. Me prometo conseguir algo.

--Sea, pero no guardes consideraciones con ella, voto á Crispo!

--Ocultábais un billete, ciudadana, dijo severamente Mauricio; es preciso que nos lo entregueis.

--Pero qué billete?

--El que os ha traído la hija de Tison y que la ciudadana vuestra hija (Mauricio indicó á la joven princesa) ha levantado del suelo con su pañuelo.

Las tres mugeres se miraron espantadas.

—Pero señor, esto es mas que tirania dijo la reina.

—No confundamos, dijo Mauricio, con firmeza. Nosotros no somos jueces, ni verdugos, sino vigilantes, es decir, vuestros conciudadanos encargados de guardaros. Tene-

mos una consigna, violarla es cometer una traicion. Ciudadana, os suplico que me entregueis el billete que habeis ocultado.

—Señores, dijo la reina con altivez, puesto que sois vigilantes, buscad y privadnos del sueño esta noche como siempre.

--Dios nos libre de poner las manos sobre mugeres. Voy á avisar á la municipalidad y esperaremos sus órdenes; lo único que haremos será impediros que os acosteis en la cama; si quereis, podeis dormir en sillones, y nosotros os guardaremos... Si es necesario, se procederá de nuevo á las pesquisas.

=Qué hay? preguntó la muger de Tison asomándose á la puerta.

—Nada, ciudadana, nada mas sino que por haber protegido una traicion, acabas de privarte del gusto de volver á ver jamás á tu hija.

—De ver á mi hija?... Qué dices, ciudadano? preguntó la muger de Tison, que no comprendia aun muy bien por qué no veria ya á su hija.

=Digo que tu hija no ha venido aqui para verte, sino para traer una carta á la ciudadana Capeto, y que no volverá jamás.

=Pero si no vuelve mas, tampoco podré verla, porque nos está prohibido salir.

—Esta vez no tendrás que acriminar á na-

die, porque la culpa es solo tuya, dijo Mauricio.

—Y de qué tengo yo la culpa? exclamó la pobre madre. Respondo de que nada ha sucedido. Oh! si supiera que habia sucedido alguna cosa, desgraciada de tí, Antonieta te juro que me la pagarias.

Y aquella muger exasperada enseñó el puño á la reina.

—No amenaces á nadie, dijo Mauricio, procura alcanzar con la dulzura lo que pedimos; porque eres muger y la ciudadana Antonieta, que es madre tambien, se compadecerá sin duda de una madre. Mañana prenderán á tu hija, mañana será encerrada en una prision... despues si se descubre alguna cosa, y ya sabes que cuando se quiere se descubre siempre, se pierde miserablemente ella y su compañera.

La muger de Tison, que habia escuchado á Mauricio con el mayor terror, volvió hacia la reina su mirada casi estúpida.

—Lo oyes, Antonieta .. Hija mia!.. Tú serás quien haya perdido á mi hija!

La reina pareció amedrentarse á su vez, no de la amenaza que brillaba en los ojos de su carcelera sino de la desesperacion que veia en ella.

—Venid, Mme. Tison, dijo, tengo que hablaros.

—Hola! poco á poco con las zalamerias! exclamó el cólega de Mauricio; aqui no estamos demas, lo entendeis? Voto á Cribas!

—Déjalas, ciudadano Agricola, dijo Mauricio al oido de su cólega, siempre que obtengamos la verdad, poco importa la manera de saberla.

—Tienes razon, ciudadano Mauricio... pero....

—Pasemos al otro lado de la vidriera ciudadano Agricola, y si quieres creermme, volvámonos de espaldas; estoy seguro de que no nos hará arrepentir la persona con quien tenemos esta condescendencia.

La reina oyó estas palabras pronunciadas de modo que esta pudiera oirlas, y dirigió al jóven una mirada de agradecimiento. Mauricio volvió la cabeza con aire de indiferencia, y pasó al otro lado de la vidriera, siguiéndole Agricola.

—Compadezco á esa muger, dijo á Agricola, porque si como reina es muy culpable, como muger tiene un alma digna y grande. Bien hacen en romper las coronas, porque la desgracia acrisola...

—Cáspita! que bien hablas ciudadano Mauricio respondió Agricola. Me gusta oirte, á tí y á tu amigo Lorin. ¿Son tambien versos los que acabas de decir?

Mauricio se sonrió.

Durante esta conversacion, pasaba al otro lado de la vidriera la escena que habia previsto Mauricio.

La mujer de Tison se habia aproximado á la reina.

—Madama, le dijo esta, vuestra desesperacion me enternece; no quiero privaros de vuestra hija, seria demasiada desgracia; pero pensad en que haciendo lo que esos hombres exigen, acaso se pierda tambien vuestra hija.

—¡Haced lo que dicen! exclamó la mujer de Tison, haced lo que dicen!

—Pero antes sabed á lo menos de que se trata.

--De qué se trata? preguntó la carcelera con una curiosidad casi salvaje.

--Vuestra hija habia traído consigo una amiga.

--En efecto, no ha querido venir sola á causa de los soldados.

--Esta amiga habia entregado á vuestra hija un billete; vuestra hija lo dejó caer, y Maria que pasaba lo recojió. Sin duda es un papel muy insignificante, pero al cual pueden dar una torcida interpretacion personas mal intencionadas. ¿No os ha dicho el municipal que cuando se queria hallar esta clase de interpretaciones, no era difícil hallarla?

--Y qué quereis decir con eso?

--Que no conoceis sin duda, que al exigirme que os entregue este papel, me obligais á sacrificar á un amigo, sin lograr por esto tal vez que os devuelvan vuestra hija.

--Haced lo que dicen! gritó la mujer, **haced lo que dicen!**

--Pero advertid, dijo la reina, que este papel puede comprometer á vuestra hija.

--Mi hija es como yo, una buena patriota, exclamó la carcelera. A Dios gracias, son bien conocidos los Tisonos: **haced lo que dicen.**

--Dios mio! dijo la reina, **qué haria yo por convencerlos?**

--Hija mia! quiero que me vuelvan á mi hija, exclamó la mujer de Tison, dando patadas en el suelo. **Entrega el papel, Antonietta, entrégalo.**

—Tomadlo.

Y la reina presentó á la desgraciada criatura un papel, que esta levantó en alto loca de contento y gritando:

—Venid! venid! ciudadanos municipales. Ya tengo el papel; **tomadle y devolvedme á mi hija.**

—Hermana mia, sacrificas á nuestros amigos, dijo Mme. Isabel.

—No, hermana mia, respondió tristemente la reina, yo no sacrifico á nadie mas que á nosotras. El papel no puede comprometer á nadie.

A los gritos de la mujer de Tison, entraron Mauricio y su cólega, y aquella les alargó el billete. Estos lo abrieron y leyeron:

«En el Oriente, un amigo vela todavía.»

Apenas dirigió Mauricio su vista al papel, se estremeció, por parecerle que no le era desconocida la letra.

—Oh! Dios mio! exclamó, será esta letra de Genoveva? No, no puede ser; yo estoy loco. Sin duda es muy parecida á la suya; pero qué puede tener de comun Genoveva con la reina?

Al volverse, vió que Maria Antonieta le miraba. En cuanto á la muger de Tison, esperando con ansiedad su suerte, devoraba á Mauricio con los ojos.

—Acabas de hacer una buena obra, dijo á la mujer de Tison; y vos ciudadana, una obra generosa, dijo á la reina.

—Entonces, señor; respondió Maria Antonieta, imitad mi ejemplo y haced una obra caritativa quemando ese papel.

—Tú te burlas, austriaca, dijo Agricola quemar un papel que vá á descubrirnos tal vez una camada de aristócratas! no, pardiez; sería una brutalidad.

—Si, si, quemadlo, dijo la Tison, porque al fin puede comprometer á mi hija.

—Ya lo creo, á tu hija y á las otras, dijo Agricola tomando de manos de Mauri-

cio el papel que este hubiera quemado de seguro, si hubiese estado solo.

Diez minutos despues obraba ya en poder de los individuos del Comun el billete, que fué abierto al punto y comentado de mil maneras.

=En el Oriente, un amigo vela, dijo una voz, qué diablos significará esto?

=Pardiez! respondió un geógrafo, en Lorient es una aldea de la Bretaña situada entre Vannes y Quimper. Diablos! debia quemarse la aldea, si es cierto que encierra aristócratas, que velan todavia por la austriaca.

—Esto es tanto mas peligroso, dijo otro. cuanto que siendo Lorient un puerto de mar, es facil ponerse alli en comunicacion con los ingleses.

Propongo, dijo un tercero, que se envíe una comision á Lorient y que haga una informacion.

La mocion hizo reir á la minoria, pero entusiasmó á la mayoria; se decretó que se mandaria una comision á Lorient para vigilar á los aristócratas.

Al saber Mauricio esta deliberacion, dijo para si:

—No sé donde pueda estar el Oriente de que se trata, pero de seguro no está en Bretaña.

Al día siguiente la reina que, como hemos dicho, no bajaba ya al jardín, por no pasar por delante de la habitación donde había estado encerrado su marido, pidió licencia para subir á la torre y respirar un poco de aire con su hija y Mme. Isabel.

Fué concedida al punto la petición, pero Mauricio subió detras de la reina, y deteniéndose tras de una especie de garita que estaba en lo alto de la escalera, esperó oculto el resultado del billete de la vispera.

La reina se paseó al principio indiferentemente con Mme. Isabel y su hija; despues se paró mientras las dos princesas continuaban paseándose, se volvió hácia el Este y miró atentamente á una casa en cuyas ventanas se veian asomadas muchas personas; una de estas tenia un pañuelo blanco.

Mauricio por su parte sacó nn antejo de su bolsillo, y mientras lo apuntaba, la reina hizo un gran movimiento, como para invitar á los curiosos de la ventana á retirarse pero Mauricio había ya observado una cabeza de hombres de cabellos rubios y de tez pálida, cuyo saludo había sido respetuoso hasta la humildad.

Detrás de este jóven, porque el curioso parecia tener á lo sumo de 23 á 26 años se veia una mujer medio oculta por él:

Mauricio dirigió su anteojo hácia ella y queriendo reconocer á Genoveva, hizo un movimiento que le descubrió. Inmediatamente la mujer, que por su parte tenia tambien un anteojo en la mano, dió un paso hácia atrás, retirando tambien al jóven. Era realmente Genoveva. Habria ella tambien reconocido á Mauricio? La pareja curiosa se habria retirado solamente á la invitacion hecha por la reina?

Mauricio aguardó un instante para ver si volvian á aparecer el hombre y la joven; pero viendo que la ventana continuaba vacia, encargó la mayor vigilancia á su colega Agricola, bajó precipitadamente la escalera, y fué á emboscarse en la esquina de la calle Portefoin, para ver si los curiosos de la casa salian de ella; pero aguardó en vano porque no vió salir á nadie.

Entonces, no pudiendo resistir á la sospecha que le devoraba el corazon desde el momento en que la compañera de la hija de Tison se habia obstinado en permanecer tapada y muda, Mauricio corrió hácia la calle antigua de San Jacobo, á donde llegó llena su imaginacion de las mas estrañas sospechas.

Cuando entró, halló á Genoveva con una bata blanca, sentada debajo de un pabellon

de jazmines donde acostumbraba almorzar, y como de costumbre saludó á Mauricio afectuosamente, y le invitó á tomar una jicara de chocolate con ella.

Por su parte Dixmer, que llegó en aquel momento espresó la mayor alegría al ver á Mauricio en aquella hora inesperada del dia. Pero antes que Mauricio tomase la jicara de chocolate que habia aceptado, siempre lleno de entusiasmo por su comercio, exigió que su amigo, el secretario de la seccion Lepelletier pasara á dar con él una vuelta á la fábrica. Mauricio accedió al punto á esta proposicion.

—Sabed, amigo mio, dijo Dixmer, cojiendo al jóven del brazo y llevándoselo, una noticia muy importante.

—Politica? preguntó Mauricio, siempre embargado por su pensamiento.

—Eh! ciudadano, respondió Dixmer sonriendo, por ventura, nos ocupamos nosotros de politica? No, no, una noticia meramente industrial, á Dios gracias. Mi respetable amigo Morand, que como sabéis, es un quimico de los mas distinguidos, acaba de hallar el secreto de un tafíete encarnado como no se ha visto hasta ahora, es decir, inalterable. Este tinte es el que quiero mostraros. Ademas vereis á Morand

trabajando; oh! es un verdadero artista.

Mauricio no comprendia muy bien como podia uno ser artista en tafílete encarnado, pero no por eso dejó de aceptar la proposicion siguió á Dixmer, atravesó los talleres y en una especie de oficina particular, vió trabajando al ciudadano Morand con sus anteojos azules y su vestido de trabajo, y ocupado al parecer en cambiar en púrpura una piel blanca de cordero. Sus manos y brazos desnudos enteramente, estaban enrojecidos hasta el codo. Como decía Dixmer, estaba entregado en cuerpo y alma á la cochinilla.

Saludó á Mauricio con la cabeza como si temiera distraerse un momento de su tarea.

—¿Qué tal, ciudadano Morand, preguntó Dixmer, obtieneis ya el resultado?

—Cien mil libras anuales ganaremos solo con este procedimiento, dijo Morand pero ya hace ocho dias que no duermo y los ácidos me han quemado la vista.

—Mauricio dejó á Dixmer con Morand y volvió al lado de Genoveva murmurando en voz baja:

—Preciso es confesar que el oficio de municipal embruteceria á un héroe. Cualquiera que pasara ocho dias en el Tem

ple, se creeria un aristócrata y se denunciaría á si mismo. Buen Dixmer, honrado Morand, dulce Genoveva, y yo que habia sospechado de ellos un instante!

Genoveva esperaba á Mauricio con su dulce sonrisa para hacerle olvidar hasta la apariencia de aquellas sospechas que Mauricio habia efectivamente concebido. Mostróse con él, como siempre, dulce, cariñosa y encantadora.

Esas horas en que Mauricio veia á Genoveva, eran las únicas en que vivia realmente, pasando el resto del tiempo en medio de esa fiebre, que se podria llamar la fiebre 03, que separaba á Paris en dos campos, y hacia de la existencia un combate continuo.

Sin embargo, hacia las doce del dia tuvo que resignarse á dejar á Genoveva y volver al Temple.

Al fin de la calle de Sainte-Avoye, encontró á Lorin que salia de guardia. Este, apenas le vió, se separó de las filas y se llegó á Mauricio, cuyo rostro expresaba todavia la suave felicidad que la vista de Genoveva derramaba siempre en su corazón.

—Ah! dijo Lorin, estrechando cordialmente la mano de su amigo:

En vano ocultar intentas
 Tú tristeza y tú dolor;
 Harto me dicen tus ojos,
 Que la causa es el amor.

Mauricio metió la mano en el bolsillo para buscar su llave, pues este era el medio que habia adoptado para poner un dique à la locuacidad poética de su amigo, pero este vió el movimiento y burlándose.

—A propósito, dijo, Lorin, despues de haber dado algunos pasos, tú estarás aun tres dias en el Temple, Mauricio; recomiendo al niño Capeto.

CAPITULO XII.

Amor.

En efecto, Mauricio vivia muy feliz y muy desgraciado á la vez, al cabo de algun tiempo. Asi acontece siempre al principio de las grandes pasiones.

La seccion Lepelletier donde trabajaba de dia, sus visitas vespertinas á la calle de San Jacobo y el club de las Termópilas á que asistia de vez en cuando, ocupaban todo su tiempo.

No desconocia que ver á Genoveva todas las tardes, era beber lentamente un amor sin esperanza.

Genoveva era una de esas mujeres timidas y fáciles en apariencia, que tienden francamente la mano á un amigo, aproximan inocentemente el rostro á sus labios con la confianza de una hermana ó la ignorancia de una virgen, y ante quien las palabras de amor parecen blasfemias y los deseos materiales sacrilegios.

Si el primero de los purísimos sueños que el pincel de Rafael trasladó al lienzo, fué una madona de labios risueños, de ojos castos y de espresion celestial, esa y no otra es preciso tomar del divino discípulo de Perugino para hacer el retrato de Genoveva.

En medio de esas flores, cuya frescura y perfume tenia, aislada de los trabajos de su marido mismo, Genoveva aparecia á Manricio cada vez que la veia como un enigma vivo, cuyo sentido no podia, ni se atrevia á adivinar.

Una tarde que, como de costumbre, se ha-

bia quedado solo con ella, sentados los dos á esa ventana por donde habia entrado una noche tan ruidosa y precipitadamente, cuando los perfumes de las lilas en flor flotaban sobre esa dulce brisa que sucede á los radientes crepúsculos de la tarde, Mauricio, despues de un largo silencio y despues de haber seguido la mirada intelijente y religiosa de Genoveva que observaba atentamente apun-
tar una estrella de plata en el azul del cielo, se aventuró á preguntarle cómo siendo ella tan jóven se habia casado con un hombre que ya habia pasado el equinoccio de la vida, cómo habiendo ella recibido una educacion tan distinguida se habia resignado á vivir eternamente con un hombre de educacion y nacimiento vulgares, segun todas las apariencias; cómo en fin, siendo ella tan poética podia simpatizar con un hombre dedicado constantemente á pesar, estirar y teñir las pieles de su fábrica.

—En casa de un maestro curtidor, en fin, ¿por qué, preguntó Mauricio, esa harpa, ese piano y esas pinturas que confesais son obra vuestra? ¿Por qué en fin, esa aristocrácia que yó detesto en los demas, y que adoro en vos?

Genoveva fijó en Mauricio una mirada llena de candor.

Gracias, dijo, por esa pregunta, pues ella

me prueba que sois un hombre delicado, que jamás habeis pedido informes de mí á nadie.

—Jamás, señora, dijo Mauricio. Yo tengo un amigo desinteresado que se sacrificaría por mí, tengo cien compañeros que están dispuestos á marchar á donde quiera que los conduzca; pero de todos esos corazones, cuando se trata de una mujer, y sobre todo de una mujer como Genoveva, no conozco más que uno solo de quien pueda fiarme, y ese es el mío.

—Gracias, Mauricio, dijo la jòven. Yo misma os diré cuanto deseéis saber.

—En primer lugar, el apellido de vuestra familia, preguntó Mauricio, pues no conozco mas que el de vuestro marido.

Genoveva comprendió el egoismo amoroso de aquella pregunta, y se sonrió.

—Me llamo Genoveva de Treilly, contestó.

Mauricio repitió:

—Genoveva de Treilly.

—Mi familia, continuó Genoveva, se había arruinado en la guerra de América, en la que mi padre y mi hermano mayor habían tomado una parte muy activa.

—Eran nobles los dos? dijo Mauricio.

—No, no, dijo Genoveva ruborizándose.

—Sin embargo, habeis dicho que os llamabais Genoveva de Treilly.

—Sin particula, M. Mauricio: mi familia era rica, pero no pertenecia á la nobleza.

—Desconfiais de mi, dijo sonriendo el jóven.

—Oh! no, replicó Genoveva. En América contraí mi padre íntima amistad con el de M. Morand; M. Dixmer era el agente de negocios de M. Morand. Viéndonos arruinados y sabiendo que M. Dixmer tenia una fortuna independiente, M. Morand lo presentó á mi padre que me lo presentó á su vez. Conoci que se trataba de un casamiento arreglado de antemano; comprendi que este era el deseo de mi familia, yo no amaba ni habia amado jamás á nadie; acepté. Hace tres años que soy la esposa de Dixmer, y debo decirlo, en estos tres años ha sido tan bueno conmigo, tan excelente, que á pesar de esa diferencia de inclinaciones y de edad que observais, jamás he experimentado el menor arrepentimiento.

—Pero cuando os casasteis con M. Dixmer, dijo Mauricio, todavia no estaba al frente de esta fabrica.

—No; viviamos en Blois. Despues del 10 de agosto M. Dixmer compró esta casa

y los talleres que dependen de ella; para que yo no tuviera que mezclarme con los trabajadores, para apartar de mí vista todos los objetos que pudieran ofender mis costumbres algo aristocráticas, como vos las llamais, me dió este pabellon donde vivo sola, retirada, segun mis inclinaciones y deseos, y feliz, criando un amigo como vos, Mauricio, viene á distraer ó á participar de mis meditaciones.

Y Genoveva presentó á Mauricio una mano que este besó con entusiasmo.

Genoveva se ruborizó ligeramente.

—Ahora, amigo mio, dijo retirando su mano, ya sabeis como he podido casarme con M. Dixmer.

—Si, replicó Mauricio mirando fijamente á Genoveva; pero no me decis como M. Morand ha llegado á ser el asociado de M. Dixmer?

—Oh! de un modo muy sencillo, dijo Genoveva. Como ya os he dicho, M. Dixmer tenia algunos bienes de fortuna, aunque no los bastantes para ponerse por si solo al frente de una fábrica de la importancia de esta. El hijo de M. Morand, su protector, como os he dicho, ese amigo de mi padre, como recordareis, ha hecho la mitad de los fondos: y como tenia cono-

cimientos químicos, se ha entregado á la explotación con esa actividad que habeis notado, y gracias á la cual el comercio de M. Dixmer, encargado por él de toda la parte material, ha tomado una estension inmensa.

—Y M. Morand es tambien uno de vuestros buenos amigos, dijo Mauricio, no es verdad, señora?

—M. Morand es un hombre honrado y tiene un corazon noble y generoso, respondió gravemente Genoveva.

—Si no os ha dado otras pruebas, dijo Mauricio algo picado de la importancia que la joven daba al asociado de su marido, que la de partir los gastos del establecimiento con M. Dixmer, è inventar un nuevo tinte para las pieles, permitidme que os diga que es demasiado pomposo el elogio que de él haceis.

—Me ha dado otras pruebas, señor, dijo Genoveva.

—Pero él todavia es jóven, no es verdad? preguntó Mauricio, aunque sea difícil, gracias á sus anteojos verdes, decir que edad tiene.

—Tiene 33 años.

—Os conoceis hace mucho tiempo?

—Desde nuestra infancia.

Mauricio se mordió los labios; porque en aquel momento se despertó en él mas viva la sospecha que siempre habia tenido de que Morand amaba á Genoveva.

—Ah! dijo Mauricio, eso esplica su familiaridad con vos.

—Contenida dentro de los limites en que la habeis visto siempre, señor, respondiéndose Genoveva; me parece que esa familiaridad que es apenas la de un amigo, no necesitaba esplicacion alguna.

—Oh! perdonadme, señora, dijo Mauricio, bien sabeis que todas las afecciones tienen sus celos, y mi amistad estaba celosa de la que profesais á M. Morand.

Mauricio se calló y Genoveva continuó haciendo lo mismo, no se trató ya aquel dia de Morand y Mauricio se separó esta vez de Genoveva mas enamorado que nunca, porque estaba celoso.

Por otra parte, por ciego que estuviese, por mucho que su amor vendase sus ojos y turbase su corazon, habia en la relacion de Genoveva muchas lagunas y reticencias en que no habia reparado en aquel momento; pero que despues le atormentaron sobre manera, y contra las cuales no podia tranquilizarle ni la gran libertad que le dejaba Dixmer para hablar con Genove-

va tantas veces y por todo el tiempo que el quisiera, ni la especie de soledad en que ambos se encontraban todas las tardes. Habia mas Mauricio que ya era comensal de la casa, no solo podia estar con toda seguridad al lado de Genoveva, que por otra parte parecia guardaba contra los deseos del jóven por su pureza de ángel, sino que la acompañaba en las escursiones que de vez en cuando hacia por el bårrio.

En medio de aquella familiaridad adquirida en la casa, una sola cosa le admiraba, y era que cuanto mas trataba de contraer intimidad con Morand, si bien con el objeto de observar mas de cerca el amor que creia profesar á Genoveva, mas este hombre extraño, cuyo talento y modales le cautivaban, parecia afectar alejarse de Mauricio. Este se quejó amargamente de éll á Genoveva, porque no dudaba que Morand suponía en él un rival y que la causa de su desvío no era otra que los celos.

—El ciudadano Morand me odia, dije un dia á Genoveva.

—A vos? dijo Genoveva mirándole con asombro; odia á vos M. Morand.

—Si, ¿estoy seguro de ello.

—Y por qué ha de odiaros?

—Quereis que os lo diga? exclamó Mauricio.

=Sin duda, contestó Genoveva.

=Pues bien, porque yo...

Mauricio se detuvo. Iba á decir: porque os amo.

=No puedo deciros por qué, [replicó Mauricio ruborizado.

El feroz republicano al lado de Genoveva era tímido como una doncella.

Genoveva se sonrió.

=Si dijérais, contestó esta, que no hay simpatía entre vos y M. Morand os creería; porque vos sois [de un carácter impetuoso, tenía una imaginación brillante y una educación esmerada, al paso que Morand es un mercader injerto en químico. Es tímido y modesto... y esta timidez y modestia son las que le impiden dar el primer paso para acercarse á vos.

—Y quien le dice que dé el primer paso? no he dado yo ya cincuenta y jamás me ha respondido? no, continuó Mauricio meneando la cabeza, no es seguramente eso.

=Pues entonces qué es?

Mauricio prefirió guardar silencio.

Al día siguiente al en que había tenido esta explicación con Genoveva, pasó á verla las dos de la tarde y la encontró vestida en traje de calle.

—Ah! bien venido seáis, dijo Genoveva,

ais á servirme de caballero.

—Y á donde vais? preguntó Mauricio.

—Voy á Anteuil. Hace un tiempo delicioso, quisiera caminar un poco á pié; nuestro coche nos conducirá hasta mas allá de la barrera, y desde allí iremos á Anteuil paseándonos, y cuando haya acabado lo que tengo que hacer en Anteuil volveremos á tomarle....

—Oh! dijo Mauricio lleno de contento, que hermosa proposicion me haceis!

Los dos jóvenes partieron, y mas allá de Passy se apearon del carruaje y continuaron su paseo á pié.

Al llegar á Anteuil se paró Genoveva.

—Esperad á orilla del parque, dijo cuando despache vendré á buscaros.

—A donde vais? preguntó Mauricio.

—A casa de una amiga mia.

—Y no puedo acompañaros?

Genoveva meneó la cabeza sonriendo y dijo:

—Imposible.

Mauricio se mordió los labios y contestó: está bien, esperaré. Pensais tardar mucho?

—Si hubiera creído molestaros, Mauricio si hubiese sabido que teniais alguna ocupacion, dijo Genoveva, no os habria suplica-

do que me hiciérais el pequeño favor de venir conmigo, me hubiera acompañado...

—M. Morand, interrumpió vivamente Mauricio.

—No por cierto. Bien sabeis que M. Morand está en la fábrica de Rambouillet y no debe volver hasta la tarde.

—Entonces, á quién he debido la preferencia?

—Mauricio, dijo dulcemente Genoveva, no puedo hacer esperar á la persona que me ha citado; si os sirve de estorsion acompañarme, volved á Paris, y enviadme el coche.

—No, no, dijo vivamente Mauricio, estoy á vuestras órdenes.

Y saludó á Genoveva que exhaló un debil suspiro y entró en Anteuil.

Mauricio, fiel á su palabra, quedó esperando á Genoveva en el sitio designado, paseándose de arriba abajo, tronchando con su baston, como Tasquino, todas las cabezas de yerbas, de flores, ó de cardo que encontraba en el camino. Por lo demas, este camino estaba limitado á un pequeño espacio, pues como todos los hombres preocupados de un gran pensamiento, iba y volvía sin cesar y maquinalmente, sin osar alejarse demasiado.

Lo que mas embargaba el ánimo de Mauricio era saber si Genoveva le amaba ó nó, pues la conducta que con él observaba era la de una hermana ó de una amiga; y esto no le bastaba. El la amaba con todo su corazon. Ella era el pensamiento eterno de sus dias, el sueño sin cesar renovado de sus noches. Antes se contentaba con ver á Genoveva; pero ya no le bastaba esto: necesitaba que Genoveva le amase.

Genoveva tardó en volver una hora, que pareció á Mauricio un siglo, vióla venir con la sonrisa en los labios, al paso que él salió á su encuentro con el ceño fruncido; tal es nuestro pobre corazon, siempre esforzándose por sacar el dolor del seno de la misma felicidad!

Genoveva tomó sonriendo el brazo de Mauricio y le dijo:

—Perdonadme, amigo mio, que os haya hecho esperar.

Mauricio contestó con un movimiento de cabeza, y ambos se internaron por una deliciosa y sombría alameda, que dando un pequeño rodeo, iba á salir al camino real.

Era una de esas hermosas tardes de primavera en que cada planta envia á el cielo su emanacion, en que cada pájaro, inmóvil sobre la rama ó saltando por entre

la maleza, dirije su himno de amor á Dios; una de esas tardes, en fin que parecen destinadas á vivir en el porvenir.

Mauricio estaba mudo, y Genoveva pensativa deshojaba con una mano las flores de un ramo que llevaba en la otra apoyada en el brazo de Mauricio.

—Qué teneis, preguntó de repente Mauricio, y qué cosa os entristece hoy?

—Genoveva hubiera podido contestarle: mi felicidad; pero se contentó con dirigirle una mirada dulce y poética.

—Pero vos mismo, dijo, no estais mas triste que de costumbre?

—Yo, dijo Mauricio, tengo motivos para estar triste, porque soy desgraciado; pero vos...

—Vos desgraciado?

—Sin duda, no conoceis algunas veces por el temblor de mi voz, que sufro? No me sucede cuando hablo con vos ó con vuestro marido, levantarme de repente ó verme obligado á pedir aire al cielo, porque me parece que va á romper mi pecho?

—Pero á qué atribuis ese sufrimiento? dijo Genoveva algo turbada.

—Si fuese una petrimetra, dijo Mauricio con cierta sornisa dolorosa creeria que era

mal de nervios.

—Y sufris en este momento?

—Mucho, dijo Mauricio.

—Entonces volvámosnos.

—Ya, señora.

—Ya.

—Ahí es cierto, murmuró el joven, me olvidaba que M. Morand debe volver de Rambouillet, y ya pronto anochecerá.

Genoveva le miró con aire de reconvencion, diciéndole.

—Volveis à vuestro tema?

—Y por qué me habeis hecho dia un elogio tan pomposo de M. Morand? contestó Mauricio, vos teneis la culpa.

—Y desde cuando, preguntó Genoveva, no puede uno decir lo que piensa de un hombre estimable delante de personas á quienes estima?

—Muy viva debe ser la estimacion que os hace apresurar el paso como en este momento lo haceis, temiendo demoráros algunos minutos.

—Estais hoy sobremanera injusto, Mauricio; no ha pasado ya una parte del dia con vos?

—Teneis razon, y en verdad que sois demasiado exigente, replicó Mauricio dejándose llevar de la fogosidad de su carácter.

Vamos á ver á M. Morand, vamos.

Genoveva sentia pasar el despecho de su cabeza, á su corazon.

Si dijo, vamos á ver á M. Morand; á lo menos es un amigo que jamás me ha causado la menor pena.

—Esos amigos son muy preciosos, dijo Mauricio atormentado por los celos, y os aseguro que quisiera conocer algunos de ellos.

En este momento llegaron al camino real. El horizonte estaba teñido de púrpura; el sol comenzaba á desaparecer haciendo brillar sus últimos rayos en las doradas molduras de la cúpula de los Invadidos. Una estrella, la primera, la que durante otratarde habia ya atraído las miradas de Genoveva brillaba en el azul del cielo.

Genoveva dejó el brazo de Mauricio con una tristeza resignada y dijo.

—Qué teneis para que me hagais sufrir de este modo?

—Nada, nada, dijo Mauricio, sino que soy menos hábil que otras personas que conozco; nada, sino que no sé hacerme amar.

—Mauricio! exclamó Genoveva.

—Oh! señora, si le veis constantemente bueno, constantemente igual, es porque no sufre.

Genoveva apoyó de nuevo su blanca mano en el vigoroso brazo de Mauricio.

—Os suplico dijo en voz alterada, que no habéis mas.

—Y por qué?

—Porque vuestra voz me hace mal.

—Segun eso, todo os desagrada en mí, hasta la voz.

—Callad, por Dios, callad.

—Obedeceré, señora.

Y el fogoso jóven pasó su mano por su frente húmeda de sudor.

Genoveva vió que sufría realmente. Las naturalezas del género de la de Mauricio tienen dolores desconocidos.

—Sois amigo mio, Mauricio, dijo Genoveva mirándole con espresion celestial, un amigo demasiado precioso para mí; haced, Mauricio, que no pierda este amigo.

—Oh! no le echareis de menos mucho tiempo, exclamó Mauricio.

—Os equivocais contestó Genoveva, os echaria de menos mucho tiempo, eternamente....

—Genoveva? Genoveva exclamó Mauricio, compadeceos de mí.

Genoveva se estremeció, porque aquella era la primera vez que Mauricio decia su nombre con una espresion tan profunda.

—Pues bien, continuó Mauricio, ya que me habeis adivinado, dejadme que os lo diga todo, Genoveva, porque aunque me mateis con una mirada... hace ya mucho tiempo que callo, hablaré, Genoveva.

—Señor, dijo esta, os he suplicado en nombre de nuestra amistad que os callareis, vuelvo à suplicároslo que lo hagais por mi á lo menos, ya que no por vos. Ni una palabra mas, en nombre del cielo, ni una palabra mas.

—Amistad! amistad! Ah! si la que teneis á M. Morand es semejante á la que me profesais á mi, no quiero ya vuestra amistad, Genoveva; no necesito mas que eso.

—Basta, dijo Madama Dixmer con un gesto de reina, basta, M. Lindey; he aqui nuestro coche, quereis acompañarme á casa de mi marido?

Mauricio temblaba de fiebre y emocion; cuando Genoveva para tomar el carruaje, que en efecto se hallaba á corta distancia de allí, apoyó su mano en el brazo de Mauricio, le pareció que aquella mano era de fuego. Ambos subieron al coche, Genoveva se sentó en el testero y en frente de ella Mauricio. Asi atravesaron todo París sin pronunciar una sola palabra, si bien, durante toda la travesía, ni un momento

siquiera habia apartado Genoveva de sus ojos el pañuelo.

Cuando entraron en la fábrica, Dixmer se hallaba ocupado en su gabinete, y Morand acababa de llegar de Rambouillet. Genoveva presentó su mano á Mauricio al entrar en su habitacion, y le dijo:

=Adios, Mauricio: adios, puesto que así lo habeis querido.

Mauricio no contestó una palabra: se encaminó en derechura á la chimenea sobre la cual habia colgado un retrato de miniatura de Genoveva, lo besó apasionadamente, lo estrechó contra su corazon, volvió á dejarlo en su sitio, y salió.

Mauricio entró en su casa sin saber como habia vuelto; habia atravesado á todo París sin ver, ni oír nada; recordaba todo lo que acababa de pasar como un sueño, sin que pudiera darse cuenta ni de sus acciones, ni de sus palabras, ni del sentimiento que las habia inspirado. Hay momentos en que el alma mas serena y dueña de si misma se entrega á las violencias que le imponen los poderes subalternos de la imaginacion.

Embargada la de Mauricio por las estrañas é indiferentes ideas que le inspiraba la reciente entrevista con Genoveva, se des-

nudó maquinalmente sin el auxilio de su ayuda de cámara; no respondió ni una palabra á su cocinera que le mostraba la cena ya preparada, despues tomando las cartas del dia que estaban sobre una mesa, las leyó todas una tras otra, sin comprender una sola palabra. Aun no se habian disipado la niebla de los celos y la embriaguez de su razon.

A las diez se acostó Mauricio, tambien maquinalmente, como hacia todas las cosas desde que se separó de Genoveva.

Si en su estado de tranquilidad, hubiesen contado á Mauricio de cualquiera otro la conducta estraña que habia observado, no la habria comprendido y hubiese tenido por loco al que habia cometido aquella especie de acción desesperada, que no autorizaban ni una reserva estraordinaria, ni un abandono demasiado grande por parte de Genoveva, lo que él sintió solamente fué un golpe terrible dado á las esperanzas de que él mismo no se habia dado cuenta jamás, y sobre las cuales, por vagas que fuesen, descansaban todos sus sueños de felicidad, que semejantes á un vapor implacable, flotaban informes en el horizonte.

Natural era, pues, que aconteciese á Mau-

ricio lo que acontece casi siempre en semejantes casos, aturdido por el golpe que acababa de recibir, se quedó dormido tan pronto como se sintió en la cama, ó mas bien quedó privado de sentido hasta el dia siguiente.

Sin embargo, un ruido le despertò: era este el que hizo al abrir la puerta su ayudante de cámara que segun su costumbre, venia á abrir las ventanas del aposento de Mauricio que caia á un gran jardin, y á traer flores.

En el año de 93 se cultivaban muchas flores, y Mauricio era apasionado á ellas, pero ni siquiera dirigió una mirada á las suyas, y apoyando su pesada cabeza en su mano trató de recordar lo que en la víspera habia pasado.

Mauricio se preguntó á si mismo, sin poder darse cuenta de nada, cuáles eran las causas de aquella pesadez, la única eran los celos, pero preciso es confesar que habia escogido muy mal el momento de mostrarse celoso de un hombre, cuando este hombre, estaba en Rambouillet, y cuando en su solitaria entrevista con la mujer que amaba, gozó de esta entrevista con toda la suavidad de que la rodea la naturaleza que se despierta en uno de los primeros hermosos

días de la primavera.

No era por cierto su mayor tormento la desconfianza de lo que habia podido pasar en esa casa de Anteuil á donde habia conducido á Genoveva, y donde habia permanecido mas de una hora, no; el martirio incesante de su vida era la idea de que Morand estaba enamorado de Genoveva; y sin embargo, jamás un gesto, una mirada, ni una palabra del asociado de Dixmer dieron ni aun la apariencia de realidad á semejante suposicion?

La voz del ayuda de cámara le sacó de su meditacion.

=Ciudadano, dijo, mostrándole las cartas abiertas sobre la mesa, ¿habeis apartado las que quereis guardar, ó las quemo todas?

—Ouè has de quemar? dijo Mauricio.

=Las cartas que habeis leído ayer antes de acostaros.

Mauricio no se acordaba de haber leído una sola.

—Quémalas todas, dijo.

—Tomad las de hoy, ciudadano, dijo el oficioso, presentando un paquete de cartas á Mauricio, y en seguida fué á arrojar las demas á la chimenea.

Mauricio tomó el paquete que le presentaban y sintió bajo sus dedos el relieve

de un sello de lacre y creyó vagamente reconocer un perfume amigo.

Buscó entre las cartas y vió un sello y una letra que le hicieron temblar.

Aquel hombre tan fuerte delante de cualquier peligro se ponía pálido solo al olor de una carta.

El oficioso se aproximó á él para preguntarle qué tenía; pero Mauricio le hizo seña con la mano que se retirase.

Antes de resolverse á abrir aquella carta, Mauricio le dió mil vueltas, acometido por el presentimiento de que encerraba una desgracia para él y aun llegó á temblar como temblamos ante un mal desconocido. Reconcentró no obstante todo su valor, abrió al fin la carta y leyó lo que sigue:

«Ciudadano Mauricio:

«Es preciso que rompamos uno lazos que por vuestra parte podría suponer que tendian á traspasar las leyes de la amistad. Vos sois un hombre de honor, ciudadano, y ahora que ha trascurrido una noche despues de lo que ayer pasó entre nosotros, debeis comprender que vuestra presencia es ya imposible en la casa. Espero que sabreis disculparos con mi marido. Si veo llegar hoy mismo una carta vuestra para M. Dixmer, me convenceré de que es ne-

cesario echar de menos à un amigo desgraciadamente extraviado, pero á quien todas las consideraciones sociales me impiden recibir.

«Adios para siempre,

«Genoveva.»

«P. S. El portador espera la respuesta.»

Mauricio llamó y se presentó el ayuda de cámara.

—Quién ha traído esta carta?

—Un ciudadano mandadero.

—Está ahí?

—Sí.

Mauricio no suspiró, no vaciló. Salto de la cama, se puso un pantalon, se sentó delante de su pupitre, tomó la primera hoja de papel que encontró, (esto es, un medio pliego con encabezamiento de una carta impresa en nombre de la seccion), y escribió.

«Ciudadano Dixmer,

«Yo os amaba, os amo todavia, pero no puedo ya veros.

Mauricio buscó la causa por lo cual no podia ya ver al ciudadano Dixmer, y una sola se presentó á su espíritu; la que en aquella época se hubiera ocurrido á cualquiera. Continuó, pues, escribiendo:

«Corren ciertos rumores sobre vuestra

frialdad en favor de la causa pública. No quiero acusaros, ni he recibido de vos misión para defenderos. Recibid mi mas profundo sentimiento y vivid persuadido de que vuestros secretos están sepultados en mi corazon.»

Mauricio no quiso leer siquiera la carta que, como hemos dicho, habia escrito bajo la impresion de la primera idea que se le habia presentado. Nadie podia dudar del efecto que debia producir esta carta. Dixmer, excelente patriota, como mauricio habia podido ver en sus discursos, no podria menos de incomodarse al recibirla: su esposa y el ciudadano Morand le estimularian sin duda á perseverar, él no contestaria siquiera, y el olvido vendria á estenderse como un velo negro sobre el pasado risueño para transformarlo en porvenir lúgubre. Mauricio firmó cerró la carta, la entregó á su oficioso y el mandadero partió.

Entonces un débil suspiro se escapó del pecho del republicano, tomó sus guantes, su sombrero, y se dirigió á la seccion.

Esperaba, pobre Bruto, encontrar su estoicismo ante los negocios públicos.

Estos eran terribles; preparábase el 31 de mayo. El terror que, semejante á un torrente, se precipitaba desde lo alto de la montaña, intentaba arrebatarse ese dique que que-

rían oponerle los girondinos esos audaces moderados que habían osado pedir venganza de los asesinatos de setiembre y luchar un instante para salvar la vida del rey.

Mientras Mauricio trabajaba con tanto ardor que la fiebre que quería lanzar devoraba su cabeza en lugar de su corazón, el mensajero entraba en la antigua calle de san Jacobo y esparcía en la casa de Dixmer el asombro y el espanto.

La carta, leída que fué por Genoveva, pasó á las manos de su esposo. Este la abrió y la leyó sin comprender desde luego nada; después la comunicó al ciudadano Morand, que dejó caer sobre su mano su frente blanca como el marfil.

En la situación en [que se hallaban Dixmer, Morand y sus compañeros, situación enteramente desconocida á Mauricio, pero que nuestros lectores han penetrado, aquella carta era en efecto un rayo.

—Es hombre de bien? pregunto Dixmer con angustia.

—Si, contestó Morand sin vacilar.

—No importa? replicó el que había estado por las medidas extremas, ahora conocereis que hemos hecho mal en no matarle.

—Amigo mío, dijo Morand, resulte lo que

quiera de esto, hemos hecho bien en no asesinar á un hombre; ademas, os lo repito, creo que Mauricio tiene un corazon noble y generoso.

=Sí; pero si ese corazon noble y generoso es el de un republicano exaltado, tal vez él mismo consideraria como un crimen, si ha sorprendido alguna cosa, no inmolar su propio honor, como dicen, en el altar de la pátria.

—Pero creéis, dijo Morand, que sepa alguna cosa?

=No habeis oido que habla de secretos que quedarán sepultados en su corazon?

=Esos secretos son evidentes los que yo le he confiado relativos á nuestro contrabando; no conoce otros.

=Pero de esa entrevista de Anteuil, no ha sospechado nada? dijo Morand, ya sabeis que acompañaba á vuestra esposa.

—Yo mismo dije á Genoveva que se hiciera acompañar por Mauricio para que la sirviera de salvaguardia.

—Ahora veremos si son ciertas esas sospechas dijo Morand. El 2 de junio, es decir, dentro de ocho dias toca estar de guardia á nuestro batallon en el Temple; vos sois capitán. Dixmer, y yo teniente: si nuestro batallon ó nuestra compañía recibe con-

traorden, como la recibió el otro día el batallón de la Bulte-des-Moulins, que Sauterter reemplazó con el de Gravilliers, todo será descubierto, y no tendremos mas remedio que huir de París ó morir peleando: pero si todo sigue el curso ordinario de las cosas...

—Nos perderemos de la misma manera, replicó Dixmer.

—Por que?

—Pardiez! no giraba todo sobre la cooperación de ese municipal? No era él quien, sin saberlo, debia abrirnos paso hasta la reina?

—Es cierto, dijo Morand desalentado.

—Ya veis, replicó Dixmer frunciendo el ceño, que á toda costa conviene renovar la amistad con ese jóven.

—Y si se niega? si teme comprometerse? dijo Morand.

—Esperad, dijo Dixmer, voy á preguntar á Genoveva; pues ella ha sido la última que le ha visto y acaso sepa alguna cosa.

—Dixmer, dijo Morand, os veo con sentimiento, mezclar á Genoveva en todas nuestras tramas; no porque tema una indiscreción por su parte, no; Dios me libre de semejante cosa! pero la partida que jugamos es terrible, y me causa vergüenza y lásti-

ma á la vez esponer en nuestro albúr la cabeza de una mujer.

—La cabeza de una mujer, dijo Dixmer, pesa tanto como la de un hombre, cuando la astucia, el candor ó la hermosura pueden hacer tanto y aun algunas veces mas que la fuerza, el poder y el valor; Genoveva participa de nuestras convicciones y simpatías, y participará tambien de nuestra suerte.

—Haced lo que queráis, amigo mio, respondió Morand; he dicho lo que debia decir. Ahora obrad como mejor os parezca. Genoveva es digna bajo todos conceptos de la mision que le dais, ó mas bien que ella misma se ha dado. Con los santos se hacen los mártires.

Y presentó su mano blanca y afeminada á Dixmer, encargando á Morand y á sus compañeros una vigilancia mas severa que nunca, pasó al cuarto de Genoveva, y la halló sentada delante de una mesa, con la vista clavada en un bordado y la frente inclinada.

Al ruido que hizo la puerta al abrirse, volvió y vió entrar á Dixmer.

—Ah! eres tú, amigo mio? dijo ella.

—Si, respondió Dixmer con rostro plácido y risueño; acabo de recibir una carta de nuestro amigo Mauricio, de la cual te aseguro

que no comprendo una palabra. Toma, lee-la tu y dime lo que piensas de ella.

Genoveva tomó la carta con una mano cuyo temblor no pudo disimular, no obstante todo su poder sobre sí misma, y leyó.

—Y qué piensas de eso? dijo Dixner, luego que ella concluyó de leer.

—Pienso que Mauricio Lindey es un hombre honrado, respondió Genoveva, con la mayor calma; y que no hay que temer nada por su parte.

—Crees que ignora á qué personas fuiste á visitar en Anteuil?

—Estoy segura de ello.

—En ese caso por qué ha tomado esa determinacion tan brusca? Te ha parecido ayer mas frio ó mas triste que de costumbre?

—No, dijo Genoveva; creo que estaba lo mismo que siempre.

—Piensa bien lo que dices, Genoveva; porque tu respuesta vá á tener sobre todos nuestros proyectos una grave influencia.

—Aguarda, aguarda, dijo Genoveva con una emocion que se traslucia al través de todos los esfuerzos que hacia para conservar su frialdad; aguarda...

—Bien! dijo Dixner con una ligera contraccion de músculos en su rostro, procura acordarte de todo, Genoveva.

—Si, contestó la jóven, si; ya me acuer-

do; ayer estuvo de muy mal humor; porque M. Mauricio, continuó Genoveva con bastante perplejidad, es algo tirano en sus amistades... y muchas veces hemos estado enojados semanas enteras.

—De consiguiente, ¿eso será un simple enojo? preguntó Dixmer.

—Es probable.

—Genoveva, en nuestra posicion no es una probabilidad la que necesitamos, sino una certidumbre.

—Pues bien, amigo mio, te digo que estoy seguro de ello.

—Luego esta carta no será mas que un pretesto para no volver á la casa?

—¿Cómo quieres que yo diga semejante cosa?

—Dilo, Genoveva, dilo, replicó Dixmer, porque á otra mujer no se lo preguntaría.

—Es un pretesto, dijo Genoveva bajando los ojos.

—Ay! exclamó Dixmer.

Despues de un momento de silencio, retirando de su chaleco y apoyando sobre el respaldo de la silla de su muger una mano con la cual acababa de comprimir los latidos de su corazon, añadió:

—Hazme un favor, querida mia, te lo suplico por nuestro amor.

—Cual? preguntó Genoveva volviendo el rostro llena de asombro.

—Procura ahuyentar hasta la sombra de un peligro; Mauricio está quizás mas al corriente de nuestros secretos que lo que nosotros sospechamos; lo que supones un pretexto es tal vez una realidad. Escríbele una palabra.

—Yo! exclamó Genoveva temblando.

—Si, tú; dile que has abierto la carta y que deseas recibir una esplicacion; vendrá, le preguntarás y adivinarás fácilmente entonces lo que haya sobre el particular.

—Oh! no por cierto, exclamó Genoveva, no puedo hacer lo que dices; no lo haré.

—Querida Genoveva, cuando intereses tan poderosos como los que descansan sobre nosotros se ponen en juego, cómo retrocedes ante miserables consideraciones de amor propio?

—Te he dicho mi opinion acerca de Mauricio, respondió Genoveva; él es honrado, es caballero, pero caprichudo, y no quiero sufrir mas servidumbre que la de mi marido.

Esta respuesta fué dada á la vez con tanta calma y firmeza, que Dixmer comprendió que insistir, á lo menos en aquel momento, seria de todo punto inútil; no añadió ni una sola palabra, miró á Genoveva estupefacto, pasó su mano por su frente bañada en sudor y salió.

Morand le esperaba con inquietud, y Dixmer le contó, sin omitir una palabra, lo que acababa de pasar.

—Ben, respondió Morand, dejemos las cosas en este estado y no hablemos ya sobre el particular. Antes que causar el menor disgusto á vuestra esposa, antes que ofender el amor propio de Genoveva, renunciaria yo...

Dixmer le puso la mano sobre el hombro y le dijo mirándole de hito en hito, estais loco, ó no pensais una palabra de lo que decís?

—¿Cómo, Dixmer, creéis?

—Creo, caballero, que no sois vos mas dueño que yo de entregar vuestros sentimientos al impulso de vuestro corazón. Ni vos, ni yo, ni Genoveva nos pertenecemos, Morand. Somos cosas llamadas á defender un principio, y los principios se apoyan sobre las cosas que ellos destruyen.

Morand se estremeció y guardó silencio, un silencio pensativo y doloroso.

De esta suerte dieron algunas vueltas por el jardín, sin dirigirse una sola palabra. En seguida Dixmer se separó de Morand diciéndole con voz enteramente tranquila:

—Me retiro porque tengo que dar algunas órdenes, Morand dió la mano á Dixmer y le miró alejarse.

—Pobre Dixmer, dijo, mucho temo que en todo esto sea él quien mas pierda.

Dixmer entró electivamente en la fábrica, dió algunas órdenes, leyó los periódicos y mandó distribuir pan y leña entre los pobres de la seccion, y entrando en su cuarto se quitó su ropa de trabajo, y se vistió para salir.

—Una hora despues, Mauricio, cuando estaba en lo mas fuerte de su lectura y de sus alocuciones, fué interrumpido por la voz de su ayuda de cámara, que inclinándose á su oído le dijo en voz baja:

—Ciudadano Lindey, una persona que segun dice, tiene cosas muy importantes que confiaros, os espera en vuestra casa.

Mauricio se encaminó al punto á su casa, y al entrar se sorprendió de encontrar á Dixmer allí instalado, y hojeando los periódicos. En la calle habia preguntado á su criado qué clase de persona era la que queria hablarle; pero como este no conocia al maestro curtidor, no pudo darle ningun informe.

Al ver á Dixmer se paró Mauricio en el umbral de la puerta, y se ruborizó á pesar suyo.

Dixmer se levantó y le presentó la mano sonriendo.

—Qué mania os ha dado hoy para escribir como lo habeis hecho? preguntó al jóven. En verdad que esto es ofenderme visiblemente, mi querido Mauricio. Cómo habeis po-

dido escribir que yo soy patriota tibio y falso? Vaya, vaya! no podeis hacerme semejantes acusaciones en mi cara; confesad mas bien que buskais un pretesto para romper nuestras relaciones.

—Confesaré todo lo que querais, mi querido Dixmer, pues vuestra conducta ha sido siempre para conmigo la de un hombre generoso; pero os digo que he tomado una resolucion, y que esta resolucion es irrevocable.

—Cómo! preguntó Dixmer, confesais que nada teneis de que reconvenirnos, y sin embargo, nos abandonais?

—Querido Dixmer, creed que para obrar como lo hago, y que para privarme de un amigo como vos, es menester que tenga razones muy fuertes...

—Si, pero como quiera que sea, replicó Dixmer afectando cierta suntuosidad, esas razones no son las que me habeis escrito; pues estas no son mas que un pretesto.

Mauricio reflexionó un instante.

—Escuchad Dixmer, dijo, vivimos en una época en que la duda emitida en una carta puede y debe atormentaros, lo conozco muy bien; por tanto un hombre de honor no puede dejaros bajo el peso de semejante inquietud. Si, Dixmer, las razones que os he dado no eran mas que un pretesto.

Esta confesion que hubiera debido reanimar el rostro del comerciante, no hizo por el contrario otra cosa que ponerlo mas ceñudo.

—Pero en fin, cual es el verdadero motivo? preguntó Dixmer.

—No puedo decirlo, contestó Mauricio; y sin embargo, si lo conociérais, estoy seguro de que lo aprobariais.

Dixmer volvió á instarle, y Mauricio contestó:

—Con que lo exigis absolutamente?

—Si, respondió Dixmer.

—Pues bien, dijo Mauricio, que experimentaba cierto consuelo al aproximarse á la verdad; voy á hablaros con franqueza: teneis una muger jóven y bonita, y la castidad, no obstante bien conocida de esta muger jóven y bonita, no ha podido impedir que mis visitas á vuestra casa dejen de ser mal interpretadas.

Dixmer se puso pálido.

—De veras? dijo; en ese caso, mi querido Mauricio, el esposo debe daros las gracias por el mal que habeis hecho al amigo.

—Espero, dijo Mauricio, que me hareis la justicia de no suponerme tan fátuo, que crea que mi presencia pueda ser peligrosa para vuestro reposo ó el de vuestra muger; pero puede ser un manantial de calumnias,

y bien sabeis que cuanto mas absurdas sean estas, son mas fácilmente creidas.

—Qué niñada, dijo Dixmer encogiéndose de hombros.

—Niñada y todo lo que querais, respondió Mauricio, pero de lejos no seremos menos amigos, pues nada tenemos que reconvénirnos, al paso que de cerca por el contrario...

—De cerca qué?

—Podrian tener las cosas un resultado que no quisiéramos.

—Pensais, Mauricio, que yo hubiera podido creer?

—Yo no pienso nada, dijo el jóven.

—Pues entonces para qué habéis preferido escribirme á decirme verbalmente lo que teniais que decirme, Mauricio?

—Precisamente para evitar lo que pasa entre nosotros en este momento.

—Os incomoda, Mauricio, que os ame lo bastante para haber venido á pedir os una explicacion?

—Oh! todo lo contrario, esclamó Mauricio, y os juro que me he alegrado mucho de haveros visto otra vez antes de nuestra eterna separacion.

—Eterna separacion! Qué decis? sin embargo... nosotros os amábamos mucho, os amamos todavia...

—Bah! bah! desechad semejante pensamiento, dijo Dixmer estrechando la mano de la joven entre las suyas.

Mauricio se estremeció, y Dixmer á quien este estremecimiento no se habia escapado, pero que sin embargo, no se dió por entendido, continuó diciendo: esta misma mañana me lo decia Morand: «haced todo lo que podais por volver á anudar las relaciones con ese apreciable Mauricio.»

—Ah! dijo el joven frunciendo el ceño y retirando su mano, jamás hubiera creido que Morand era tan amigo mio.

—Dudais de ello? preguntó Dixmer.

—Yo, respondió Mauricio, no lo creo, ni dudo, no tengo ningun motivo para preguntarme sobre este particular: cuando iba á vuestra casa, Dixmer, iba solo por vos y por vuestra esposa, y no por el ciudadano Morand.

—No le conocéis, Mauricio, dijo Dixmer; Morand tiene un alma bellísima.

—Os lo concedo, dijo Mauricio sonriendo con amargura.

—Ahora continuó Dixmer, volvamos al objeto de mi visita.

Mauricio inclinó la cabeza como hombre que no tiene nada que decir y espera.

—Con qué decís que han corrido rumores y hablillas?

—Si, ciudadano, dijo Mauricio.

—Enhorabuena, hablemos francamente. ¿Por qué habeis dado importancia á esas hablillas de algun vecino ocioso? ¿No teneis vuestra conciencia, Mauricio y Genoveva su honestedad?

Yo soy mas jóven que vos, dijo Mauricio, que comenzaba á admirarse de aquella obstinacion, y veo tal vez las cosas con ojos mas susceptibles. Por lo mismo os declaro que sobre la reputacion de una mujer como Genoveva no deben cebarse siquiera las frívolas hablillas de un vecino ocioso. Permitid, pues, querido Dixmer, que persista en mi primera resolucion.

—Vamos, dijo Dixmer, y puesto que estamos dispuestos á confesar, confesemos todavia otra cosa.

—Qué cosa? preguntó Mauricio ruborizado, qué quereis que confiese?

—Que no es la politica, ni e vuestras frecuentes visitas á mi casa lo que os obliga á abandonarnos.

—Pues entonces que es?

—El secreto que habeis penetrado.

—Qué secreto? preguntó Mauricio con una espresion de curiosidad natural que tranquilizó al cortidor.

—Ese asunto de contrabando que habeis penetrado la noche misma en que nos co-

noeimos de una manera tan estraña. Jamás me habeis perdonado ese fraude, y me acusáis de mal republicano porque me sirvo de productos ingleses en mi teneria.

—Mi querido Dixmer, dijo Mauricio, os juro que habia olvidado completamente cuando iba á vuestra casa, que estaba en casa de un contrabandista.

—De veras?

—De veras.

—¿Con qué no teniais otro motivo para abandonar la casa, que el que me habeis dicho?

—Bajo mi palabra de honor.

—Pues bien; contestó Dixmer levantándose y estrechando la mano del jóven, es- pero que reflexionareis y que desistireis de esa resolucion que tanta pena nos causa á todos.

Mauricio se inclinó, sin contestar nada, lo que equivalia á una última negativa.

Dixmer salió desesperado por no haber podido conservar sus relaciones con aquel hombre, que ciertas circunstancias hacian no solamente útil, sino casi indispensable.

Aun era tiempo para que Mauricio volviera atrás en la terrible resolucion que habia tomado. Agitábanle deseos encontrados. Dixmer le suplicaba que volviese, Genoveva podria perdonarle. ¿Por qué, pues, ha-

bia de desesperar? Lorin en su lugar presentaría multitud de aforismos sacados de sus autores favoritos pero á estos aforismos opondría él la carta de Genoveva, esa despedida formal que habia llevado consigo á la seccion y que tenia sobre su corazon con el billete que habia recibido de ella misma al dia siguiente al en que la habia libertado de las manos de los que la insultaban, en fin, podria oponer mas que todo esto, la obstinacion celosa de jóven contra ese Morand detestado, primera causa de su rompimiento con Genoveva.

Mauricio, pues, permaneció inexorable en su resolucion, pero preciso es decir que fué un vacio para él la privacion de su visita cotidiana á la antigua calle de San Jacobo; y cuando llegó la hora en que acostumbraba encaminarse hácia el bárrio de San Victor, cayó en una melancolia profunda, y desde este momento, recorrió todas las facces de la esperanza y del pesar.

Todas las mañanas esperaba al despertar que encontraria alguna carta de Dixmer, y esta vez se confesaba á sí mismo, él, que habia resistido á instancias de viva voz, que cederia á una carta; todos los dias salia con la esperanza de encontrar á Genoveva, llevando preparados de antemano, si la encontraba, mil medios para hablarla. Todas

las noches volvía á su casa con la esperanza de encontrar en ella aquel mensajero que en una mañana, sin esperarlo él, le habia llevado el dolor que desde entonces fué ya un eterno compañero.

Muchas veces tambien en sus horas de apesadumbracion, se avergonzaba ante la idea de experimentar semejante tormento sin devolvérselo al que se lo habia hecho sufrir: sabido es que la primera causa de todos sus pesares era Morand. Entonces formaba el proyecto de ir á buscarle y reñir con él bajo cualquier pretesto; pero el asociado de Dixmer era tan débil y tan inofensivo, que insultarle ó provocarle era una cobardía de parte de un coloso como Mauricio.

Lorin habia hecho los esfuerzos mas extraordinarios para aliviar los pesares que su amigo se obstinaba en callarle, si bien no le negaba la existencia de ellos. Este habia hecho cuanto habia podido en práctica y en teoria para devolver á la patria aquel corazón tan atormentado por otro amor; pero aunque las circunstancias fuesen graves, y aunque en cualquiera otra disposicion de espíritu, hubiesen arrastrado á Mauricio en medio del torbellino político, no habian podido volver al jóven republicano aquella actividad primera que habia hecho de él un héroe en las jornadas del 14 de julio y 10 de agosto.

En efecto, los dos sistemas, en presencia el uno del otro durante cerca de diez meses, y que hasta entonces no se habian dado en cierto modo sino algunos ligeros ataques, ni habian preludiado la batalla sino por medio de alguna que otra escaramuza, se apresaban á luchar cuerpo á cuerpo, y era evidente que una vez comenzada la pelea, seria mortal para uno de los dos. Estos dos sistemas, nacidos del seno de la misma revolucion, eran el de la moderacion, representado por los girondinos, es decir, por Brissot, Petion, Vergniaud, Valazé, Lanjuinais, etc., etc., y el del Terror ó de la Montaña, representado por Danton, Robespierre, Chénier, Fabre, Marat, Collot-d'Herbois, Hebert, etc. etc.

Despues del 10 de agosto, como despues de toda accion, parecia haber pasado la influencia al partido moderado. Habiasse reformado un ministerio con los restos del antiguo y algunos nuevos agregados. Entre los primeros se contaban Roland, Servien y Clavieres; entre los segundos, Danton, Monge y le Brun. A escepcion de uno solo, que representaba en medio de sus cólegas, el elemento enérgico, todos los ministros pertenecian al partido moderado.

Cuando decimos moderado, se deja comprender que hablamos relativamente; pero

el 10 de agosto habia tenido su eco en el extranjero, y la coalicion se habia apresurado á marchar, no al socorro de Luis XVI personalmente, sino del principio realista atacado en su base. Entonces habian resonado las palabras amenazadoras de Brunswick, y como una terrible realizacion, Longwy y Verdun habia caido en poder del enemigo. Entonces se habia verificado la reaccion terrorista. Entonces Danton habia sonado las jornadas de setiembre, y realizado ese sueño sangriento que presentó al enemigo toda la Francia como cómplice de un inmenso asesinato, dispuesta á luchar por su existencia comprometida con toda la energia de la desesperacion. Setiembre habia salvado la Francia, pero al salvarla la habia puesto fuera de la ley.

Salvada la Francia y siendo ya inútil la energia, el partido moderado habia recordado algunas fuerzas, queriendo entonces acriminar aquellas jornadas terribles. Habíanse pronunciado las palabras de homicida y asesino, y aun se habia añadido otra nueva al vocabulario de la nacion; era esta la de setembristas.

Danton la habia aceptado resueltamente, y como Clodoveo, habia humillado un instante la cabeza bajo el bautismo de sangre; pero para levantarla mas erguida y

amenazadora. Presentábase otra ocasion para volver al terror pasado, coal era el proceso del rey. La violencia y la moderacion entraron, no enteramente aun en la lucha de las personas, sino en la de los principios, y en la persona del prisionero real se hizo la experiencia de las fuerzas relativas. La moderacion fué vencida, y la cabeza de Luis XVI cayó sobre el cadalso.

Como el 10 de agosto, el 21 de enero habia vuelto á la coalicion toda su energia. Todavía se le opuso el mismo hombre, pero no la misma fortuna. Dumouriez, detenido en sus proyectos por el desorden de todas las administraciones que impedia llegar hasta él los socorros de hombres y dinero, se declara contra los jacobinos, á quienes acusa reos de aquella desorganizacion, adopta el partido de los girondinos y los pierde declarándose su amigo.

Entonces se levanta la Vendée, los departamentos amenazan los reveses producen traiciones, y las traiciones reveses. Los jacobinos acusan á los moderados y quieren atacarlos el 10 de marzo, es decir, en la noche que principia nuestra relacion; pero se salvan á merced de la demasiada precipitacion de sus adversarios, y acaso tambien á merced de aquella lluvia que habia hecho decir á Petion, ese profundo anatomista del ca-

piritu parisiense: Está lloviendo, no habrá nada esta noche.

Pero despues del 10 de marzo todo habia sido para los girondinos presagio de ruina. Marat, acusado y absuelto. Robespierre y Danton reconciliados, á lo menos momentáneamente, como se reconcilian un tigre y un leon para atacar al toro que deben devorar; Henriot; el setembrista, nombrado comandante de la guardia nacional; todo presagiaba esa jornada terrible que debia arrastrar en una tempestad el último dique que la revolucion oponia al terror.

Tal eran los grandes acontecimientos en que Mauricio hubiera tomado, en cualquiera otra circunstancia, aquella parte activa, propia de su carácter impetuoso y de su patriotismo exaltado; pero desgraciada ó afortunadamente para Mauricio, ni las exortaciones de Lorin, ni las terribles preocupaciones del vulgo, habian podido lanzar de su espiritu la única idea que le embargaba, y cuando llegó el 31 de mayo, el terrible embestidor de la Bastilla y de las Tullerias, estaba acostado en su cama, devorado por esa fiebre que mata á los mas fuertes, y que puede disiparse con una mirada ó curarse con una palabra.



CAPITULO XIII.

El 31 de Mayo.

Durante la mañana de aquel famoso 31 de mayo en que el toque de arrebato y la generala resonaban desde el amanecer, entró en el Temple el batallón del arabal de San Victor.

Cuando se cumplieron todas las formalidades de costumbre y se distribuyeron los puestos, se vió llegar á los municipales de servicio; y cuatro piezas de artillería de refuerzo vinieron á reforzar las que estaban ya en batería á la puerta del Temple.

Al mismo tiempo que la artillería, llegaba Santerre con sus charreteras de estambre amarillo, y su uniforme, en cuyas grandes manchas de grasa podia leerse su patriotismo. Pasó revista al batallón que encontró en un estado conveniente y contó los municipales que no eran mas que tres.

—Por qué no han venido mas que tres mu-

nicipales? preguntó y quien es el mal ciudadano que falta?

—El que falta, ciudadano general, no es un patriota tibio, contestó nuestro conocido Agrícola es el secretario de la seccion Lepelletier, gefe de los bravos Termópilas, el ciudadano Mauricio Lindey.

—Bien, bien, dijo Santerre, reconozco como tú el patriotismo del ciudadano Lindey, lo que no impedirá que si no llega en el término de diez minutos se le inscriba en la lista de los ausentes.

Y Santerre pasó á otros detalles.

En el momento de pronunciar estas palabras y á poca distancia, se veia un capitán de cazadores y un soldado, el uno apoyado sobre su fusil y el otro sentado sobre un cañon.

—Habeis oido? dijo en voz baja el capitán al soldado, Mauricio no ha llegado todavia.

—Pero llegará, no tengais cuidado!

—Si nó viene, dijo el capitán, os colocaré de centinela en la escalera, y como ella subirá probablemente á la torre podeis decirle una palabra.

En aquel momento entró un hombre que demostraba ser municipal por su banda tricolor, y como el capitán y el cazador no le conociesen, fijaron en él atentamente sus miradas.

—Ciudadano general, dijo el desconocido dirigiéndose á Santerre, te suplico que me recibas en lugar del ciudadano Lindey; que está enfermo, segun consta del certificado del médico que aqui traigo: mi turno de guardia llegaba dentro de ocho dias y he permutado con él; dentro de ocho dias él hará mi servicio como yo voy á hacer hoy el suyo.

—Eso se entenderá si el Capeto y las Capetas viven todavia ocho dias; dijo uno de los municipales.

—Santerre respondió con una ligera sonrisa á esta chanzoneta, y dirigiéndose despues al sustituto de Mauricio:

—Está bien, le dijo: vé á firmar en el registro en el lugar de Mauricio Lindey, y consigna en la columna de observaciones las causas de este cambio.

Entretanto el capitan y el cazador se habian dirigido una mirada llena de alegre sorpresa.

—Dentro de ocho dias, dijeron para si.

—Capitan Dixmer, gritó Santerre, tomad posicion en el jardin con vuestra compañía.

—Venid Morand, dijo el capitan al cazador, su compañero.

Sonó el tambor, y la compañía conducida por el maestro curtidor se alejó en la direccion prescrita.

Pusieron las armas en pabellon y la compañía se separó en grupos que comenzaron á pasearse de arriba á abajo segun su capricho.

El sitio de su paseo era el mismo jardin donde en tiempo de Luis XVI, venia la familia real algunas veces á respirar el aire. Este jardin estaba desnudo, árido, desolado, completamente despojado de flores, de árboles y de verdura.

A veinte y cinco pasos, poco mas ó menos de la porcion de tapia que daba á la calle de Porte-Foin se elevava una especie de choza que la prevision de la municipalidad habia permitido establecer para mayor comodidad de los nacionales que entraban de guardia en el Temple, y los cuales encontraban alli que comer y beber en los dias de motin en que no se les permitia salir. La direccion de aquella tabernilla interior habia sido muy ambicionada, concediéndose á la viuda de un escelente patriota, muerto el 10 de agosto, y que era conocida con el nombre de la viuda Plumeau.

Esta pequeña cabaña, construida con tablas y argamasa, estaba situada en medio de un acirate cuyos limites se conocian todavia por un pequeño vallado de Boj. Componiase solo de una pieza de doce pies cuadrados, debajo de la cual habia una cueva

á la que se bajaba por unos escalones groseramente hechos en la misma tierra. Aquí era donde la viuda Plumeau encerraba sus líquidos y comestibles, sobre los que velaban alternativamente ella y su hija, muchacha de doce á quince años.

Apenas se instalaron en su biviac, los guardias nacionales, se pusieron como ya hemos dicho, los unos á pasearse por el jardín, y los otros á hablar con los conserjes; estos á mirar los dibujos trazados en la pared y que representaban alguna escena patriótica, tal como el rey ahorcado, con esta inscripcion: »M. Veto tomando un baño de aire« ó el rey guillotinado, con alguna otra chanzoneta del mismo género; aquellos en hablar á la viuda Plumeau sobre los designios gastronómicos que les sujeria su apetito.

En el número de estos últimos se hallaban el capitan y el cazador, de que ya hemos hablado.

=Ab! capitan Dixmer, dijo la cantinera, tengo famoso vino de Saumur.

=Bueno, ciudadana Plumeau; pero el vino de Saumur, á lo menos segun mi opinion, nada vale sin el queso de Brie, contestó el capitan, que antes de emitir este dictámen, habia mirado cuidadosamente á su alrededor, y pudo observar que faltaba este

comestible entre los que encerraba la cantina.

—Ah! mi capitán, parece que el diablo lo hace, pero acabo de despachar el último pedazo que me quedaba.

—Entonces, dijo el capitán, si no hay queso de Brie, tampoco quiero vino de Saumur, y advierte ciudadana, que el consumo valía la pena, pues, pensaba obsequiar á toda la compañía.

—Mi capitán, te pido cinco minutos para ir á ver al ciudadano conserje, que suele tenerlo; se lo pagaré algo mas caro, pero tú eres demasiado buen patriota para no indemnizarme.

—Si, si, vé, respondió Dixmer, y entre tanto bajaremos á la cueva y escogeremos nosotros mismos el vino.

—Haz lo que quieras, como si estuvieras en tu casa capitán.

Y la vinda Plumeau echó á correr hacia la habitación del conserje, mientras el capitán y el cazador provistos de una luz, levantaban la trampa y bajaron á la cueva.

—Bueno, dijo Morand, después de un instante de exámen. La cueva avanza en la dirección de la calle de Porte-Foin. Tiene de nueve á diez pies de profundidad.

—Cómo es el suelo? preguntó Dixmer.

—Es de greda y de escombros; todos es-

tos jardines han sido derribados muchas veces y no hay piedras en ninguna parte.

—Pronto, exclamó Dixmer; oigo los zuecos de nuestra cantinera; tomad dos botellas de vino y subamos.

Ambos asomaban ya su cabeza por el agujero de la trampa, cuando la viuda Plumeau entró con el famoso queso de Brie, con tanta solicitud pedido.

Detrás de ella, venían muchos cazadores atraídos por la buena apariencia del susodicho queso.

Dixmer hizo los honores, repartiendo veinte botellas de vino entre su compañía, en tanto que el ciudadano Morand contaba el heroísmo de Garcio el desinterés de Fabricio y el patriotismo de Bruto y de Casio, historias todas que fueron casi tan apreciadas como el queso de Brie y el vino de Anjou regalados por Dixmer, lo que no es poco decir.

Dieron las once, hora en que debían relevarse los centinelas.

—¿No es desde las doce á la una cuando acostumbra pasearse la austriaca? preguntó Dixmer á Tison que pasaba por delante de la cabaña:

—De las doce á la una, justamente.

Y se puso á cantar:

A la torre se sube,
Mirondon, mirondon, mirondela.

Este nuevo chiste fué acogido con una carcajada unánime por los guardias nacionales.

Al punto llamó Dixmer á los individuos de su compañía que debían montar su guardia desde las once y media hasta la una y media, les previno que alijeráran el almuerzo é hizo tomar las armas á Morand para colocarle, como se habia convenido, en el último piso de la torre, en aquella misma garita, detrás de la cual se habia ocultado Mauricio el día en que habia sorprendido las señas que hacían á la reina desde una ventana de la calle de Porte Foin.

Si se hubiese mirado á Morand en el momento en que recibió este abiso, bien sencillo y esperado, se le hubiera visto ponerse pálido bajo las largas mechas de sus cabellos negros.

De repente se oyó á lo lejos como una tempestad de gritos y ruidos.

—Qué significa eso? preguntó Dixmer á Tison.

—Oh! respondió el carcelero, no es nada algun pequeño motin que querrán armar esos pobretes de Brissotinos antes de ir á la guillotina.

El ruido cada vez era mas amenazador, pues se oia rodar ya á la artilleria, y un tropel de gente pasó por delante del Temple, gritando:

—Vivan las secciones! viva Henriot! abajo los Brissotinos! abajo los Rolandistas! abajo madama Veto!

—Bueno, bueno, dijo Tison frotándose las manos; voy á abrir á Mme. Veto para que goce sin obstáculo del amor que la profesa su pueblo.

Y se aproximó al postigo de la fortaleza.

—Hola Tison! grito una voz formidable.

—Mi general? contestó este deteniéndose.

—Hoy no se sale, dijo Santerre; las prisioneras permanecerán encerradas en su cuarto.

La órden era sin apelacion.

=Bueno, dijo Tison; un trabajo menos.

Dixmer y Morand se dirigieron una mirada lúgubre; en seguida esperando, aunque ya inútilmente, que diera la hora de la faccion, se fueron ambos á pasearse sin afectacion entre la cantina y la tapia que daba á la calle de Porte-Foin. Allí comenzó Morand á medir la distancia dando pasos geométricos, es decir de tres pies.

=Qué distancia? preguntó Dixmer.

=De sesenta á sesenta y un pies, respondió Morand.

—Cuántos dias se necesitan?

Morand reflexionó y trazó en la arena con una varita algunas líneas geométricas que borró en seguida.

—Lo menos se necesitan siete dias, dijo.

=Mauricio entra de guardia dentro de ocho dias, murmuró Dixmer: será, pues, preciso que para entonces háyamos renovado nuestras relaciones con Mauricio.

El reloj del Temple dió la media. Morand volvió á coger su fusil suspirando, y conducido por el cabo fué á relevar al centinela que se paseaba por la plataforma de la torre.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

